This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

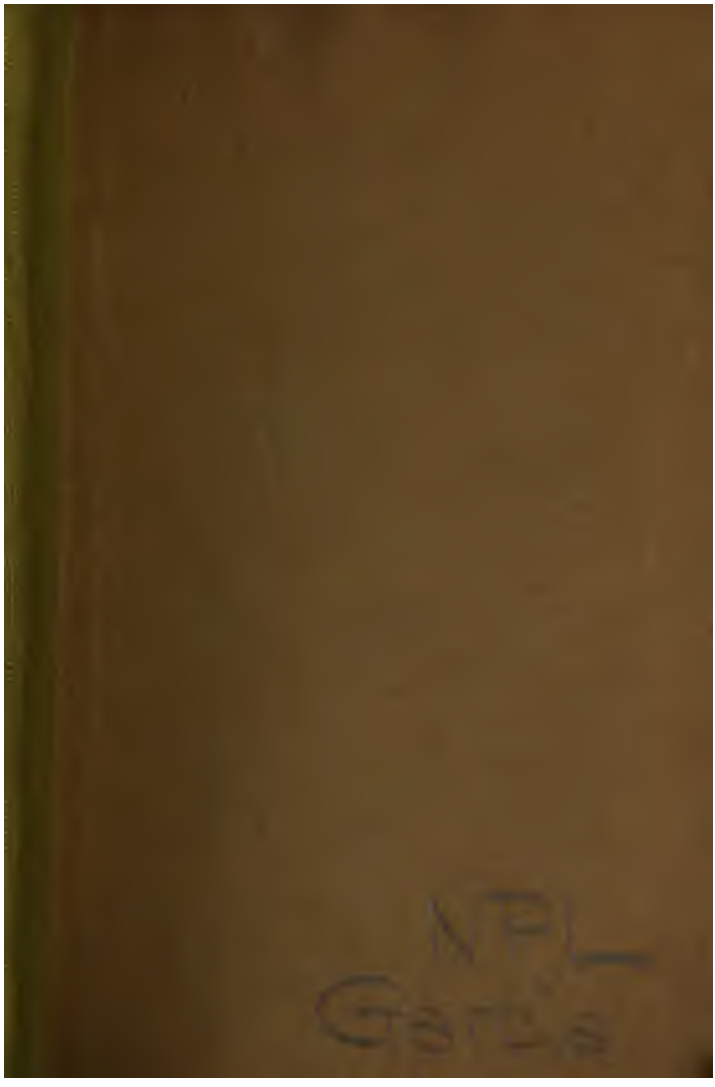
+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

NYPL RESEARCH LIBRARIES
3 3433 07586549 7

W.B.CHORLEY
LIVERPOOL



NPL
Gardis

W.B.CHORLEY.

THEATRO HESPAÑOL

POR DON VICENTE GARCIA
DE LA HUERTA.

PARTE SEGUNDA.

COMEDIAS DE CAPA Y ESPADA.

TOMO VIII.

CON LICENCIA EN MADRID
EN LA IMPRENTA REAL
MDCCLXXXV.

NPL

MEJOR ESTA, QUE ESTABA.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

Mis zelos dixeron bien.
¡Pero quándo dicen mal
las desdichas, que han de ser! Jorn. III.

ARGUMENTO.

Flora, dama disfrazada, encargá á Carlos (que se hallaba en Viena) detenga á un caballero, que la queria reconocer; y por hacerlo, da muerte á Licio, primo y amante de Flora; quieren prenderle; y huyendo, se entra en casa de la misma, sin conocerse uno ni otro; procura ampararle, y sabiendo despues, ser el que tubo el lance por ella, se empeña mas en servirle.

Don Cesar, viejo, como Potestad de Viena, solicita la prision, y sabiendo, ser Carlos Colona el agresor, á cuyo padre debia vida y honor, se halla en empeño, de librarle y favorecerle.

Arnaldo, que iba acompañando á Licio, quando sucedió la desgracia, busca con empeño á Carlos, para matarle por este motivo; y estando Arnaldo una noche en el jardin de Laura, á quien amaba, á pesar de Fabio, hermano de ésta, fue preso por Don Cesar, creyendo, arrestaba á Carlos.

Juntos por raros accidentes Arnaldo y Carlos en la torre, riñen, y los sepa-

ra Don Cesar; y por ultimo, despues de un texido de lances repetidos, que ocasionan los distintos empeños de unos y otros, ya en favor ya en contra de Carlos, Arnaldo se casa con Laura, y Carlos con Flora, con que terminan las diferencias, siendo el medio, para poder perdonar á éste.

PERSONAS.

FLORA.

LAURA.

DON CARLOS,

ARNALDO.

FABIO.

DON CESAR, *Barba.*

SILVIA, *Criada.*

NISE, *Criada.*

DINERO, *Criado.*

CELIO, *Alcayde.*

MEJOR ESTA, QUE ESTABA.

JORNADA PRIMERA.

Salen Flora quitandose el manto y poniendose otra ropa, y Silvia.

FLORA.

Dame presto otro vestido;
quitame este trage presto.

SILVIA.

¡Qué trahes, señora! ¡Qué es esto!

¡Qué tienes! ¡Qué ha sucedido!

FLORA.

Pierdo, en pensarlo, el sentido.
¡Ved, en decirlo, qué haré!

SILVIA.

La ropa está aqui.

FLORA.

Ahun no sé,
si estoy segura.

SILVIA.

Señora,
en tu casa estás.

FLORA.

Ahora,
lo que ha pasado, diré.
Ya sabes las grandes fiestas,
que Alemania agradecida
de su gloria á la fortuna,
como al cielo de sus dichas,
previno al recibimiento
de la gallarda María,
feliz Infanta de Hespaña,
y Reyna feliz de Hungria.
Ya sabes, que mas que todas,
esta famosa Provincia
de Viena, se mostró,
como noble y como rica,
á cuyo aplauso la fama,

cõn voces mil repetidas,
convidó al mayor theatro,
que vió el sol, en quanto gira,
circulos de vidrio y nieve,
desde que el alba le riza
la crespa melena de oro,
hasta que la noche fria
se la desmaraña, siendo
Phenix de la edad de un dia,
desde el oriente al ocaso,
lecho y marmol, cuna y pyra.
Esta tarde, que el Danubio
era el circo, donde habia
de ser un torneo de agua
la fiesta, porque de envidia
de la tierra no muriese,
viendo, que ella merecia
siempre en su esphera á su sol,
Madama Laura, mi amiga
y vecina, con quien esos
jardines nuestros confinan,
me envió con un criado,
á decir, que si queria
ir á hallarme disfrazada
en las fiestas prevenidas,
(pues, por ser fiestas de agua,
lugar ni balcon habia
donde verlas) que saliese

á la Hespañola vestida;
y de rebozo las dos
podriamos divertidas
pasar la tarde, gozando
la fiesta desde la orilla.
Yo pues, (que con decir yo
no es necesario, que diga
mas, pues diciendo mujer,
la conseqüencia es precisa,)
sin prevenir los sucesos,
que resultarme podrian,
de que alguien me conociese,
con Laura fui, donde habia
sobre la crespada selva,
sobre la campaña riza,
Abriles fingiendo, una
Primavera fugitiva,
porque de enramados barcos
y de entoldadas barquillas
portatil monte de rosas
arada estaba una isla.
En una hermosa galera,
que desde el tope á la quilla
era asqua de oro, á pesar
de tantos cristales, viva,
en el rio entró la Reyna,
á cuya agradable vista
hicieron salva las ondas;

siendo con dulce harmonia
ruiseñores de metal,
cañones y chirimias.
El mantenedor::: ¿Mas dónde
voy; pues no es bien, que repita
juegos, quien siente pesares,
gustos, quien llora desdichas?
Dexemos á los gozosos
las fiestas; estos las digan;
no hablemos de ajenas glorias,
donde hay las desgracias mias.
Estabamos desde lexos
las dos; pero no fingidas
tanto, que la novedad
no despertase la envidia.
De los que mas nos siguieron,
fue uno Arnaldo, con quien iba
Licio mi primo y mi amante,
con quien mi padre porfia,
que me case á mi disgusto:
imprudente tyrania.
De Arnaldo y Licio en efecto
seguidas y perseguidas,
á mi pesar, no de Laura,
fuimos, porque entretenida
me dió á entender, que gustaba,
sea ó no sea malicia,
de que Arnaldo la siguiese.

¡Suerte injusta! ¡pena esquiva!
Licio, que á su amigo ya
bien entretenido mira,
envidioso ó cortesano,
(todo es una cosa misma)
quiso darme á mí conmigo
zélos, que en la corte, Silvia,
hay muchos hombres, que aman
por solo hacer compañia.
Yo, que ví, que ya conmigo
la plática disponia,
por no responderle, y ser
en el habla conocida,
volví al descuido la espalda,
y viendo, que me seguia,
(¡oh quanto yerra el temor!)
á un forastero, que iba
con un criado:::

Dentro dicen Arnaldo y Celio.

ARNALDO.

Matadle.

CELIO.

Muera.

FLORA.

¿Qué voces, qué grita
es esta?

Sale Don Carlos con la espada desnuda.

D. CARLOS.

Si en la hermosura
hay piedad, y hoy no se implican
piedad y hermosura, puesto
que siempre son enemigas,
vuestro sagrado le valga,
ó señoras, á una vida,
contra quien hoy de los hados
se han conjurado las iras.

ARNALDO.

Entrad. No importa, que sea
esta casa :::

FLORA.

No prosigas;
que á mí me toca ampararte;
cubrete de esta cortina.

Escondese, y salen Arnaldo, Celio, gente, y Dinero con ellos.

D. CARLOS.

Paren las desdichas, cielos,
si saben parar desdichas.

FLORA.

¿Qué es esto, señor Arnaldo?

ARNALDO.

Ahunque la colera mia
debiera, divina Flora,
suspenderse, quando os mira,

perdonadme; que esta vez
rompe el enojo y la ira
el respeto á la hermosura,
la ley á la cortesia.
Fuera de que, como vos
tambien estais ofendida
en esta parte, es forzoso,
que dispenseis con vos misma.
Siguiendo vengo á un traydor,
que dexa (ó suerte enemiga)
á vuestro primo y mi amigo
muerto::

FLORA.

Ay cielos.

ARNALDO.

de una herida.
Como forastero en fin,
á la carcel se retira;
pues se ha entrado en vuestra casa,
de quien guardarse debia
dos veces, siendo como es,
de la parte y la justicia;
pues sois la prima del muerto,
y del Potestad sois hija,
á cuyo gobierno está
toda aquesta monarchia.
Decid pues, donde se esconde,
porque de una vez consiga

este acero dos venganzas,
una vuestra y otra mia.

D. CARLOS.

A muy buen puerto he llegado.

FLORA.

Fuerza es, ay de mí, que os diga,
pues como decís, yo soy
la parte mas ofendida,
la verdad. Aqueste hombre
entró hasta aqui:::

D. CARLOS.

¡Ah suerte impia!
¿Qué espero?

FLORA.

huyendo:::

D. CARLOS.

Mal haya,
quien de una mujer se fia.

FLORA.

pero apenas escuchó
las voces, que le seguian,
quando por esa ventana,
que da á esos jardines vista,
se arrojó. Seguidle pues;
y con noble bizarria
le dad muerte; que venganzas
tan generosas son hijas
de vuestro valor.

ARNALDO.

Al cielo
juro, si no se retira
á él mismo, de darle muerte.
Tras él iré; no me siga
nadie para esta venganza;
que yo basto.

Vase Arnaldo.

DINERO.

Yo malilla.

CELIO.

¿Quién sois vos?

DINERO.

De esta baraxa
soy, si él basto se apellida,
malilla yo, y voy tras él,
porque si fue la espadilla
el hombre, que busca, y hoy
contra el hombre triunfa, sirva
yo, de sentarle una baza;
que en la polla de este dia,
todos somos matadores.

CELIO.

¡Qué locuras!

DINERO.

Como mias.

CELIO.

Pues soy su amigo, y alcayde

del Fuerte, bien este dia,
por su amistad y su oficio,
es fuerza, que á Arnaldo siga. *vase.*

DINERO.

Criado de Carlos soy,
y asi he de andar á la mira,
á ver, lo que le sucede;
que á esto la lealtad obliga. *vase.*

FLORA.

¿Fueronse?

SILVIA.

Sí; ya se fueron.

FLORA.

Pues cierra esas puertas, Silvia.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

¡Hay tal valor! ¡Oh bien haya,
quien de una mujer se fia!

FLORA.

Ya habeis visto, caballero,
quan á costa del dolor,
de la sangre y del amor,
daros libertad espero;
pues generosa y constante
en vuestro favor me hallais,
siendo, el que muerto dexais
mi primo, ay Dios, y mi amante:
y siendo vuestra malicia

tan ciega, que os ha obligado,
á que tomeis por sagrado
la casa de la justicia.
Mas, ahunque todo esto aqui
está contra vos, está
de vuestra parte, el que ya
os amparasteis de mí.
Ya lo empecé, y pues en tal
delito soy delinqüente,
pues, quien le hace y le consiente
tienen pena por igual,
librarme á mí solicito,
con libraros, por temer,
que debo yo de tener
gran parte en vuestro delito.

D. CARLOS.

Como responderos, dudo;
que como jamas traté
dichas, hablarlas, no sé;
y asi estoy con ellas mudo;
que, como siempre desdichas
en mi pecho he aposentado,
nunca, señora, he estudiado
el idioma de las dichas.
Y no sé, de que manera
halladas conmigo estén;
que nadie recibe bien
los huespedes, que no espera.

Dicha fuera, no ofenderos,
desdicha fuera, no hallaros,
dicha fuera, no enojaros,
desdicha fuera, no veros:
y asi entre uno y otro extremo
oid la disculpa mia;
quizá la verdad podria
tener las dichas., que temo,
si de la razon movida
templais rigores severos;
que será gran dicha, veros,
y no veros ofendida.
Yo salí al rio esta tarde,
por ver, si acaso podia,
entre placeres del dia,
hacer á un pesar cobarde.
Aqui estaba pues, señora,
una gallarda tapada,
bien como suele embozada
entre nubes el aurora.
Esta, á quien el trage ufano,
de que vestida venia,
encubria y descubria,
sacando una blanca mano,
mariposa de cristal
de las luces de sus ojos,
me llamó. Yo, que entre enojos
dudaba ventura igual

viendo, que la deydad era
de flores blancas y roxas
y oyendo de aves y hojas
la música lisonjera,
creí, que acciones tan graves
no eran, que á mí me llamaba,
sino compas, que llevaba
á las flores y á las aves.
Como forastero en fin
tantas venturas dudé;
bien que villano llegué
atrevido al Serafin.
Apenas pues pronunció:
„aqui me importa, que esteis,
y que, llegar, estorbeis
aquel hombre" quando yo
ví, que uno, que la seguia,
y antes me pareció acaso,
apresuró mas el paso,
á estorbar la suerte mia,
llegó diciendo: „El lugar,
señor, que habeis ocupado,
esa dama me ha negado;
y pues no puedo vengar
el desayre en ella, en vos,
instrumento suyo, sí."
No sé, que le respondí,
y ya empeñados los dos,

saqué la espada impaciente,
ó colérico ó furioso,
quando él valiente y zeloso,
que es, ser dos veces valiente,
sacó la suya. Los cielos
saben, que mi brazo fuerte
hizo poco, en darle muerte,
habiendole dado zelos.
Llegó la Justicia pues,
y viendo, que á la Justicia,
quien, no temerla, codicia,
ni noble ni cuerdo es,
volví la espalda, y huyendo,
en vuestra casa me entré,
porque la primera fué,
que sale al campo. Aqui entiendo
el gran peligro, en que estoy,
si vos, deydad soberana,
tan divinamente humana,
no me dais la vida hoy;
considerando la accion,
en que apenas fui culpado,
pues no fue caso pensado,
con ventaja ó con traycion.
Una mujer me empeñó,
á quien quise, obedecer;
y asi, pues que sois mujer,
obligacion os corrió,

de ampararme ; de manera,
que por mujer y ofendida
teneis accion á mi vida;
pues, si bien se considera,
bien la muerte mereció,
quien siendo primo y amante
vuestro, altivo y arrogante
por otra dama riñó.
Y asi una vez enojada
estad, y otra agradecida;
pues si sois prima ofendida,
tambien sois dama vengada.

FLORA.

Hoy vuestra disculpa halló
crédito en mí de tal modo,
que me parece, que á todo
estube presente yo.
Y asi, pues una mujer
tanto os empeñó primero,
otra, infeliz caballero,
vuestra defensa ha de ser.
Lo que ella erró, emiende yo,
y quexaos desde aqui,
de la que os empeñó, si:
de la que os ampara, no.
A ese camarin entrad,
y hasta que la noche fria
sea homicida del dia,

escondido en él estad;
que, en habiendo anochecido,
seguro salir podeis.

D. CARLOS.

Dexadme:::

FLORA.

No; no teneis,
que decirme agradecido
nada; que es muy baxo indicio,
pues, quien llega," agradecer,
paga, y yo no he de vender,
sino dar el beneficio.

SILVIA.

Gente he sentido.

FLORA.

Entrad presto
en esa quadra; no os vea.

D. CARLOS.

Ella mi sagrado sea.

Cierran la puerta, por donde entró Don Carlos, y dice dentro Don Cesar.

D. CESAR.

Todo quede asi dispuesto.

SILVIA.

Echó á la puerta mil llaves.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

¿Flora?

FLORA.

¿Señor?

D. CESAR.

Ya el desvelo
me ha dicho en el desconsuelo,
que nuestras desdichas sabes.

FLORA.

Ya sé, señor, que un traydor
por una facil mujer,
(porque, ¿quien pudiera, ser
dueño de tanto rigor?)
mató á Licio. Aqui se entró:::

D. CESAR.

No tengas pena, que pueda
escaparse; que ya queda
todo esto sitiado, y no
me ha de quedar, vive el cielo,
casa, iglesia, ni vergel,
que no exâmine cruel
mi cuidado y mi desvelo.
Retirate tú de aqui;
que siento ruido.

FLORA.

Ya voy,
á servirte. ¡Muerta estoy!
Defiendame Dios de mí.

Vanse Flora y Silvia, y salen criados que trahen preso á Dinero.

CELIO.

Este es, señor, un criado
del homicida, que ha sido
de nosotros conocido,
y él mismo lo ha confesado.

DINERO.

Asi es la pura verdad.
¿Pero qué delito es,
ser criado suyo; pues
yo diré toda verdad;
que, viendole aquesta tarde,
sacar el acero allí,
otra vereda cojí?

D. CESAR.

¿Por qué?

DINERO.

Porque soy cobarde.

D. CESAR.

Mira, que él Potestad es,
con quien hablas.

DINERO.

Norabuena;
que á mí nada me da pena,
si he de decir verdad, pues
diciendo yo la verdad,
ser, ¿que importa, en conclusion

el Trono ó Dominacion,
quanto mas el Potestad?

D. CESAR.

¿Cómo te llamas?

DINERO.

Dinero,
por vivirme yo conmigo,
pues nadie vivió consigo.

D. CESAR.

¿Quién es aquel caballero
amo tuyo?

DINERO.

El es, señor,
una muy linda persona.

D. CESAR.

¿Llamase?

DINERO.

Carlos Colona,
hijo del Gobernador
de Brandemburg.

D. CESAR.

¡Ay de mí,
que es mi mayor enemigo
hijo del mayor amigo!
¿Pues á qué ha venido aqui?

DINERO.

A solo matar sobrinos
de Potestades.

D. CESAR.

No trato
de burlas.

DINERO.

Soy mentecato:
diré dos mil desatinos.
A ver las fiestas, señor,
que hace Alemania este dia,
á la divina Maria.

D. CESAR.

Preso id.

DINERO.

¡Por qué tal rigor!

D. CESAR.

Porque en la carcel esteis,
hasta que la confesion
se os tome y declaracion.

DINERO.

¿Qué mas claro me quereis?
Ya, ser dinero, no espero;
que en carcel (nadie se asombre)
me gastarán hasta el nombre,
por dexarme sin Dinero.

Llevanle, y vanse.

D. CESAR.

¡Quién vió mayor confusion
jamas, cielos, que la mia!
Bien decia, el que decia,

que hydras las desdichas son;
pues apenas muere una,
quando otra á su sangre nace;
que esta para aquella hace
de su sepulcro la cuna.
Quando como Juez y parte
te busco, fiero homicida
de mi honor y de mi vida,
quisiera, ay de mí, no hallarte;
porque, si osado me atrevo,
á vengarme, mas me aflijo,
porque eres de un hombre hijo,
á quien vida y honor debo.
Y es verdad. Honor y vida
de su padre recibí.
Mas esto no es para aquí;
baste ver, que no se olvida.
Asi que vida y honor
obligados y ofendidos,
hacen guerra á mis sentidos
con piedad y con rigor.
Forzoso, el buscarte, es,
y forzoso, el ampararte,
y asi he de ser, en buscarte
un hombre zeloso; pues
entre contrarios venenos,
no vió descanso jamas.
y aquello, que busca mas,

es, lo que quiere hallar menos. *vase.*

Salen Arnaldo, Laura y Nise.

LAURA.

¿Y en fin, qué ha sucedido?

ARNALDO.

Que tras él me arrojé, pero al ruido
llegó infinita gente,
y entre todos Don Cesar diligente.
Yo que ví, que ya era
mi venganza imposible, ahunque quisiera,
entre todos mostrarme,
pues habian, de prenderme; y no dexarme,
no quise, que pensase, quien estaba
alli, que con Justicia le buscaba
cobarde mi desvelo;
y asi me retiré, rogando al cielo,
que Cesar no le halle,
y me quite la dicha, de matalle,
porque con menos no estaré vengado,
de quien mi amigo me mató á mi lado.

LAURA.

¡Nunca yo te escribiera,
que disfrazada iba á la ribera!
¿Mas, quién jamas previno
las ignoradas sendas del destino?

ARNALDO.

Aquella necia amiga
tuya la causa fue.

LAURA.

No sé, sí diga,
que lo fue mas su estrella,
pues que ya, quien le llora mas, es ella.

ARNALDO.

Lo que, obligarla, pudo,
asi á llamar á un forastero, dudo,
ciega é inadvertida.

LAURA.

El no ser de su primo conocida.

ARNALDO.

¿Luego aquella era Flora?

LAURA.

Descuido del afecto fue.

ARNALDO.

Y yo ahora
entro á nuevo cuidado.
Si, riñendo, á los dos habia dexado,
¿cómo viendole luego
tan turbado y tan ciego,
el riesgo no previno
de su primo, y dió voces?

LAURA.

Desatino
es, en pena tan fiera

querer, que una mujer en sí estubiera.

ARNALDO.

Malicias son de un alterado pecho.
Mas por Dios, que no sé, lo que sospecho.

NISE.

Fabio, tu hermano viene.

LAURA.

Que me vea contigo, no conviene;
que ya está malicioso en esta parte.
Tú aqui con él procura disculparte.

Vanse los dos, y sale Fabio.

FABIO.

¿Señor Arnaldo?

ARNALDO.

¿Señor
Fabio?

FABIO.

¿Aqui pues, qué mandais?

ARNALDO.

Qué una gran merced me hagais.

FABIO.

Decid pequeño favor.

ARNALDO.

Ya sabreis de mi dolor
el fin.

FABIO.

El se dexa, ver.

ARNALDO.

Un caballo he menester:::

FABIO.

Los cielos me den paciencia.

ARNALDO.

para cierta diligencia,
que me importa mucho, hacer;
que me ha hallado en vuestra calle
una nueva, y alcanzar
me importa un hombre.

FABIO.

Mandar
podeis, sin que en mí se halle
dificultad. Sufra y calle *ap.*
hasta otro tiempo el deseo
mi venganza. Yo me apeo
ahora de un alazan,
que me espera en el zaguan.
Subid en él; que bien creo,
que es, para alcanzar y huir;
y ved, si quereis, que yo
en otro os siga.

ARNALDO.

Eso no;
porque yo solo he de ir.

FABIO.

En todo os he de servir.

ARNALDO.

Y yo pagaroslo, espero.
Quedad con Dios.

FABIO.

Oid primero,
ahunque tan de prisa estais,
Arnaldo, que de aqui os vais.

ARNALDO.

Decid.

FABIO.

Advertiros quiero,
que mi hermana tiene aqui
su quarto, y el mio es aquel;
y asi, que llameis en él,
quando me busqueis á mí.
Digooslo, Arnaldo, por si
volveis otro dia, á buscallo,
pues por necio lance hallo,
y treta falsa se llama,
á la casa de la dama
ir á ganar el caballo.

ARNALDO.

Yo pregunté aqui por vos,
porque estaba gente aqui.

FABIO.

Claro está, que seria asi.
Id con Dios.

ARNALDO.

Quedad con Dios.

FABIO.

¡Qué mal sabemos los dos
disimular ni fingir!
¡Qué mal hice, en descubrir
mi rezelo ó mi temor,
porque zelos del honor,
ni se han de dar ni pedir!
Pero quién con zelos, cielos,
á quien esto dixo, viera,
por ver, si el mismo pudiera,
ni dar, ni pedir sus zelos;
que tan continuos rezelos,
agravios tan repetidos,
veneno de los sentidos,
que penetra el corazon,
¿para que son, si no son
para dados ni pedidos?

Sale Laura.

LAURA.

¿Con quién hablabas aqui?

FABIO.

Con nadie. ¿Honor, qué previenes?

LAURA.

¡Así respondes! ¿Qué tienes?

FABIO.

Tengo un pesar:::

LAURA.

Ay de mí,

FABIO.

de lo que hoy ha sucedido;
ahunque no es de aquello, no.

LAURA.

¿Qué fue?

FABIO.

¿No lo sabes?

LAURA.

¡Yo
de quién, si tu no has venido,
que es, de quien puedo saber
yo, lo que en la corte pasa,
pues siempre cerrada en casa,
ni ahun el sol me llega á ver!

FABIO.

Pues, (no sé, como lo diga)
sabrás, que mató arrogante
un hombre á Licio, el amante
de Flora, tu grande amiga;
sobre hablar enamorado
una tapada este dia.

LAURA.

Si no fuera tyrania,
te dixera, que me he holgado;
porque, si á Flora adoraba,
con quien se habia de casar,

¿qué tenia pues, que hablar,
con la que tapada estaba?
Aquesto es, lo que nos pasa
á las mujeres; pues, quando
ella se estaria llorando,
sola y cerrada en su casa,
andaba él de esa manera
tras mujercillas tapadas,
siempre á riesgo las espadas.
¡Ay hombres, quién os creyera!

FABIO.

Si zelos á Flora dió,
bien ha pagado sus zelos,
y pues tu sin desconsuelos
hablas, mejor podré yo,
á quien tu amor asegura
de una desgracia una dicha,
porque á veces la desdicha
es madre de la ventura;
que por eso dixo un sabio:
¡quién desea bienes: quien,
sabiendo, que el propio bien,
nace del ajeno agravio!
Hoy pues:::

LAURA.

No me diga mas.
De ajena ventura alcanza
nueva vida tu esperanza.

FABIO.

Al fin del discurso estás;
pues si Cesar empeñado
estaba con su sobrino,
antes, fuera desatino,
el haberme declarado,
y ya no.

LAURA.

Y harás muy mal,
en no arder en tanta llama;
que su vida ama, el que ama
una mujer principal;
que á fe, que no sucediera,
lo que todo el lugar llora,
jamas á Licio por Flora.

FABIO.

Claro está, que no pudiera.
Dame un recado; que quiero,
de tu parte visitar
hoy á Flora.

LAURA.

Su pesar
es de tus dichas tercero.
Sea el pesame el recado.

FABIO.

Que es bastante ocasion, creo,
A Dios.

LAURA.

Oh quánto deseo
verte muy enamorado,

FABIO.

¿Pues tan mal me quieres?

LAURA.

Quien
tu paz busca, no hace mal;
que esto no es quererte mal,
sino quererme á mí bien. *vanse.*

Salen Flora y Silvia.

SILVIA.

Ya me parece que es hora,
señora, si te parece,
antes que se enciendan luces,
de que se vaya este huesped.

FLORA.

Es verdad: abre esa puerta.

Sale Don Carlos.

D. CARLOS.

Decid el sepulcro breve
de un vivo cadaver; pues
entre la vida y la muerte
muere, pensando, que vive,
vive, pensando, que muere.

FLORA.

Ya que el ave de la noche
sus alas nocturnas tiende,

haciendo sombra á los dias
en los campos de occidente,
podeis iros, caballero,
La obscuridad os haliente;
que ahun apenas una estrella
á tantas nubes se atreve,
quando en la hoguera del dia,
pavesas del sol le encienden.
Id con Dios.

D. CARLOS.

El cielo os guarde,
deidad hermosa, á quien debe
la vida un hombre infelice,
lastimado dignamente,
de que no sea un dichoso,
pues por esto no os la ofrece;
que vida de un desdichado
de nada serviros puede.

SILVIA.

Venid tras mí.

D. CARLOS.

Ciego os sigo.

Al entrarse, habla dentro Don Cesar, y turbanse.

D. CESAR.

¡A estas horas no se encienden
luces en toda una casa!

FLORA.

Ay de mí, mi padre es este.

SILVIA.

Mi señor vuelve, señora.

D. CARLOS.

¿Qué haré?

FLORA.

A retirarte, vuelve.
Cierra tú, y quita la llave.

D. CARLOS.

¡Hay piedades mas crueles!

Entra e Don Carlos, cierra la puerta Silvia, y sale Don Cesar y un criado con luces

FLORA.

Ya están las luces aquí.

D. CESAR.

¡Aquí estabas, Flora!

FLORA.

A verte
salí, como oí tu voz;
que cuidadosa me tienes,
de verte tan cuidadoso.

D. CESAR.

Estoy de oficio dos veces,
y así dos veces me importa,
que hoy á este homicida encuentre;
para ofenderle, la una,

la otra, para defenderle;
y ahunque le dexo sitiado,
donde quiera que estubiere,
pues están aquestas calles
todas tomadas de gente,
he de escribir á los puertos,
que á ninguno pasar dexen.
¿Silvia?

SILVIA.

¿Señor?

D. CESAR.

Traheme luces,
escribania y papeles
á este aposento:::

FLORA.

¡Qué escucho!

D. CESAR.

que aqui escribir, me conviene.

FLORA.

¿Por qué aqui, señor?

D. CESAR.

Porque,
los que á visitarme vienen,
mientras estoy escribiendo,
en estotro quarto esperen.
¿Qué es de la llave de aqui?

FLORA.

Esta criada la tiene.

que le dará como suyo,
quien como vuestro le siente.

FLORA.

¡Guardeos Dios. ¡Qué es esto, cielos!
Si sale delante de este *ap.*
hombre; aventuro mi honor;
y si no sale, no tiene
remedio el verle mi padre.
Pero el ingenio remedie
las desdichas, si desdichas
con el ingenio se vencen.
Señor Don Fabio, (estoy muerta,)
discreto soys y prudente;
bien sabeis de las desgracias,
que qualquiera, que sucede,
hace el aposento á otra;
que á la imitacion del Phenix
siempre de cenizas suyas
está el sepulcro caliente.
Un hombre, (mortal estoy)
un hombre, buscando viene
á mi padre con un pliego,
que, segun dice, contiene,
que un hermano suyo, ay triste,
en estas lides, valiente
murió en servicio del Cesar.
Ved por Dios, si es pesar este
para contrapeso de otro.

Quisiera, oh penas crueles,
que no hallára aqui á mi padre,
que diee; que luego vuelve;
y asi me importa, señor,
que por un instanté breve,
mientras yo tomo las cartas,
le saqueis de casa. Hacedme
esta merced, y ella sea
la respuesta, porque él viene.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

¡Que en la ultima gaveta
hubo de estar!

FABIO.

Sí haré. Deme
ingenio amor. Ahunque vengo
como tan vuestro, á ofrecerme
á vuestro servicio, hay otra
causa hoy, que á hacerlo, me mueve.
Yo sé, señor, dónde está
cerrado el tyrano aleve,
que buscais.

FLORA.

¡Qué es lo qué escucho!

D. CESAR.

¿Donde, Fabio?

FABIO.

En un retrete

cerca de aqui.

FLORA.

Muerta estoy.

SILVIA.

El le vió.

FLORA.

¡Desdicha fuerte!

D. CESAR.

Qué decís, Fabio!

FABIO.

Que, ahunque esta
no es accion de un noble, puede
tanto un afecto, que hoy
permite, que le atropelle.
Venid conmigo.

SILVIA.

Eso si.

FLORA.

De un hilo estube pendiente.

D. CESAR.

Ya me espantaba, que tanto
tiempo ocultar se pudiese.
Vamos, y porque el rumor
no le avise, y no le ausente,
vamos pocos: los demás
en esta puerta se queden. *vase.*

FABIO.

Llevarele á la primera

casa, que me pareciere;
que quando no le halle en ella,
no es muy grande inconveniente;
pues, con decir, que se fue,
todas las dudas se absuelven. *vase.*

FLORA.

Esto está mejor, que estaba.
Sal tú: avisa, quando puede
salir.

SILVIA.

Abre tu entretanto. *vase.*

FLORA.

Hombre, que no sé, quien eres,
y á fuerza de mis desdichas,
y á pesar de mis desdenes,
tantas finezas me cuestas,
tantos cuidados me debes,
¿qué dexas, que haga por tí
el dia (oh tyrana suerte)
que me obligues, si esto hago
por tí el dia, que me ofendes?
Si, quando me agravias mas,
mas de tu parte me tienes,
¿qué merece una lisonja,
si esto un agravio merece?
Vete; dexame por Dios
entre mis penas crueles;
que basta, que tu las causes,

sin que tambien las aumentes.
Mientras mi padre te busca
en otra parte, bien puedes
ponerte en salvo.

D. CARLOS.

Ahi verás,
quanto es mi estrella inclemente,
pues, para que aqui me libre,
van á otra parte á prenderme,
dexandome á mí por mí;
que mis desdichas no tienen
otras, que espaldas les hagan,
sino ellas mismas, de suerte,
que es fuerza, que á mí me busquen,
ahun para que á mí me dexen.

FLORA.

Pues librate á tí contigo,
y vete presto.

SILVIA *saliendo.*

Detente:
no salgas.

FLORA.

¿Qué hay, Silvia?

SILVIA.

Hay,
que hay fuera infinita gente,
que está esperando á tu padre.

FLORA.

¿No podrá salir, sin verle?

SILVIA.

No, ni estar aqui tampoco;
que será posible, que entre.

FLORA.

Ello está de Dios, que este hombre
en mi aposento se quede,
y ahun en él no está seguro,
si, á escribir, mi padre vuelve.

D. CARLOS.

Si irme, esconderme ó estarme,
todo es un inconveniente,
mejor es, que la fortuna
por el mas delgado quiebre.
Yo saldré.

FLORA.

Ni eso tampoco;
que no me está bien, que llegue,
á saberse, que aqui estabas.

SILVIA.

Yo daré un medio, de suerte,
que yendo, estando y quedando,
ni esté, ni vaya ni quede.
Vente conmigo.

FLORA.

¿Qué intentas?

SILVIA.

Por la puerta, que con este
quarto dice á aquella torre,

que de caballeros suele
ser prision, pasarle á ella,
y en ella oculto tenerle,
pues no se habita, esta noche.

FLORA.

¿No ves, que otra puerta tiene
para el quarto del Alcayde,
y él llave de ella?

SILVIA.

¿Qué quieres,
que por fuerza sea esta noche,
la que entre allá?

FLORA.

Quien no tiene
bien que escojer, será fuerza,
que con el mal se contente.

SILVIA.

Sigueme.

D. CARLOS.

Ya, el ser cobarde
en esta parte, me debes.

FLORA.

Y tú á mí, el ser atrevida.

D. CARLOS.

Mas hago yo; que mas veces
se vió valiente un cobarde,
que no cobarde un valiente.

FLORA.

Que presto te desobligas
de mi piedad.

D. CARLOS.

No la tienes;
porque no es piedad, curar
un mal con otro mas fuerte;
y esta piedad rigorosa
es, la que á mí me sucede;
pues, por librarme la vida,
el alma, Flora, me prendes.

FLORA.

Esta es piedad del valor;
no del afecto la pienses,
porque; en saliendo de aqui,
donde el riesgo, que tubieres,
no corra por cuenta mia,
la primera, que ha de hacerte
matar, seré yo.

D. CARLOS.

Esa si
será piedad.

FLORA.

¿De qué suerte?

D. CARLOS.

Porque mandarás, matarme,
por hacer feliz mi muerte.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Silvia sola.

SILVIA.

Notables cosas mi ama
discurre, imagina y piensa
hoy, por no dar por vencida
su vanidad y soberbia.
¿Pero quién me mete á mí
en si acierta, ó si no acierta,
pues que no me toca mas,
que oirla y obedecerla?
Esta es la puerta, que guarda,
hasta que la noche venga,
á Don Carlos. Vaya pues
de invencion y de novela.
Yo soy: bien puedes abrir. *en voz alta.*

Abre Don Carlos la puerta y sale.

D. CARLOS.

Silvia, bien venida seas.

SILVIA.

¿Cómo va de soledad?

D. CARLOS.

No es posible, que la tenga
un triste, pues no está solo,
quien está con su tristeza.

SILVIA.

Si yo dixese, que hay
señor, quien hacerte, quiera
en aquesta soledad
compañia, ¿qué dixeras?

D. CARLOS.

¡Quién:::!

SILVIA.

Escuchame. Una dama
tapada llegó á la puerta
ahora, y preguntó por mí.
Salí yo, á saber, quien era,
y no lo supe, porque
estubo siempre cubierta.
Dixome, que ella sabia,
Don Carlos, por cosa cierta,
como estabas encerrado
aqui, porque siempre atenta
estubo, á que no saliste
por ventana ni por puerta.
Añadió á esto, decir,
con mil suspiros y muestras

de dolor, que le importaba:::

D. CARLOS.

Notables cosas me cuentas.

SILVIA.

la vida y el alma, verte.
Yo con maña y con cautela,
fingiendo, que me llamaba
mi ama, dexé la respuesta
pendiente, y vengo, á saber
qual quieres, señor, que sea.
Mira, qual te está mejor,
decirlo ó negarlo.

D. CARLOS.

Dexa,
que me admire, de pensar
una confusion tan nueva.
Yo no sé, quien pueda ser;
que no conozco en Viena
mujer ninguna, á quien yo
este cuidado merezca.
Y puesto, que no es posible
de ningun modo, que pueda,
atormentar el suceso,
mas que la duda atormenta,
dile, que es verdad, que aqui
estoy, y que, á verme, venga.

SILVIA.

¡No hay mas, de qùe venga, á verte!

¡No miras, no consideras,
que, si mi señora sabe,
que alguna persona entra
aqui, quánto mas mujer:::!

D. CARLOS.

¿Luego lo ha de ver por fuerza?
Y ya que en baxando obscura
la noche, me he de ir, no quieras,
que lleve esta duda mas.

SILVIA.

De tal modo me lo ruegas:::
Ahora bien: aventurarme,
quiero por tí. Aqui me espera. *vase.*

D. CARLOS.

¡Mujer á buscarme á mí!
Valgate Dios por Viena,
¡y quáles son tus mujeres!
Apenas me he visto, apenas
en tu insigne corte, quando
una me llama y me arriesga;
otra me ampara y me libra;
otra me busca y me halienta;
y todas tres me ocasionan,
á que mil delirios tenga.

Salen Silvia y Flora tapada con manto.

SILVIA.

Este, señora, es el quarto.

No ha sido dicha pequeña,
llegar aquí, sin que Flora,
ni lo imagine, ni sienta;
que por Dios, que me matara.
Yo voy, á estarme á la puerta.
A Dios.

D. CARLOS.

Embozado sol,
que en la obscura noche negra
de ese manto: desmentis
de tantos rayos la fuerza,
si, á iluminar este espacio,
flechado desde otra esfera
venis, porque tanta noche
peregrina aurora tenga;
no me regateis la luz;
ved, que es hora, que amanezca;
y no es bien, que á tantos rayos
tan sutiles sombras venzan.

FLORA.

Caballero forastero,
la primer cosa, que os ruega
mi voz, pues, siendo mujer,
es forzoso, obedecerla,
y mas, sabiendo, que sois
tan cortesano con ellas,
es, que no habeis de pedirme,
que me descubra. Con esta

condicion os diré ahora,
lo que, á buscaros, me fuerza.

D. CARLOS.

Es tan grave condicion,
que no me atrevo, á ofrecerla,
por no atreverme, á cumplirla.
Porque, ¿quién tendrá paciencia,
para no saber, quien sois?

FLORA.

Quien, lo que le importa, advierta.
Pues si vos me veis á mí,
no me queda á mi licencia,
para hablaros. Luego á vos
os importa.

D. CARLOS.

¿De manera,
que de veros, se me sigue,
no oiros? ¿Y por la mesma
razon de oiros, no veros?
Enigma sois; pero venza
un sentido otro sentido,
pues hoy el amor ordena,
que vea, porque no escuche,
ó escuche, porque no vea.

FLORA.

Yo soy aquella tapada,
que fue la ocasion primera
de vuestro disgusto; bien

os lo habran dicho las señas.
No pensé, quando os llamé,
que de tanto empeño fuera
ocasion; pero en nosotras
siempre esta disculpa es necia.
Asi como las espadas
sacasteis, turbada y ciega
me ausenté; mas de un criado,
que os siguió, la diligencia
supo, que nunca salisteis
de aqui. Con esta sospecha,
á buscaros, he venido,
fiada, en que de qualquiera
secreto habia de ser
el oro la llave maestra;
y asi, falseando las guardas,
rompí á esta torre las puertas.
A ella vengo, á disculparme
con vos de mi inadvertencia,
y á daros, señor las gracias
de la resolucion vuestra.
Ya sé, que sois forastero,
y que, volveros, es fuerza,
brevemente; y por si acaso
hoy la Justicia no os dexa,
con que podais, esta joya
vuestra mejor posta sea,
que las espuelas del oro

son las mejores espuelas.
No quiero, no, que volvais,
publicando á vuestra tierra,
que son desagradecidas
las mujeres de Viena.
Pues por lo menos direis,
quando mas os quexeis de ellas,
que si una os empeñó, supo
desempeñaros la mesma;
y hubo de mas á mas otra,
que os ampare y os defienda,
de modo, que traxo un daño
doblada la recompensa.
Con esto, á Dios.

D. CARLOS.

Quando ví,
que recatada y cubierta
me hablabades, esperé,
oir agravios y quexas:
no mercedes y favores;
y aqui deciros, pudiera,
lo que á mí me dixo Flora,
ahunque al reves; pues si ella
dixo: „Si, quando me ofendes,
tantos cuidados me cuestas,
¿qué dexas, que haga por tí,
quando me obligas?" la opuesta
razon milita, pues yo

te digo á tí, ¿qué que dexas,
si te encubres, quando obligas,
que hacer, para quando ofendas?
En efecto, hermosa dama,
(que en fe creo tu belleza,
pues ya es hermosa, quien es
agradecida y discreta)
no he menester desengaños
del valor, ni la nobleza,
ni esa joya, que estimara,
mas que por rica, por vuestra.
Solo, lo que he menester,
es, conoceros; si esta
merced de vuestro recato
no trahe, señora, licencia,
tambien, tambien la perdono,
y ahun la atribuyo á clemencia;
pues, si apenas hoy la noche
desplegado habrá la negra
sombra, quando yo de aqui
salga, es piedad, què en mi ausencia
tenga menos, que sentir,
quien menos, que perder, tenga.

FLORA.

¿Esta noche habeis de iros?

D. CARLOS.

Si.

FLORA.

¿Por qué con tanta priesa?

D. CARLOS.

Porque para este hospedage
es una vida pequeña
satisfaccion, y he de irme,
á no hacer mayor la deuda.

FLORA.

¿No os ampara Flora?

D. CARLOS.

Flora
es de mi vida defensa.

FLORA.

¿Pues que temeis?

D. CARLOS.

Que, por darme
vida á mí, su opinion pierda;
é importa menos mi vida.

SILVIA *dentro.*

Ya he dicho, que se detenga.

DINERO *dentro.*

Ya he dicho yo, que me escuche,
y tampoco lo hace ella.

FLORA.

Voces oygo, caballero.
Ahí aquesa joya os queda.
A Dios, á Dios: no entre alguno,

que en aquesta parte os vea;
que á mí, no importára tanto.

D. CARLOS.

Id con Dios, enigma bella
de mis sentidos. Amor,
¡qué confusiones son estas!

Vase Don Carlos, y cierra una puerta, y sale Silvia

FLORA.

¿Qué era eso, Silvia?

SILVIA.

Un criado
de Carlos, que ahora sueltan
de la carcel, segun dice,
quiere, señora, por fuerza,
entrar hasta aqui, y lo cumple.

FLORA.

Pues no quiero, que me vea,
porque, quando allá los dos
se den de estas cosas cuenta,
no pueda decir, que á mí
me vió en mi casa encubierta.

Sale Dinero.

DINERO.

Señoras, las mis señoras,
estadme por Dios atentas;
que, oir á un hombre, es una cosa,
que se hace con una bestia.

Quien hubiere visto á un amo
de cara avultada y fresca,
que nunca pagó racion,
que son sus mejores señas,
perdido de ahier acá,
á restituirle, venga,
le darán su buen hallazgo,
ó, á quien le encubre y le tenga,
se le pedirán por hurto.

FLORA.

¿Quién vió locuras mas necias?

SILVIA.

¿Qué quereis?

DINERO.

Yo soy criado
de un hombre, que puso apenas
los pies en Viena, quando
las manos puso en Viena
en un caballero. Al caso;
que esta es relacion superflua.
Dicen, que cierta ventana
aqui le sirvió de puerta;
y quisiera, si es posible,
ver la ventana ó tronera,
por donde salió este truco,
y arrojandome por ella,
dexarme rodar, á ver,
si doy con él; experiencia,

que se hace con las bolas,
quando se pierde una de ellas.

FLORA.

Despide, Silvia, á ese loco;
que descubrirme, quisiera
y no me atrevo.

SILVIA.

Ya he dicho,
gentilhombre, que se vuelva;
que de ese hombre no sabemos.
No haga, que de otra manera
se lo haga decir á palos.

DINERO.

Pesarame, de oir su lengua,
y asi me voy. *ruido.*

SILVIA.

Gente viene.

DINERO.

Y vive Dios, que es Don Cesar.
¿Qué le he de decir?

FLORA.

¡Mi padre!
Qué haré, porque no me vea
con manto!

SILVIA.

Hacer, lo que hizo
una dama en la comedia.

FLORA.

¿Qué fue?

SILVIA.

Echarsele en la manga.

FLORA.

No puedo, porque ya llega.

SILVIA.

Temblando de miedo estoy.

FLORA.

Yo estoy turbada.

FLORA.

Yo muerta.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

Flora, ¿qué es esto? ¿A estas horas, dónde vas?

FLORA.

Yo no voy fuera.

D. CESAR.

¿Pues de dónde vienes?

FLORA.

Yo

de ninguna parte.

DINERO.

Ella

es Flora, tapada en casa.
¿Pues que tramoyas son estas?
Si ello va, á decir verdad,

toda es gente honrada y buena,
mas mi amo no parece.
Quiera Dios, para bien sea.

D. CESAR.

¿Pues qué haces aqui con manto,
si ni vas, ni vienes fuera?

FLORA.

Traxomele ahora acabado
ese sastre, y porque viera
Silvia, si estaba bien hecho,
me le probé.

SILVIA.

¡Es cosa cierta.
Para en casa se le puso;
que ni va, ni viene fuera.

DINERO.

Disculpa es comun de tres; *ap.*
quiero, aprovecharme de ella.
Y como, que esta excelente.
Miren, que capilla esta,
y que ruedo. Vive Dios,
que viene por excelencia.

FLORA.

Bueno está. Doblale Silvia,
y guardale, hasta que sea
tiempo, de quitarme el luto.

DINERO.

Muchos rompa tu belleza.

D. CESAR.

Venid acá. ¿Vos no sois
aquel criado, que era
de Don Carlos de Colona?

DINERO.

Concedo la conseqüencia.

FLORA.

No previne, que mi padre
á este hombre conociera.

DINERO.

Pero antes, que le sirviese,
fui oficial de la tixera
de sastre; mas de pecado
(todo es una cosa mesma)
me sacó, porque me vió,
convertir una Quaresma.
Viendo yo, que me soltaste,
niño y solo en patria ajena,
con el maestro entré, de quien
yo fui aprendiz en mi tierra.
Mandome traher ese manto,
porque allá no se estubiera,
puesto que estaba acabado,
lleno de polvo en la percha.
Esta es la verdad en Dios;
mas no en Dios, y mi conciencia;
porque no la tiene un sastre;
y para que tu lo veas,

si la tiene, ó no la tiene,
él vendrá, á ajustar las cuentas. *vase.*

D. CESAR.

¡Notable humor! Vos haced,
que en mi quarto luz enciendan,
y sea presto, porque tengo,
de volver, á salir fuera.

FLORA.

¡A estas horas!

D. CESAR.

Sí; á estas horas.

FLORA.

¡No ves, que ya el sol se acuesta!

D. CESAR.

¿Qué importa eso, si es preciso,
hacer una diligencia? *vase.*

FLORA.

Ya halentar el alma puede.

SILVIA.

Señora, pues que tambien
el mal se convierte en bien,
cosa que nunca sucede,
dexadme aqui discurrir
en estas cosas, por Dios,
y digamonos las dos,
lo que otros han de decir.
¿Qué quieres ser difrazada
dentro de tu casa, y ser

aventurera mujer,
hablando á este hombre tapada?

FLORA.

Pareceme, que estará
toda su ropa perdida,
y querer agradecida,
socorrerle.

SILVIA.

Bien está;
pero para remediar
sus daños, ¿para qué ha sido
disfraz de manto y vestido;
pues bien le pudieras, dar
la joya, y fuera mas justo,
si con esto te mostrabas
liberal, á él le pagabas,
y á mí me ahorrabas el susto?

FLORA.

¿Y qué dixera de mí
despues, si ahora me viera
tan liberal? ¿Que dixera,
sino que yo agradecí,
dar á mi primo la muerte,
pues asesino mi amor
le pagaba su rigor?
Luego fue bien, de esta suerte
ser generosa, sin ser
conocida, pues asi

conmigo y con él cumplí.

SILVIA.

Y en fin, ¿qué habemos de hacer
de este hombre?

FLORA.

No es justo, no;
que duda en aqueso haya,
abrir, Silvia, y que se vaya,
ahunque quede muerta yo.
¿Volvió á salir tu señor?

SILVIA.

Sí.

FLORA.

Pues sé tú misma juez,
que vence honor una vez
en las batallas de amor.
No pues la vanidad mia
crea faciles engaños;
que, si amor de muchos años
sabe, olbidar en un dia,
amor de un dia mejor
en muchos años sabrá,
olbidarse; claro está.

SILVIA.

Yo llamo pues.

FLORA.

¡Ay amor!
No aqui me despeñes, no

postres mi respeto aqui;
que, si tapada otra fui,
ya descubierta soy yo.

Sale Don Carlos.

Señor Don Carlos, ya es hora,
que de aquesta casa os vais;
y si es, que obligado estais
de mis servicios:::

D. CARLOS.

Señora,
de vuestras piedades soy
un esclavo, y lo he de ser.

FLORA.

una cosa habeis de hacer
por mí;

D. CARLOS.

Esa palabra os doy.

FLORA.

que nunca á nadie digais,
que en mi casa habeis estado
escondido y retirado.

D. CARLOS.

Poco en eso me mandais;
que es piedad tan singular,
como en vos llego, á advertir,
imposible de decir,
é imposible de callar.
Luego, en lo que me mandais,

no os sirvo, pues no pudiera
decirlo yo, ahunque quisiera
del modo, que vos obrais:
luego por mi cuenta hallo,
que tiene vuestra piedad
la misma dificultad,
en decillo, que en callallo;
y asi resuelto, en hablar
y callar, sabré, sentir,
por ser bien tan singular,
imposible de decir
é imposible de callar.
Y en fé de este sacrificio,
que tan á mi costa ofrezco,
si de piedad os merezco
otro género de indicio,
os suplico perdoneis
este atrevimiento necio,
y á esta humilde joya precio
inmortal, señora deis,
con hacerla vuestra. Enojos
no alteren vuestros sentidos;
que es bien, rindan los oidos
sus trofeos á sus ojos.
No teneis, que discurrir;
que hoy es, recibir y dar,
imposible de callar,
é imposible de decir.

FLORA.

Señor Don Carlos, yo estimo
la joya, que me ofreceis;
mas no quiero, que penséis
(mal mis afectos reprimo),
que con ella (ciega lucho
conmigo), ya en la posada
no quedais á deber nada;
que quedais, á deber mucho:
pues, si bien considerais
estos extremos, que haceis,
sin saber como, ofendeis
con lo mismo, que obligais;
pues á mi me ofende, quien
presume, pagarme asi,
y me ofende á mí por mí.
Esto es enigma tambien.
Idos con Dios, que es muy tarde,
y no me pagueis con nada.

D. CARLOS.

Pues dadsela á una criada;
y á Dios, señora, que os guarde.
¿Pero quien se podrá ir
con tal duda? Sepa pues,
algo de ese enigma.

FLORA.

Es
imposible, de decir.

que, si en su sombra obscura,
pues sin luz dexa hallarse la hermosura,
la de Laura merezco,
verás, que á tu deidad pálida ofrezco
por victorioso exemplo,
de evano, bronce y jaspe negro templo,
atezada columna
del cóncavo edificio de la luna,
y en tus altares tu deidad ingrata
en una estatua de azabache y plata,
cuyas tímidas plantas,
estrellas den, en vez de flores, quantas
esa inconstante esfera
le debe á tu nocturna primavera;
y no serán errores,
que, si estrellas del dia son las flores,
y tú las atropellas,
flores son de la noche las estrellas.

Salen Laura y Nise.

LAURA.

Quedate tú á la puerta
de Fabio. Avisarasme, si despierta.

NISE.

Alli te está esperando.

LAURA.

¿Es Arnaldo?

ARNALDO.

No sé ; que estoy dudando,
viendome tan dichoso,
si soy otro, y dudoso
tengo en tan dulce abismo
el favor y los zelos de mí mismo.

LAURA.

Pues cree el favor, y duda los recelos;
que nadie, mas que tú, debe á los zelos.

ARNALDO.

No se, de que manera.

LAURA.

Si mi hermano de tí no los tubiera,
y necio su cuidado
no se hubiera conmigo declarado,
á esto no me obligara,
pues, con verte de dia, consolaba
la pena, Arnaldo, mia.
Luego, quitando este lugar al dia,
se le han dado á la noche los recelos:
luego terceros tuyos son sus zelos.

ARNALDO.

Al que de algun veneno
el pecho, Laura hermosa, tiene lleno,
otro veneno cura;
asi yo, á quien la muerte le procura
una pena, que al llanto me condena,
el antidoto hago de otra pena,

pues veneno á veneno se prefieren,
y vivo yo, de lo que tantos mueren.

LAURA.

Poco mi amor te debe,
pues el dolor que tus acciones mueve,
desde el dia funesto
de la muerte de Licio::: ¡Mas qué es esto!

Dentro ruido.

ARNALDO.

Un hombre se ha arrojado
al jardin.

LAURA.

¿Quién será?

ARNALDO.

Poco ha durado
un bien, que dan los zelos.
Presto vienen por él.

D. CARLOS *dentro.*

¡Valedme, cielos! *Sale.*

LAURA.

Sin duda, que es mi hermano.

ARNALDO.

No es; que él no entrará de esta suerte, es llano.

LAURA.

¿Pues quien quieres, que sea?

ARNALDO.

Quien este lance averiguar desea.

Saca la espada.

Yo he de saberlo asi.

LAURA.

De pena muero.

ARNALDO.

¿Quién va? ¿Quién es? ¿Quién viene?

LAURA.

Caballero,
merezcaos tan noble brio
mas ilustre vencimiento.
No contra un hombre postrado
rayos esgrimais de acero,
porque es inutil victoria,
quitarle la vida á un muerto.
Si acaso de aquesta casa
sois el generoso dueño,
mi atrevimiento suplid,
si es la fuerza atrevimiento.
Un hombre soy desdichado,
tanto, que mil veces creo,
que el cuerpo de las desdichas
es la sombra de mi cuerpo.
De una casa en otra he entrado,
hasta este jardin huyendo
de la razon de un marido,
(por deslumbrarle, le miento,) ap.
á quien en defensa honrosa
de mi vida herí. Supuesto,
que hidalgas desdichas hallan

lugar en hidalgos pechos,
solo, que me deis, os pido,
solo, que me deis, os ruego
paso á otra casa, hasta tanto,
que tome sagrado puerto
este desnudo baxel,
este derrotado leño,
que va corriendo fortuna
en un mar, que todo es vientos.

ARNALDO.

Hidalgo:::

LAURA.

¡Ay de mí!

ARNALDO.

qualquiera
que seais, á tanto estrecho
os trahe la suerte, que aqui
daros, ni negaros puedo
el paso, porque á los dos
nos está mal el concierto:
á vos, porque, si os le doy
á esa otra casa, os empeño
mas, que son del Potestad
los jardines, que con estos
confinan, y será daros
prision y no retraimiento;
á mí, porque no soy parte,
para ocultaros. No tengo,

que declarar la ocasion.
Esto basta, y asi luego
podeis volver á salir,
por donde entrasteis, supuesto
que ni pasar ni quedaros,
os está bien.

D. CARLOS.

Deteneos;
que si es riesgo mio, el pasar,
y el quedarme, daño vuestro,
por excusar vuestro daño,
quiero atropellar mi riesgo.
Dadme paso á esos jardines,
que decís; que quiza en ellos
guardará la confianza,
lo que aqui no guarda el miedo.

ARNALDO.

Ya me dais mas, que pensar;
pues delinqüente, que huyendo
á la Justicia, no teme,
arguye mayor secreto;
y ya, ni iros ni quedaros,
ha de ser, sin conoceros.

D. CARLOS.

¿Qué os importa?

ARNALDO.

Saber solo,
si esto ha sido fingimiento,

para conocerme á mí.

D. CARLOS.

Ciego fuera; y mas que ciego,
quien á tanta luz no viera
hurtos de amor y de zelos.
No querais mas desengaño,
de que á buscaros, no vengo,
sino que, viendo á esa dama
me voy; y con ella os dexo;
pues, ahunque fuera verdad,
mayor victoria no creo,
que quedár con ella ayroso,
si ella me viera ir huyendo.
La causa, de no temer
esa casa, es porque tengo
noticia de ella, y sabré,
de ella escaparme mas presto.

ARNALDO.

Pues nadie fuera cobarde
á los ojos de sus zelos,
no quiero mas desengaño,
mas satisfaccion no quiero.
Llegad; que de este empa-rado,
como yo os ayude, es cierto,
que pasareis facilmente.

D. CARLOS.

La vida diré, que os debo.
Huyendo de mi prision,

Flora, á tu prision me vuelvo.

Vanse los dos.

LAURA.

¡Quién vio mas extraño lance!
¡Quién vió mas raro suceso!
La primera noche, que:::

Dan golpes dentro.

D. CESAR *dentro.*

Abrid estas puertas presto.

LAURA.

¡Ay de mí, que ruido es este!

ARNALDO *saliendo.*

Ya pasó; ¿Pero qué estruendo
oygo?

FABIO *dentro.*

Ola, dadme una luz.
¡Ruido en mi casa! ¡Qué es esto!

D. CESAR.

Abrid aqui.

ARNALDO.

¿Qué he de hacer?

LAURA.

Salir tu tambien.

ARNALDO.

No puedo;
que si el otro:::

LAURA.

¡Ay infelice!

ARNALDO:

pudo, fue; porque yo:::

LAURA.

¡Ay cielos!

ARNALDO.

le ayudé á salir, y quien
á mí me ayude, no tengo.

LAURA.

Ya entra luz; procura pues,
retirarte á un aposento.

Sale con una hacha Fabio y criados.

FABIO.

Yo sabré::: ¿Quién va? ¿Quién es?

LAURA.

Yo, señor.

FABIO.

¡Pues tu, (¿qué es esto?)
¡en el jardin á estas horas!

LAURA.

De mi quarto salí huyendo
á las voces.

FABIO.

Esas puertas
abrid todas, y veremos,
quien llama.

Sale Don Cesar y gente.

D. CESAR.

Señor Don Fabio,
que no os altereis, os ruego
de esta novedad; que quien
fue tan prevenido y cuerdo,
á avisarme, que sabia,
si bien no tubo allá efecto,
donde estaba este homicida,
y mostró tanto deseo
de su prision, dará el susto
por bien empleado, á trueco
de que le prendan.

FABIO.

¿Pues dónde
está?

D. CESAR.

Siguiendole vengo;
que á las puertas de mi casa
le reconocí, bien cierto,
que es él, segun dicen todos,
Al fin, mas veloz que el viento
volvió la espalda, y se entró
en una casa. En efecto,
de una en otra llegó á echarse
en estos jardines vuestros.

FABIO.

Pues si él se echó en los jardines,

no hay duda, de que esté en ellos;
que no hay, por donde salir.

D. CESAR.

Mirad pues la casa.

Entranse algunos por diferentes partes.

LAURA.

¡Cielos
qué desdicha es esta mia!
Si hallan á Arnaldo, yo muero;
pues los zelos de mi hermano
serán agravios, no zelos.

Sale Arnaldo embozado con la espada desnuda.

D. CESAR.

Aqui está un hombre embozado.

FABIO.

Descubrios ya.

ARNALDO.

Primero
perderé la vida.

D. CESAR.

Fuera
apartaos. Deteneos,
señor Don Carlos Colona.

ARNALDO.

¡Qué escucho! Viven los cielos,
que aquel era mi enemigo.

D. CESAR.

Ahunque tantas causas tengo,
para vengarme de vos,
por otros justos respetos
os sufro esta demasia,
os paso este atrevimiento.
Daos á prision.

LAURA.

¿Ya qué aguardo?

ARNALDO.

¿Qué he de hacer? Si aqui me entrego
preso, dexo de decir,
que es Carlos el que va huyendo,
y, despues de darle vida,
espaldas le hago yo mesmo:
pues tambien si me descubro,
á Laura infelice pierdo,
pues hará, en viendome Fabio,
evidencia los rezelos;
pues decir, que el otro huyó,
es decir, que ya está dentro;
descubrirme, es villania,
baxeza, estarme encubierto,
y resistirme, imposible.
En una balanza puestos
están mi vida y su honor.
¿Pero qué dudo? ¿Qué temo?
Mas es su honor, que mi vida.

Señor Don Cesar::

LAURA.

Hoy muero.

ARNALDO.

solamente á vos rindiera
esta vida y este acero.
Vuestro preso soy.

D. CESAR.

Volvedle
á la cinta. Lleva, Celio,
á Don Carlos á la torre.

ARNALDO.

Celio, vamos.

CELIO.

¡Pues qué es esto!
¡Vos sois!

ARNALDO.

Calla, Celio, calla;
que importa mucho el secreto.

Vanse Celio, Arnaldo y criados.

D. CESAR.

Fabio, á Dios. Perdonad, Laura,
este alboroto.

LAURA.

No puedo;
que hay mucho, que perdonar.

FABIO.

Yo tengo de iros sirviendo.

D. CESAR.

Eso no. Ya en mi poder
Carlos está. Ya me veo
entre amistad y venganza,
á dos impulsos atento.
Ya la obligacion de Juez
cumplí, y la de amigo espero.
Deme la venganza ira,
deme la amistad consejo,
deme la prudencia aviso,
y deme paciencia el cielo. *vase.*

LAURA.

¡Preso Arnaldo por la muerte,
que mas llora, habiendo él mesmo
dado á su enemigo vida,
y tener yo sufrimiento,
para no haber dado voces!
¡Qué es esto, cielos! ¡Qué es esto!

FABIO.

¡Laura vestida á estas horas,
y en el jardin encubierto
este hombre, este homicida!
¡Haber, en guardarse, puesto,
el rostro, tanto cuidado!
¡Qué es esto, cielos! ¡Qué es esto!

LAURA.

¿Pero, en sabiendo quien es,
darle libertad no es cierto?

FABIO.

¿Pero qué dudo, si Cesar
aqui le vino siguiendo?

LAURA.

Mas, ay, ¿qué dirá mi hermano,
si mañana no hay tal preso?

FABIO.

¿Con saber, quien es mañana,
todas las dudas no absuelvo?

LAURA.

No hay medio, no, á mis desdichas.

FABIO.

¡A este mal no hay otro medio!
¿Laura?

LAURA.

¿Fabio?

FABIO.

Tarde es ya.
Recojete á tu aposento.

LAURA.

Asi pudiera, ay de mí,
recojer mis pensamientos.
¡Qué cobarde es el honor!

FABIO.

¡Qué atrevidos son los zelos!

Vanse, y salen Silvia y Don Carlos por la puerta de la torre á obscuras.

D. CARLOS.

Dicha fue de un desdichado,
que tú á tales horas fueras,
la que á este jardin vinieras,
donde ya desesperado
estaba.

SILVIA.

Yo me he atrevido,
despues de pasado el susto,
de hallarte en él, ahunque injusto
atrevimiento haya sido,
sin dar parte á mi señora,
á traherte al retrahimiento.
Quedate aqui, porque intento,
ir, á decirselo ahora.

D. CARLOS.

Pues dile, que apenas yo
de su casa me ausenté,
quando á su padre encontré,
que á conocerme llegó,
que porque no me prendiera,
varias fortunas corrí,
hasta haber parado aqui,
como en mi centro y esfera.
Dile, que me hallaste en fin

en su jardin, donde via
por aquella celosia
la deidad de su jazmin.

SILVIA.

Todo aqueso la diré;
y quedate, porque ya,
muy presto mi amo vendrá,
y si me siente, no sé,
que disculpa pueda dar,
de estar vestida á esta hora.

Vase y cierra.

D. CARLOS.

Disculpame tú con Flora,
triunfarás de mi pesar.
¡A quien habrá sucedido
en el mundo semejante
caso! ¿Hay caballero andante,
Comienzan á abrir la puerta, y salen Arnalda y Celio con luz, muy despacio.
que pueda::? ¡Pero que ruido
escucho hácia estotro lado
de la torre! ¿Si, por dónde
á otra casa corresponde,
han abierto? Ya han entrado
con luz dos hombres. ¿Qué haré?
Sin duda, que me han seguido
hasta aqui, y aqui han venido,

á darme muerte, porque
de vista conozco al uno,
que al lado de Licio estaba
riñendo. ¡Hay pena mas brava!
¡Hay lance mas importuno!
La casa miran. Lo estrecho
de este paso he de tomar.
Vive Dios, que han de llegar
cara á cara, y pecho á pecho,

Salen Celio y Arnaldo.

CELIO.

De la torre y de mi casa,
esta es la pieza mejor.

Tercia la capa, empuñando la espada Don Carlos, y ponese á un lado hácia el paño, y saca Celio una luz, y ponela sobre un bufete.

ARNALDO.

De qualquier suerte en rigor.
Celio, una noche se pasa.

CELIO.

Con causa admirar me puedo
de vuestro suceso.

ARNALDO.

En fin,
estaba yo en el jardin
con Laura :::

CELIO.

Hablemos mas quedo.

D. CARLOS.

Si vinieran, á buscarme,
no tan despacio vinieran.
¿Si no me buscan, que esperan?
¡Oh, si pudiera acercarme,
á oir lo que hablan! Mas no:
mas vale estar retirado;
que si ellos no me han buscado,
¿por qué he de buscarlos yo?

ARNALDO.

en efecto, le di paso,
á quien la muerte le diera,
donde quiera, que le viera,
y quedé yo:::

CELIO.

Habladme paso.

ARNALDO.

de suerte, que mi piedad,
vuelta entonces contra mí,
porque al otro se la dí,
me dexó sin libertad.
En vuestro poder estoy,
por lo que mas lloro, preso.

D. CARLOS.

Bien extraño es el suceso;
pero ya desde aqui doy

las gracias al desengaño,
pues en viendoos, claro está,
que Cesar os soltará
libremente.

ARNALDO.

No es mi daño,
el que yo siento. Pluguiera
al cielo en eso parára,
que el delito confesára,
porque Laura no tubiera
esta sospecha en su fama;
que es infamia conocida,
consolarme con mi vida,
tan á costa de mi dama.

CELIO.

Yo bien quisiera tener,
Arnaldo, una industria, un modo,
para sacaros de todo.

ARNALDO.

Uno solo puede haber.

CELIO.

¿Quál es?

ARNALDO.

Dexarme salir,
á avisar y disponer
á Laura, lo que ha de hacer,
y lo que yo he de decir;
no discrepemos los dos.

Lo que hemos de hacer, sepamos,
porque una cosa digamos.
Yo volveré, vive Dios,
brevemente.

CELIO.

No quisiera,
que os volvieran á buscar:
mas algo ha de aventurar,
el que serviros espera.
Pero ved, que de vos fia
mi honor su reputacion.

ARNALDO.

Yo volveré á la prision,
antes que declaré el dia.

CELIO.

Id con Dios.

ARNALDO.

Con eso alcanza
nuevas prisiones mi pena,
porque la mayor cadena
de un noble es la confianza.

Vanse los dos y dexan la luz.

D. CARLOS.

¿Fueronse? sí. ¿A qué han entrado
estos hombres? ¡Oh, quién fuera
tan venturoso, que hubiera
oido, lo que han hablado!
Ni una palabra entendí,

ni una razon escuché;
y solo de aquesto sé,
que ya no estoy bien aqui.
Pues, entrando aqui esta gente,
es forzoso, que me vean;
y tantos contra mí sean.
Y en fin lo mas conveniente
es, el irme. ¡Oh quién contar
pudiera á Silvia, ay de mi,
esto, que ha pasado aqui!
¡Oh quien pudiera llamar,
sin hacer ruido! ¿Mas ya
para qué? Ella lo sabe,
pues vuelve, á torcer la llave.

Vuelven, á abrir.

¿Quién duda, que ella será?
Mato la luz; pero no.
Mejor es, que sea testigo,
que acredite, lo que digo.
¿Quien es, quien me busca?

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

Yo.
Yo soy, Carlos.

D. CARLOS.

¡Señor, vos:::!

D. CESAR.

Dexad turbados extremos,

y sentaos; que tenemos,
que hablar á solas los dos.
Sientanse.
Señor Don Carlos Colona,
no os admire, no os espante,
que á estas horas os visite
en esta torre, esta carcel,
quien es en vuestros sucesos
avogado, Juez y parte,
y hace un todo de desdichas,
compuesto de dos mitades.
Yo quise pues esperar,
para hablaros, á que nadie
me vea entrar en vuestro quarto;
y asi vengo, quando yace
en el sepulcro del sueño
toda mi casa cadaver.
Confuso estareis, de oirme
tan apacible y afable
ahora, habiendome visto
hoy tan rigoroso antes.
Pues, para que no lo esteis,
reportaos y escuchadme;
que dificultades dichas;
ya no son dificultades.
Yo soy el mayor amigo
que ha tenido vuestro padre,
sin que esta amistad el tiempo,

ni la melle, ni la gaste.
La vida y el honor mio
le debo, y he de acordarme
entre tan grandes ofensas
de obligaciones tan grandes.
Acuerdome pues, que un dia,
siguiendo los estandartes
Católicos, que á los cielos
lleva en sus alas el ave
de dos cuellos, tube yo
con dos nobles de la sangre
de Nasau, deudos cercanos
del grán Príncipe de Orange,
un desafio, y saliendo
á campaña, porque iguales
estubiesemos, saqué
por segundo á vuestro padre,
En fe pues de su valor
salí ufano y arrogante,
tanto, que limpio mi honor
fue: mas no quiero, acordarme;
que se corre la vejez
de escuchar sus mocedades.
Esta obligacion y muchas
en mi pecho escritas trahe
mi valor; que un pecho noble
es lámina de diamantes;
y siendolo, no, no es mucho,

á prenderme, ó á matarme,
á contarme, viene, cielos,
desafios de mi padre!
Aqui hay algun grande engaño,
ó alguna traycion hay grande;
porque, (apuremos el caso,)
supongo, que sepa alguien,
que aqui me escondo. ¿Es posible,
que con tal paciencia trate
sus agravios? No; pues, quando
quiera por su honor, no darse
por entendido, pudiera
fingirlo prudente y grave
con la lengua y con la voz,
pero no con el semblante;
porque el semblante en un hombre,
ni puede mentir, ni sabe.
Pues sino pudo fingirse
tan vivamente este lance:
¿qué jardin es este, cielos,
donde me prendió? Dexadme
confusiones; que no es
posible, que un pecho baste,
á resistirse de tantas,
sin que la menor le mate.
A espacio, á espacio, desdichas;
á espacio, á espacio, pesares.
Vamos cojiendo los cabos

á este caso, que importante
será recojerlos todos,
porque no se desenlace
alguno; veamos, si hay
memoria, que tantos ate.
Yo á un caballero dí muerte
por un disfrazado angel;
su prima y su esposa á mí
dá esta torre, en que guardarme;
la tapada agradecida,
finezas trueca á diamantes;
un su amigo, que me busca
para darme muerte, llave
tiene de ese quarto, donde
entra libremente y sale:
el mismo, de quien yo huyo,
como Juez y como parte,
no habiendome allá prendido,
no extraña, que aquí me halle.
¡Pues que es, lo que puedo, hacer
en confusiones tan grandes!
Salir de aquí, es muy dificil,
esperar aquí, no es facil.
¡Oh que de cosas pendientes
se quedan para adelante!
Pues, es fuerza, que mañana
Don Cesar se desengañe,
Flora con él se disculpe,

la tapada se declare,
el enemigo se vengue.
Oxala, porque se allanen
tantos pielagos de penas,
montes de dificultades,
laberintos de recelos;
y si es, que habeis, de matarme,
no vengais á espacio, agravios,
no vengais á espacio, males;
aprisa, aprisa desdichas,
aprisa, aprisa, pesares.

JORNADA TERCERA.

Salen Flora y Silvia.

FLORA.

¿Qué me dices?

SILVIA.

Lo que pasa.
En pie la duda se está,
pues está Don Carlos ya
otra vez dentro de casa.

FLORA.

Ahunque acabas de decir,
lo que con él te pasó,
me parece á mí, que yo
no lo he acabado de oir:
y así, antes que el alba fria,
envuelta en blanco arrebol
dé prisa, diciendo al sol,
que es hora, que venga el dia,
me levanto.

SILVIA.

Digo en fin,

que acostada te dexé:
que salí al jardin: que hallé
á Carlos en el jardin:
que al principio me turbó:
que al cabo me aseguré:
que la causa pregunté:
y que él me respondió,
diciendo, que habia venido
huyendo otra vez: que entró
por tal parte, y señaló
esas tapias, que han caido
á los jardines de Laura;
que allí, confesó, muriera,
si acaso yo no saliera:
que su temor le restaura
mi piedad, pues le socorre,
solamente por saber,
que tú lo has de agradecer,
y al fin que se está en la torre.

FLORA.

Lo que diera mi sentido,
porque Carlos no se hubiera
ido ahier, ahora diera,
porque no hubiera venido.
¡Oh que mal contento amor
vive siempre! ¡Quién habrá,
que te agrade! ¡Quién, si está
siempre flechado tu ardor!

Siempre se escuchan tus quexas,
trocando males y bienes,
por dexarlos, si los tienes,
por tenerlos, si los dexas.
Si ahier lloraste un olbido,
no llores hoy una fe;
si sentistes, que se fue,
no sientas, que haya venido;
que, ahunque daño pueda ser
mio, ver, que aqui volvió,
¿qué te importa á tí, si yo
te lo quiero agradecer?

SILVIA.

Con el discurso, señora,
hasta la puerta has llegado
de la torre.

FLORA.

Mi cuidado
el movil ha sido ahora
de esta accion mia, y no mia,
pues tanto me arrebató,
que me traxo, sin que yo
supiese, donde venia.
Abre ... ¿Pero quién se ha entrado
hasta aquí? *ruido.*

SILVIA.

El hombre, que ves,
el sastre fingido es,

que sabrá, hacerte pedazos.

D. CARLOS.

No harás poco, si te guardas.

DINERO.

Para hallarle asi, mejor
fuera, que nunca le hallara.

FLORA.

¿Qué es esto, Arnaldo?

ARNALDO.

Trayciones
tuyas, pues que tú le amparas;
mas no es mucho, no; no es mucho,
si tú misma fuiste causa,
de que á tu primo matasen,
tener dentro de tu casa
á su homicida y tu amante;
que ahora me desengañas,
de que entonces fueron zelos;
y que el venirse á tu casa
tan sin temor, fué por esto.
Mas, ya que á tu sangre faltas,
no falte yo á la amistad,
tomando justa venganza.

FLORA.

Todo Arnaldo lo ha sabido, *aparte.*
y que aqui Carlos estaba,
y ha entrado, á vengar su amigo.
¡Quién vió confusiones tantas! *riñen.*

D. CARLOS.

Pues si vengarte deseas,
¿qué es, lo que esperas? ¿Qué aguardas?

D. CESAR *saliendo.*

¿Qué es esto? A fuera. ¿Qué es esto?

FLORA.

Esto solo me faltaba.
Hoy muero.

D. CESAR.

¿Como se pierde
asi el respeto á mi casa?
Vive Dios.

ARNALDO.

Señor Don Cesar,
el que mas respeto guarda
á estas paredes, soy yo;
pero hallando en vuestra casa:::

FLORA.

¡Ya qué tengo, que esperar;
que todo aqui se declara! *ap.*

ARNALDO.

escondido ese traydor,
siendo Elora, quien le ampara,
pues, para darle la vida,
fingió, que por la ventana
salió, y á pesar de todos,
en esa torre le guarda,
quise:::

D. CESAR.

Suspended, Arnaldo
razones tan mal pensadas;
que es, en mi honor, vive Dios,
delito, el imaginarlas.
Si está en mi casa Don Carlos,
yo le he trahido á mi casa
preso; que tanto ha podido
mi cuidado y vigilancia,
que vine á prenderle anoche
en los jardines de Laura.
El traherle á aquesta torre,
es, por ser determinada
prision para caballeros,
ó porque yo tengo causas
para prenderle y honrarle,
y quiero, cumplir con ambas.
Y agradeced, que os respondo
con la lengua, y no la espada
á tan descortes malicia
y sospecha tan villana.
Flora es mi hija, y no pudo:::
Idos de aquí; no me haga
la cólera:::

ARNALDO.

El ha pensado, ap.
como en su casa le halla,
que es, el que anoche prendió;

pues me hace la puerta franca,
y pues asi se asegura
la reputacion de Laura,
y él queda preso, y voy libre,
esto está mejor, que estaba.
Yo, señor:::

D. CESAR.

No os disculpeis,

ARNALDO.

entré:::

D. CESAR.

No hableis mas palabra,

ARNALDO.

osado:::

D. CESAR.

No prosigais.

ARNALDO.

porque fuí amigo:::

D. CESAR.

¿Ahun no basta?
Vive Dios, que hagais os eche,
de esta suerte de mi casa.

Echale á empujones, y vanse.

FLORA.

¿Qué tengo ya que esperar?
Don Carlos, ya veis, á quántas
desdichas estoy expuesta.
Mi padre no ignora nada

de la verdad, pues Arnaldo
se lo ha dicho. Estoy turbada.
El decirle, que él te traxo,
supuesto que tal no pasa,
bien se vé, que es fingimiento,
por disimular su infamia;
mas con nosotros, con quienes
no puede fingir, es clara
cosa, que ha de declararse.
Mi vida, señor, ampara.

D. CARLOS.

Dices bien; ahunque esperé,
ser algun engaño causa
de su agrado, ya con esto
no me queda esa esperanza;
mas moriré en tu defensa.

FLORA.

Todo es malo, pues que guardas
mi vida contra mi vida.

Vuelve á salir Don Cesar.

SILVIA.

Sin duda, que aqui se matan.

D. CESAR.

Señor Don Carlos, aquella
de vuestra prision la estancia
es. Retiraos, y pensad,
que esta colera bizarra
de Arnaldo fue obligacion

de su amistad. Disculpadla;
que, pues la perdono yo,
bien podeis vos perdonarla.
Esto os pido, porque quiero
yo, que entre los dos se hagan
las amistades.

FLORA.

¿Qué es esto?
¡Quándo su muerte esperaba,
tan cortesmente le ruega!
¡Tan blandamente le habla!

D. CARLOS.

En Cesar sin duda hay mucha
prudencia, ó mucha ignorancia;
y de qualquiera manera
será mejor apurarlas.
Y, pues son tales mis penas,
y tan grandes mis desgracias,
que es la menor, estar preso,
esto está mejor, que estaba.
En todo he de obedeceros. *vase.*

DINERO.

Ahora entro yo en la danza.

D. CESAR.

¿Vos, qué haceis?

DINERO.

Viendo, que aqui
la fiesta se celebraba

del amo perdido, al punto
dexé tienda, perchas, tabla,
dedal, hilo, seda, agujas,
jabon, pergamino y vara,
tixeras, cincel, patrones,
retazos, mentiras, trampas,
ecetera, y vine aquí,
no pensando, que enfádara
Dinero; mas yo me iré
muy mucho de en hora mala;
que para tí no hay mas ruegos,
ya lo sé, que irse, el que cansa.

D. CESAR.

Si á vuestro amo buscais,
entrad con él.

DINERO.

Lo que mandas,
está tan puesto en razon,
que no respondo palabra. *Vase.*

FLORA.

A todos ha respondido,
y conmigo solo, trata,
quedarse. La puerta cierra.

D. CESAR.

Silvia, allá fuera te aguarda.

Vase Silvia.

FLORA.

Esto es hecho. No hay remedio

mejor, que echarme á sus plantas;
y contarle la verdad.
Señor:::

D. CESAR.

¡Qué es esto! Levanta.

FLORA.

Arnaldo te ha dicho:::

D. CESAR.

Si;
que tu á Carlos ocultabas
en casa.

FLORA.

Yo soy tu hija,
y el valor tuyo fue causa:::

D. CESAR.

De sentir, que de tí formen
sospechas tan mal fundadas,
para disculparse á si.
Estarás muy enojada,
de que tal atrevimiento,
sin castigarle se vaya.
Y tienes mucha razon;
mas como conmigo hablaba,
que sé la verdad de todo,
no me dió cuidado nada.
No estés enojada, Flora;
que quiero, que por mí hagas
una fineza. De este hombre,

que he trahido preso á casa,
desde hoy mandarás, qué tenga
cuidado alguna criada
en su regalo; verás,
como, al qúe ahier buscaba,
para darle muerte, hoy
festejo. Como esto pasa
en el mundo, que es un monstruo
compuesto de partes varias,
pues lo que es agravio hoy,
es obligacion mañana,
y á ningun muerto en efecto
fue sufragio la venganza.
No puedo decirte mas;
que son historias muy largas.
A Dios, á Dios. *vase.*

FLORA.

¡Santos cielos,
qué es esto, que por mí pasa!
¡Mí padre dice, que traxo
preso á Carlos, cosa extraña:
y Silvia, que en el jardin
le halló, y, quando yo esperaba
el disgusto de mi padre,
que le regale, me manda!
¿Sueño? Sí; que no es posible,
que lance tan nuevo haya
en el mundo, que convierta

él mal en bien; pero basta;
que de qualquiera manera,
esto está mejor, que estaba.

Sale Laura.

LAURA.

¿Flora hermosa?

FLORA.

¿Laura mia?
¡Qué es esto! ¡Tan de mañana
á visitarme!

LAURA.

Sí, Flora;
que un triste nunca descansa.
A buscarte, vengo, amiga,
llena de penas y ansias,
y á depositar en tí
todo el thesoro del alma.
No habré menester decirte
de mis tristezas la causa,
porque tristezas de amor
se dicen, sin pronunciarlas.
Un hombre en tu casa está
preso. Vida, honor y fama,
verle y hablarle, me importa.
Hablando conmigo estaba
anoche, porque es el dueño
de todas mis esperanzas,
quando quisieron los cielos,

que de mi casa á tu casa
le pasasen mis desdichas.
Y ahunque por la confianza
del Alcayde, volvió á verme,
no me pudo decir nada;
que estaba despierto Fabio.
Por tu vida, que des traza,
para que yo le hable, y sea
la respuesta, executarla;
que nunca dan mas espacio
las penas y las desgracias.

FLORA.

Valgame el cielo. ¡Qué escucho!

LAURA.

¡Pues no me respondes nada!

FLORA.

No sé, como responderte.
Y es verdad, porque palabras,
que trahen la hierba de zelos,
son el veneno del alma.
Apenas de haber salido
de un mal, daba al cielo gracias,
quando vuelvo á dar las quexas.
¡Oh, cómo es cosa asentada,
que son cobardes las penas,
pues siempre en quadrillas andan!
Laura es dama de Don Carlos,
Carlos es galan de Laura.

Anoche, quando salió
de aqui, se fue, á visitarla.
Desde su jardin, adonde
hablando con ella estaba,
pasó al mio. Bien lo dice
ella, pues dice, ay tyrana,
que le pasó una desdicha
desde su casa á mi casa.
Pues si á Carlos Laura quiere,
pues si á Laura Carlos ama,
volved atras, pensamientos,
que ahun no está mejor, que estaba.

LAURA.

¿Qué me respondes? ¿Qué dices?
¿Qué tienes?

FLORA.

No sé, qué haga,
¿Daré paso yo á mis zelos,
tercera á sus esperanzas?
No; que ninguno guardó,
á sus zelos las espaldas.

LAURA.

¿Por qué con tal turbacion
me miras?

FLORA.

Porque me mandas
cosa, en que será imposible
servirte. Siempre cerrada

la puerta está, que responde
el quarto, donde se guarda
ese hombre, y el Alcayde
por otra calle se manda.

LAURA.

¿Hay mas de abrir esa puerta?

FLORA.

Mas hay, porque está clavada.

LAURA.

Romperla, y dexarla en falso.

FLORA.

Veranlo aquesas criadas.

LAURA.

¡Oh, que de dificultades
me pones!

FLORA.

¿De qué te cansas?

LAURA.

De que, si fueras mi amiga,
inconvenientes no halláras.

FLORA.

Yo hago:::

LAURA.

No me digas mas.

FLORA.

mas que puedo.

LAURA.

Tù te engañas.

Sale Don Cesar.

D. CESAR.

¿Qué voces, Flora, son estas?
¿Qué voces son estas, Laura?
¡Las dos amigas asi
se enojan!

FLORA.

No ha sido nada.

LAURA.

No es sino mucho, y pues traxe
dos diligencias pensadas,
he de intentar la segunda,
pues la primera me falta;
y en lagrimas y suspiros
salgan de mi pecho, salgan
de una vez tantos pesares,
de una vez desdichas tantas.
Escuchadme. Yo, señor,
vengo con un desengaño,
á sacarte de un engaño,
á librarte de su error.
A un caballero le dí
ocasion, de que me viera
en mi casa: (¡Oh, si pudiera
esto decirse sin mí!)
quando un hombre, que venia
huyendo de dos, se entró
en el jardin, y pasó

á esta casa de la mia.
Vos, siguiendole, llegastes,
y á mi amante (ay penas tristes)
por el hombre, que seguistes,
preso á una torre enviastes.
No me pude declarar
por mi hermano, y ahora vengo,
con la obligacion, que tengo,
ó señor, á suplicar,
que con generoso indicio
mireis por mi fama pues;
soltadle; pues que no es,
el que dió la muerte á Licio.
Con mi hermano disculpada
quede yo, en hallarle alli.

D. CESAR.

En toda mi vida ví
mentira mas mal trazada.
Señora, si vuestro amor
quiere, ostentando finezas,
tomar vado en sus tristezas,
hallar puerto á su dolor,
no ha de ser con fingimientos
neciamente imaginados;
mejor negocian postrados
los ruegos y rendimientos.
Porque, si el que yo seguí,
y en vuestro jardin hallé,

Don Carlos Colona fue,
y es el mismo, que está aqui;
¿qué sirven engaños?

LAURA.

Esa
es mi desdicha cruel,
el presumir vos, que es el.

D. CESAR.

Pues si el mismo lo confiesa,
¿puede el mismo mentir?

LAURA.

Sí;
que por no formar, señor,
sospechas contra mi honor,
querrá condenarse á si.

D. CESAR.

Quando en su pecho cupiera
una fineza tan rara,
que el delito confesára,
y él mintiera, no mintiera
un criado, que ha venido
con él, le ha visto y le ha hablado.

LAURA.

Puede mentir el criado.

D. CESAR.

Hareis, que pierda el sentido.
¿Y si yo mismo al instante,
que le envié preso aqui,
á solas le hablé y le ví,

y él:::?

LAURA.

No paseis mas adelante.
¿Vos le hablasteis? ¿Vos le visteis?

D. CESAR.

Yo mismo, yo mismo, yo.

LAURA.

Pues será otro; pero no
el que en mi casa prendisteis,
porque vos le conoceis,
al que en mi jardin hablaba.

FLORA.

Esto está mejor, que estaba.

D. CESAR.

Si eso persuadir quereis,
dexadme por Dios, señora,
que es querer, que un fingimiento
me quite el entendimiento.
Dilé, por tu vida, Flora,
como, el que anoche prendí,
Don Carlos Colona es.

FLORA.

¿Eso tiene duda? ¿Pues
el que ahora está preso aqui,
muy bien le conozco yo,
y es el mismo, que venia
huyendo aquel mismo dia,
ah infelice, qué dió

la muerte en el campo á Licio.

D. CESAR.

Diselo asi, porque temo,
que su locura y mi extremo
me quieren quitar el juicio, *vase.*

FLORA.

¿Pues qué duda puede haber
en verdad tan asentada?

LAURA.

Flora, no me digas nada;
que yo lo sabré saber.

FLORA.

Como de mi mal me espanto,
del tuyo, Laura, tambien;
mas de mi mal, ó mi bien,
hoy veré el fin. Dame un manto,
Silvia. *en voz alta.*

Sale Silvia.

SILVIA.

¿Qué quieres hacer?
¿No ves, que ya su criado,
que eres tu, le habrá contado,
la tapada?

FLORA.

Que temer
no tengo. Venza el rigor
de tan confusos desvelos,
y denme muerte mis zelos,

ó deme vida su amor. *vanse.*

Salen Don Carlos y Dinero.

DINERO.

Lastima es, vive el cielo,
si credito he de dar á tu desvelo,
que un amante no seas
de novela.

D. CARLOS.

Pues oye, si deseas
saber todo el suceso.
Estaba yo escondido, donde preso
ahora estoy, quando vino
otra dama de ingenio peregrino,
á buscarme tapada,
diciendo, que de mí estaba obligada,
porque la dama era,
que fue de mi rigor causa primera.
Esta pues:::

DINERO.

Era Flora.

D. CARLOS.

¡Qué dices!

DINERO.

La verdad escucha ahora.
Flora es esa tapada,
que á visitarte vino disfrazada:
yo lo sé, porque estaba
contigo, quando yo, que te buscaba,

la saqué de un aprieto
con su padre, fingiendome en efecto
sastre. Al cielo pluguiera,
que antes, que sastre, diablo me fingiera.
Cesar, adonde iba, preguntaba,
y ella dixo, que un manto se probaba,
que yo entonces trahia; de manera,
que Flora es la tapada.

D. CARLOS.

Aguarda, espera;
que, si vamos juntando (do
partes, hay muchas, que lo abonen. Quan-
riñendo Arnaldo estaba,
dixo, que darme muerte, procuraba,
por vengar á su primo, cuya muerte
ella causó; de suerte,
que habiendo ella causado
la muerte de su primo, con cuidado
ampararme obligada,
visitarme tapada,
guardarme temerosa,
y obligarme en efecto generosa:
muchas verdades son, ó yo las creo,
por lo que persuadir sabe el deseo.
¿Quien decirte pudiera
del modo, que la vi, quando mi fiera
suerte, por la pared de esos jardines,
me ocasionó volverme á sus jazmines?..

DINERO.

No todo sea pesar, va de pintura.

D. CARLOS.

Escuchame, ahunque enoje su hermosura.
Ya te dixe, como anoche
de aquesta casa me fui,
y que en la calle Don Cesar,
me reconoció, al salir.
Ya te dixe, como huyendo
de un lance en otro, caí
á un jardin, donde un amante
favorecido y feliz
gozaba su paraiso,
sin temor de serafin,
pues le tenia en sus brazos;
pues escucha desde aqui.
A los jardines de Flora
pasé, y confuso me ví,
porque entre los laberintos
de su amoroso pais
que los arrayanes texen
con los olivos, me perdí.
Era la noche medrosa
monstruo tan cobarde y vil,
y pisando blandamente,
el clavel y el alhelí,
no dexó á fuentes, ni flores,
ni murmurar, ni reir.

Entre nieblas empañado
el christalino viril,
sepultó abismos de estrellas
en túmulos de zafir.
De esta suerte discurria,
quando entre las sombras ví
un nocturno rayo, cuyo
norte me obligó á seguir
su luz. Hallé pues por una
celosia de jazmin
entreabierta una ventana,
que el ayre debió de abrir,
para penetrar su cielo,
enamorado y sutil.
Estaba entre sus criadas
Flora, bien como lucir
suele entre vasallas flores
la rosa su emperatriz.
Una, hincada la rodilla,
en un azafate allí,
recojia los despojos
de su victoria gentil.
Desenlanzó las sortijas
de la prision de marfil,
y luego acudió al cabello,
donde, como Flora en fin,
fue desperdiciando flores,
tan hijas suyas, que oí,

para adornarse otra aurora,
se las invidió el jardin;
porque por desechos suyos
llaman galan al Abril.
De los cuidados del dia
ya absuelto el cabello ví,
siendo oceano de rayos,
donde la mano feliz,
Bucentoro de christal,
corrió tormenta de Ophir.
Tan hermoso el desaliño
era, que quise decir,
mal haya el aliño, donde
es el desaliño asi.
Luego, á mas leve precepto
rendido, le volvió á asir
en una red de oro y seda,
labrada á colores mil.
En cotilla y en enaguas
quedó de un verde tabí;
que como es Flora, no quise
ajeno color vestir.
Una guarnicion no mas
era el ultimo perfil,
donde en lineas de oro iba
á rematar y morir,
otra hermosa Primavera
de muchas flores de lis;

y como al joven verano
sigue el cano invierno, asi
se miró á esta verde pompa
la blanca nieve seguir
de otra enagua de cambray,
que crepusculo sutil,
no dexaba entre dos luces,
ni obscurecer, ni lucir.
La estatura de otro dia
fiada dexó al chapin,
quedando su perfeccion,
menos no, mas menor sí.
Sentóse sobre la cama,
que era acaso carmesi;
¿quando no se acuesta el sol
tras cortinas de carmin?
Aqui cegaron mis ojos,
porque una criada aqui,
á descalzarla, se puso,
las espaldas hácia mí:
y por mas, que codicioso,
bruxulear y descubrir
quise, entre lejos y sombras
solo alcanzé, solo ví,
no sé, que rasgos de nacar
de un cendal de azul turquí,
abrazados, y una caxa,
si se pudo percibir,

porque era un atomo breve,
que nació para vivir
concha de la menor perla,
boton del mejor jazmin.
Pusose sobre los hombros
otro rico faldellin,
porque un baño las criadas
la empezaron á servir.
De las lagrimas, que el alba
llora, quando va á salir,
debió de ser, porque entonces
todo respiró ambar gris.
Metió los pies en el agua,
y travaron entre sí
christales contra cristales
una batalla civil;
y como estatua de nieve
era Flora, y yo la ví,
por ser con christal quaxado,
deshecho christal temí,
que la estatua por los pies
se empezaba á derretir.
En aqueste punto, Silvia,
de gasas quitó un terliz
á las almohadas, y abrió
el lecho, donde á dormir
se reclinó mejor sol,
que el que en campo de zafir

suele madrugar topacio,
suele acostarse rubí.
Corrieronle la cortina,
dexandome á mí sin mí,
en manos de mi temor,
venturoso é infeliz,
hasta que Silvia salió,
como ya te referí.
Y lo que me admiró mas,
fue, viendo esparcir asi
sus adornos, que mañana
sepa volverse à vestir.

DINERO.

Con todo quanto has gastado
de ambar, clavel y jazmin,
se te olbida lo mejor
de su adorno.

D. CARLOS.

¿Cómo asi?

DINERO.

¿No trahia guarda-infante.
Flora, señor?

D. CARLOS.

Luego vi,
que habia de ser frialdad,
la que ibas, á decir.

DINERO.

Ya que tú me la has pintado,

puesto, que yo no le ví,
quiero pintartele yo.
Va pendiente de la cin-
tura, en quanto la enagua
dexó enjauladas las tri-
pas en un enjugador,
barba de ballena y cin-
tas, que como las enaguas
al humo de las pasti-
llas se curan, no se halla
sin enjugador y sin
perfumes; y en conclusion
est custos infansis sic;
que por no espantar á tantos,
decirlo, quise en latin.

CELIO *saliendo por una puerta.*

Advertido ya de quanto
pasó á Arnaldo, he que fingir,
que este es el preso que anoche,
Don Cesar me encargó á mí.
Una tapada mujer
te busca, y ahunque yo aqui
no tengo tanta licencia,
en algo te he de servir.

DINERO.

Ahora verás, si es Flora.

D. CARLOS.

Merced, me hace. Si es así,

tendrán premio tus albricias,
tendrán mis desdichas fin. *vase Celio.*

Sale Silvia por otra puerta.

SILVIA.

Aquella dama tapada,
que te vino á ver, aquí
vuelve otra vez.

D. CARLOS.

Ya lo sé;
mas, que puede entrar, le dí. *vase Silvia.*

Salen Celio y Laura por una puerta.

CELIO.

Aquel, señora, es el preso,
que buscais y que decís.

Salen Silvia y Flora por otra.

SILVIA.

Solo está; bien llegar puedo.

D. CARLOS.

¡Qué miro! ¡Que quando aquí
una tapada esperaba,
vienen dos!

DINERO.

Es de sentir;
que á mas moros mas ganancia,
el refran suele decir:
mas á mas christianos, no.

LAURA.

¿Señor?

FLORA.

¿Carlos?

LAURA.

Ay de mí,
que este no es Arnaldo.

FLORA.

¡Cielos,
esta es Laura!

D. CARLOS.

Proseguid.
¿Por qué os retirais las dos?
¿Qué mandais? ¿A qué venís?

LAURA.

Yo no tengo, que deciros,
porque, en mirandoos, perdí
la memoria. Aquella es Flora.

FLORA.

La voluntad yo.

D. CARLOS.

Advertid,
que solo el entendimiento,
hay que perder para mí;
y antes, que le pierda, sepa,
¿qué haceis aquí, ó qué decís?

LAURA.

Yo no tengo ya, que hacer.

FLORA.

Ni yo tengo, qué decir.

D. CARLOS.

Embozadas hermosuras,
que detrás de ese nublado,
antes de haberme alumbrado,
me quereis dexar á obscuras:
piedades son mal seguras,
iros, sin que os haya oido;
que, si ver el bien perdido,
quien le tubo, es gran desden,
¿qué será, perder el bien,
antes de haberle tenido?
Y si á un dia al arrebol,
sigue una noche importuna,
quedando á pagar la luna,
obligaciones del sol:
si un farol á otro farol
mas ó menos rayos fia,
advertid, que es tyranía,
á que ninguna igualó,
que pase dos noches yo,
sin deberselas al dia.

LAURA.

Yo no me he de descubrir,
porque no os importa á vos,
ni á mí, porque, donde hay dos,
de nada puedo servir.

DINERO.

Por mí deben de venir.

D. CARLOS.

Apartate. No teneis,
que rezelaros, pues veis,
que, si tanto habeis tardado,
que dos noches han pasado,
dos auroras me debeis.

Sale Celio.

CELIO.

En mi quarto mi señor
os espera, porque quiere,
(tanto su fama prefiere
al sentimiento el valor,
y á la piedad el favor,)
hacer hoy las amistades
de Arnaldo y vuestras.

D. CARLOS.

Verdades,
sus ofrecimientos son.
Rompa pues mi confusion
por tantas dificultades.
Ya veis, que es fuerza, asistir,
donde me llaman. A Dios.

DINERO.

Yo me quedo entre las dos.

D. CARLOS.

A ninguna dexes ir. *vase.*

DINERO.

Ea, tiempo es de envestir.

FLORA.

¿Si muero, por qué dilato
el desengaño?

LAURA.

Yo trato,
de averiguar mis rezelos.

DINERO.

Si ello hay batalla de zelos,
yo he de tener lindo rato.

FLORA *á Silvia.*

Tú por un instante aguarda.
Alli puedes apartarte. *vase.*
¿Laura?

LAURA.

Sí.

FLORA.

Pues oye aparte.

LAURA.

Escucha tu aparte, Flora.

FLORA.

Mi sentimiento no ignora::: *ap.*

LAURA.

Bien conoce mis extremos::: *ap.*

FLORA.

que de un mal adolecemos. *ap.*

LAURA.

que padecemos un daño. *ap.*

FLORA.

Cúrenos un desengaño.

LAURA.

O muramos, ó sanemos.

FLORA.

¿Tú, á Carlos, Laura, has seguido?

LAURA.

¡Yo á Carlos! Haste engañado;
porque en mi vida le he hablado,
y apenas le he conocido.

FLORA.

¿Pues cómo, á verle, has venido
de esta suerte?

LAURA.

Yo no vengo,
á ver :::

FLORA.

Mayor duda tengo.

LAURA.

á Carlos: á Arnaldo sí,
que preso ha de estar aquí.

FLORA.

Ya el desengaño prevengo.
¡Arnaldo, Laura, fue, á quien
mi padre anoche prendió!

LAURA.

Por eso, le busco yo.

FLORA.

¿Y es el que tú quieres bien?

LAURA.

Sí.

FLORA.

¿Y el que anoche tambien
en tus jardines te hablaba?

LAURA.

El era, el que se ocultaba.

FLORA.

¿No Carlos?

LAURA.

¡Con Carlos yo!

FLORA.

¿Luego no le quieres?

LAURA.

No.

FLORA.

Pues mejor está, que estaba;
y en albricias darte quiero
otra buena nueva ya.
Arnaldo preso no está.

LAURA.

¡Cómo!

FLORA.

Como de aqui infiero,
que Carlos fue el prisionero,
y á Arnaldo dexaron fuera.

LAURA.

¿Luego de aquesa manera,
no tengo ya, que temer

FLORA.

No. ¿Pues no se ha de saber?

LAURA.

¿Luego ya mi pena fiera,
tan felizmente se acaba,
que mi opinion y mi hermano
se asegura?

FLORA.

Esto esta llano.

LAURA.

Pues mejor está, que estaba.

DINERO.

¿Puede haber pena mas brava.
que no oir uno, hablando dos?
O dueñas, ó decidlo vos.

LAURA.

Pues encerrados están,
y el paso franco me dan;
á Dios, Flora. *vase.*

FLORA.

Laura, á Dios.

DINERO.

La una se va por aqui:
la otra por acá, y despues
esta entra en casa; esta es,

y he de declararme ansi,

Detiene á Flora.

FLORA.

¿Qué es lo que haceis?

DINERO.

Miro aqui,
si está bien hecho este manto.
Mal redondo un tanto quanto
quedó. Quitaosle, porque
le vuelva al maestro.

FLORA.

¡No sé,
que decis!

DINERO.

Poco me espanto;
que yo tampoco me entiendo,
mas suelo darme á entender.

Vuelve Laura alborotada.

LAURA.

Flora amiga, si deseas
mi vida, amparame.

FLORA.

¿Qué
te ha sucedido?

LAURA.

Mi hermano
al salir, me pudo ver,

y me sigue. ¿Mas que temo?
Por esta puerta me iré,
y cerrandola tras mí,
asi me aseguro de él.

Vase y cierra la puerta.

FLORA.

No cierres; detente; espera.
Dexame á mí entrar tambien.
La puerta cierra; el temor
no la aseguró. ¿Qué haré?

Sale Fabio.

FABIO.

¿Laura en aquestos umbrales,
y desde el amanecer
fuera de casa? ¡Ay de mí!
Mis zelos dixeron bien.
¡*Pero quándo dicen mal*
las desdichas, que han de ser!
¡El embozado, y ella
en su prision! Entraré,
ahunque me lo estorbe el mundo.
¡Ah falsa, aleve y cruel!
¿Piensas, que de tus trayciones
toda la culpa no sé?

FLORA.

¿Qué haré? Porque descubrirme,
ni encubrirme, me está bien.

FABIO.

Mas yo me sabré, vengar,
como declararme sé;
que zelos de honor no mas,
se han de pedir de una vez.

DINERO.

Detente, cuerpo de Christo.
¿No tengo yo de saber,
á que sabe, ser valiente
en mi vida alguna vez?
Y quizá aqueste es gallina.
No es hombre noble y cortes,
el que tan groseramente
atropella una mujer.
¿Quién me mete en esto á mí?

FABIO.

¿Quereisla vos defender?

DINERO.

Si quiero, y vuelvo á envidar.

FABIO.

Pues veamos, si podeis.

Sacan las espadas.

DINERO.

Luego habrá, quien meta paz.

Salen Arnaldo, y todos.

ARNALDO.

Las espadas suspended.

DINERO.

¡A qué buen tiempo han llegado!

FLORA.

¡Ay estrella mas cruel,
que la mia! Aqui es forzoso,
que me hayan, de conocer.

D. CESAR.

¡Pues señor Don Fabio, aqui
estos extremos haceis!

DINERO.

Si tardan un poco mas,
vive Dios, que echo á correr.

FABIO.

Señor Don Cesar, yo tengo
para el extremo, que veis,
ocasion, y solo os ruego,
que no me la pregunteis.
Con esa dama en la calle
he tenido no sé qué.
Entróse huyendo hasta aqui;
y tras ella hasta aqui entré;
pusoseme ese criado
delante:::

DINERO.

Y hice muy bien.

FABIO.

Todo importa poco. Asi
os suplico, que me deis

licencia, para llevarla.

FLORA.

Nada me estará tan bien.

ARNALDO.

¿Quién esta mujer será?

D. CESAR.

¡Triste de mí, que esta es
su hermana! Bien lo declara,
que á Don Carlos viene, á ver.

DINERO.

¿Esto en efecto es reñir?
Pues cosa bien facil es.

FABIO.

Venid.

D. CARLOS.

Eso no. Esta dama,
aunque su nombre no sé,
ni quien es, ni lo que os mueve,
á mí me ha venido, á ver;
y no ha de ir con vos, sin que ella
me diga, que le está bien.

FLORA.

Pensando, que me defiende
Carlos, me ha echado, á perder.

D. CESAR.

No hay palabra, que no sea
un nuevo empeño.

FABIO.

Sabré
desempeñar, lo que he dicho
hasta morir, ó vencer.

DINERO.

No se me ha de pasar dia,
sin reñir alguna vez.

D. CESAR.

¿No mirais, que estoy aqui?
¿Qué es esto? Mas ahora bien;
no ha de ir con vos, ni con nadie.
Esto en efecto ha de ser;
y mientras, que se averigua
el caso, en mi casa esté
en compañia de Flora.

FLORA.

Esto solo podia ser
el remedio de mi vida.

D. CESAR.

Segura estará; que á fe,
que nunca aprendiera de ella
los lances, en que se vé.
Venid, señora; y por cierto
muy poca razon teneis,
en aventuraros tanto
una principal mujer.

DINERO.

He de reñir cada dia,

hasta que alguno me dé.

FABIO.

Señor Don Cesar, no son
cosas, las que llego, á ver,
tan fáciles de pensar,
que suspensas queden bien.
Esa mujer es mi hermana.
Ya lo dixe, y no me iré,
sin que mi honor y su honor
queden libres.

ARNALDO.

¡Laura es!
Pues ya aquesta obligacion
á mi me toca, porque,
quien le sacó de su casa,
y á quien ella viene, á ver,
soy yo.

D. CESAR.

Esto solo faltaba,
ahora de suceder,
¡A veros, Arnaldo, á vos!
¡Aqui, cómo ó para qué!

DINERO.

¡Ah, qué gusto es tirar una
de tajo, otra de reves!

ARNALDO.

Ya me es forzoso, decirlo;
que, si ha de ser mi mujer,

mejor es, que lo sepais,
que no, que lo sospecheis.
Yo soy, el que vos prendisteis
en su jardin; porque en él
estaba con Laura yo,
digno premio de mi fé,
quando en él entró Don Carlos.
Dile paso, y me quedé
yo empeñado.

D. CESAR.

¡Segun eso,
ella porfiaba bien!
Mas ahora de mi agravio
la duda se queda en pie.
¿Cómo estabais en mi casa
vos?

D. CARLOS.

Esto me has de deber, ap.
Flora; que no he de culparte.
Como á esta casa pasé,
y llegando á aqueste quarto,
como tan solo le hallé,
me pareció, que estaria
mas seguro, quando á él
pasasteis, y como os ví
de mi padre amigo fiel,
fiado en vuestra amistad,
ni me fuí, ni me ausenté.

DINERO.

Pongome de firme á firme,
doy el tajo, y meto pies.

FABIO.

Que seais vos, ó sea Don Carlos,
yo me he de satisfacer.

ARNALDO.

Yo defenderla.

D. CESAR.

Apartad;
que ni uno ni otro ha de ser.
Entrad en ese aposento, *abriendo.*
y averiguemos despues:::
¿Mas quien está aqui?

LAURA *saliendo.*

Yo soy,
que á Flora he venido, á ver;
y escuchando aqui á mi hermano,
vengo, á saber, lo que es.

D. CESAR.

En verdad, señor Don Fabio,
que es muy bueno, lo que veis.
Está estotra con mi hija,
y quereis dar, á entender,
que es, la que tapada está.

FABIO.

A nadie le está mas bien,
que á mi, el haberse engañado.

Confieso, que engaño fue.

ARNALDO.

Pues si aquesta es Laura, cielos,
¿quién esta tapada es?

D. CESAR.

Descubrios ya, señora,
quien quiera, que seais, porque
salgamos de tanto engaño. *descubrela.*
¡Qué es, lo que miro! ¡Ah cruel!

DINERO.

¡Oh que bien hecho está el manto!
No te enojes; que esto es
probarle, que en este punto
le acabé yo de traher.

D. CESAR.

Ahora conozco mi error.
Muerte, ingrata, te daré.

D. CARLOS.

Ved el empeño, en que estoy,
porque la he de defender.

D. CESAR.

Quien no fuere su marido,
¿cómo, dime, ha de poder,
defenderla contra mí?

D. CARLOS.

Siendolo, señor, podré.

D. CESAR.

Si yo casar á Don Carlos

con Flora, siempre pensé,
para poder, perdonarle,
y esto vino, á suceder,
¿de qué me puedo quexar?

FABIO.

Yo deseaba tanto, el ver
empleada en vos mi hermana,
que me ha pesado, de que
ella no fuese.

ARNALDO.

Si yo
llegar puedo á merecer
la mano de Laura hermosa
rendida os pide mi fe
permitais á mi ventura
este favor.

FABIO.

Vuestra es
Laura; pues con tanta dicha
todos quedaremos bien.

LAURA.

Esta es mi mano.

ARNALDO.

Y la mia
con toda el alma os daré.

DINERO.

Y pues tras tantos engaños
el mal se convirtió en bien,

si es bien casarse, las faltas
nos perdonad.

D. CARLOS.

Y diré,
que esta Comedia, que ofrece
el autor á vuestros pies,
hoy está Mejor que Estaba,
si os ha parecido bien.

PRIMERO SOY YO.

COMEDIA

DE D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

3a

Antes soy yo, que yo misma,
pues á mi misma, me vengo. Jorn. III.

ARGUMENTO.

A Don Gutierre Centellas, caballero de Valencia buscan Don Alvaro y Don Vicente Ansa para darle muerte, por la que dió á un hermano suyo.

El mismo Don Gutierre saca de un peligro, en que la puso una desgracia, á Doña Hipólita, hermana de los Ansas, por lo que le queda aficionada.

Laura forzada de su padre Lisardo, se pone á servir á Doña Hipólita, cuyo hermano Don Alvaro amaba á Laura sin ser correspondido, por ser amante de Don Gutierre. Llamada este baxo nombre de Don Iñigo de Doña Hipólita, es hallado escondido por Don Alvaro en su casa; al ruido, Fadrique, que acompañaba á Don Gutierre, sale para asirtirle, y equivocado por la obscuridad, se queda encerrado en la misma casa de Don Alvaro.

Los apretados lances, que ocasionan sin intermision los zelos de Hipólita y Laura por Don Gutierre y los de este y Don Alvaro por Laura; las equivocaciones de nombres, enemistad de los Ansas con Don

Gutierre, el hallarse oculto en casa de aquellos, encontrar en su lugar á Fadrique se reducen por medio de disculpas naturales y ovias explicaciones, á que todos se convengan, casando Don Gutierre con Laura, quien injustamente es culpada por Doña Hipólita en los varios acaecimientos, que se suponen en esta accion.

PERSONAS.

DON GUTIERRE.

DON ALVARO.

DON VICENTE.

FADRIQUE, *Bandolero.*

LAURA.

DOÑA HIPOLITA.

LISARDO, *Barba.*

GONZALO, *Gracioso.*

JUANA, *Criada.*

INES, *Criada.*

BANDOLEROS.

PRIMERO SOY YO.

JORNADA PRIMERA.

Salen por una puerta Don Gutierre, Fadrique y Bandoleros, y por otra Ganzalo.

D. GUTIERRE.

¿Quedan ya en la quinta?

GONZALO.

Ahun no;
y ya en vano los aguardas.

D. GUTIERRE.

¿Pues quién era, quien venía
en la carroza?

GONZALO.

Su hermana.

D. GUTIERRE.

¿Luego ya su hermana está
con ellos?

GONZALO.

Una criada,
con quien, antes de servirte,
tube no sé que barajas,
de paso me dixo ahora,
llegandome á una ventana,
á mirar, quien habia entrado,
que Doña Hipolita á causa
de una grave enfermedad
dexó el convento, en que estaba
seglar desde niña, y vino,
á convalecer á casa
de sus hermanos; y como
es preciso, á fuer de dama,
ser su mal melancolia,
solicitando aliviarla,
salió esta tarde á la quinta.

D. GUTIERRE.

¿Segun eso mi esperanza
hasta otra ocasion, es fuerza,

suspenderla y dilatarla.

GONZALO.

Antes pienso, que á las manos
se ha venido.

GUTIERRE.

¿Cómo?

GONZALO.

Aguarda.
¿Pues dí, qué venganza puedes
tomar, de los que te agravian,
mayor, que en su honor? Y puesto,
que aquí estás con gente y armas,
y que tienes á la quinta,
por donde sabes, entrada,
á tiempo, que tienen ellos,
donde no saben, á Laura;
¿que esperas? Su hermana está
sola en ella, y :::

D. GUTIERRE.

Calla, calla,
villano; que, vive el cielo,
que te mate, si me hablas
en tan infame accion, como
fuera atreverme á las aras
del honor de mi enemigo;
porque, si bien se repara,
tener mi enemigo honor,
es tener honor mi fama;

y asi, Fadrique, podrás
con tu gente á la campaña
volverte; que yo en habiendo
otra ocasion mas hidalga,
te avisaré.

FADRIQUE.

Ahunque yo siempre
deudor de aquella pasada
ocasion, en que me diste
vida y honor, quando Italia
nos vió, en mas nobles empresas
manejar mas nobles armas,
vengo á tu orden, cumpliendo
con la puntosa ignorancia,
con la necia ley del duelo,
que dice, que al que se valga
de mí, nada le pregunte;
con todo eso, dispensada
su severidad, pues quien
la alega, no la quebranta,
te he de pedir, que me dés
licencia, para que salga
de una duda.

D. GUTIERRE.

Si doy.

FADRIQUE.

Pues,
ahunque no ignoro, que andas

desterrado de Valencia,
por reconocer ventajas,
al bando de tus contrarios,
siendo una desierta casa
de monte, sagrado tuyo;
ignoro, qué es, lo que trazas,
llamandome á aqueste bosque
con todos mis camaradas;
y asi te pido, me digas,
porque entendida la causa,
mejor acuda á su efecto,
á qué vengo.

D. GUTIERRE.

Si me hallas
á la vista de esta quinta,
bien como serpiente cauta;
si ves, qué envió, á saber,
á quien la carroza trayga;
y que, no siendo ellos, digo,
que te vuelvas, ¡cómo extrañas,
que si fueran ellos, fuera
su venida, á que acabára
de una vez con todos, puesto
que, siendo su plaza de armas
esa casa de placer,
donde, para que no hagan
escandalo en la ciudad
sus juntas, por partes varias

deudos y amigos concurren,
mil tardes, y donde tratan
de solo acabar conmigo:
qué duda hay, de que te trayga,
á acabar con ellos yo!
Y, para que no te haga
dificultad la osadia,
de envestir dentro en su casa
á tantos, tan prevenidos,
como se sabe, que andan,
sabrás::: Pero para esto,
retirar tu gente, manda.

FADRIQUE.

Idos todos, y esperad
de aquese monte en la falda, *Vase.*

D. GUTIERRE.

Sabrás, que esa quinta tuvo
para conductos del agua
una mina, que ya ciega,
el tiempo en sus ruinas guarda.
Esta pues reconocida
de mí, haciendo confianza
de un ingeniero, dispuse,
que de noche trabajára,
en aclararla, siguiendo
las veredas de la zanja,
siempre cubierta la tez
del légamo y de la lama.

Hizólo así, y vino á dar
la luz de un resquicio clara
vista á la deshecha obra
de una fuente, que, tapada
de verdes hiedras, desmiente
la sospecha, de que haya
quiebra en ella; de manera,
que, teniendo yo hecha entrada,
por donde, sobre seguro,
los asalte, cosa es clara,
guardandome tu las puertas,
que nadie con vida salga.
Sola una dificultad
resta ahora, y es, que hagas
concepto, viendome hacer
diligencias tan extrañas,
de que es la nueva ocasion,
que á tanto empeño me arrastra,
segundo trance de honor;
pues no, Fadrique, te engañas,
si lo piensas. De amor es,
no de honor. ¡Mas qué le falta,
si es de amor, para que sea
de honor? que en duelos del alma,
el que me agravia en el gusto,
casi en el honor me agravia;
mayormente quando son
mis zelos de tan villana

calidad, como pensar,
que me han robado una dama,
sin saber, viva ni muerta,
de ella, desde que una infausta
noche ::! Pero aquesto es ir
tocando noticias varias.
Y pues, perdida la tarde,
unas á otras se enlazan
las memorias, por tu vida,
que dés licencia, que salgan,
á desahogarse, no solo
desde donde tú no alcanzas,
mas ahun desde donde sabes,
porque quieren ver mis ansias,
ya que afligen padecidas,
si referidas descansan.
Bien te acordarás de aquel
suceso, que de mi patria
me desterró en mis primeros
años; que no es menos larga
mi vida, que mi desdicha;
pues desdicha y vida, hermanas
del vientre de mi fortuna
nacieron de un parto entrambas.
Bien te acordarás, que fue
de mi destierro la causa,
seguir mi ofendido honor.
Permiteme, aqui hacer pausa;

que, ahunque, á decirlo voy todo,
para esto el valor me falta,
que no hay valor, que repita,
ahun vengado, una desgracia,
tan casual, como fue
antes de ceñir espada,
tratarme como muchacho,
porque arrojando la pala
en la pelota, no quise
pasar por no sé que falta.
En fin en busca, ay de mí,
de Don Geronimo de Ansa,
primero enemigo mio,
ya lo sabes, pasé á Italia,
donde, en una compañia
siendo los dos camaradas,
me debiste la fineza
que yo olbido, y que tu guardas.
No hallando aqui á mi enemigo,
tras él pasando á Alemania,
llegué al Albis, á ocasion,
que la Majestad Cesarea
de Carlos, de cuyo sol
es primera luz del Alba,
tenia su exercito contra
el de Saxonia en campaña.
En Tercio de Don Fadrique
de Toledo senté plaza,

Tocóme en la marcha un dia
la hilera de la vanguardia,
y haciendo alto á no sé que
rotas fuertes barbacanas
de la artilleria, que iba
en el cuerpo de batalla,
bordoneandome la pica,
á ella me arrimé, con gana
de que me hallase indefenso
alguna de muchas balas,
que ya de las baterias
del enemigo alcanzaban
nuestros esquadrones, quando
siento, que á un costado avanzan
tropas de caballeria,
que iban cubriendo la marcha.
Volvi el rostro, mas al ruido
de las bridas y corazas,
que en desordenado son
unas cruxen, y otras tascan;
que al de la curiosidad
de ver, que escolta nos guarda;
quando veo, que el primero
batallon le gobernaba,
capitan de él, mi enemigo;
y sin reparar en nada
(¿pero quando en viles riesgos,
nobles coleras reparan?)

saliendome de la hilera,
contra él la pica calada,
le dixe, porque llevase
sabido, quien le quitaba
la vida, que este consuelo
ahun no perdoné á mi rabia:
Muere, traydor: él entonces,
batiendo al bridon la hijada,
caló el can á la pistola.
No dió lumbre, al dispararla,
con que de caballo y pica
unidas las dos contrarias
violencias, al primer bote,
falseando el arnés la falda
de la greva entre el arzon
y el borrén, salió á la espalda
sangriento el hierro, cayendo
por encima de las ancas.
Pedazos me hicieran todos,
claro está, si no llegára
en esta ocasion el Duque,
que distribuyendo andaba
las órdenes, para que
el exército esguazára
el Albis; bien que impedian
el esguazo siete barcas,
que al continuado teson
de las repetidas cargas,

eran sobre la corriente
siete volcanes del agua,
que á pesar del nuevo centro
fuego escupen, humo exhalan.
Apenas oyó el suceso,
quando, conclusa la causa,
mandó, que á un arbol me ahorquen;
que no tienen mas demandas
en la provincia de Marte,
los procesos de campaña.
Mas desasido de todos,
pude arrojarme á sus plantas,
no pidiendole la vida,
sino solo, que otorgára,
diciendo, quien era, que
un cuchillo mi garganta
dividiese; porque fuera
infelice circunstancia,
morir, perdiendo la honra,
quien moria, por cobrarla.
Pusole en estimacion
la desesperacion vana,
de morir noble, y queriendo
saber de paso la causa,
se la dixe tan aprisa,
que sin costa de palabras,
la cara le enseñé, solo
descolorida la cara;

como quien dice: ya de ella
el postizo color falta.
Las cejas arqueó, y tomando
por achaque de su clara
piedad, que linage habia
de darme de muerte, manda
á una esquadra, que me vuelva
preso á los cuerpos de guardia.
No sé yo, que orden llevó
secreta; pero la esquadra
sé, que no tubo conmigo
el cuidado, que se encarga
en semejantes prisiones;
pues divertida, con maña
me dió escape, y quando todos
pensaron, que le lográra,
puesto en fuga, volví al frente
de banderas, donde en altas
voces dixe: Ea, Hespañoles,
hoy es dia, que la fama
nos elija por asunto
de la victoria mas alta.
Siete barcas el esguazo
del Albis nos embarazan,
en cuyo pasege estriba,
fixar nuestro gran Monarca
en sus sienes la corona.
¿Pues qué espera, pues qué aguarda

vuestro no imitado heroyco
valor? y echandome al agua,
tras mí otros seis Hespañoles
se acharon con las espadas
en las bocas, y abordando
uno á cada una, tanta
fue la confusion, que puestos
en desorden los que estaban
de guarnicion, presumiendo
(gracias á las siempre vagas
nieblas del Albis) que habia
quien nos guardase la espalda,
unos sobre otros cayeron
al rio. Gloriosa hazaña;
pues las mismas, que antes fueron
contra nosotros murallas,
puentes ya en nuestro favor
facilitaron la entrada
del opuesto margen. Dexo
los trances de la batalla,
pues basta seber, le dió
honra al Cesar y alabanza
la prision del de Saxonia,
y la victoria del de Alba;
que vencidos los rebeldes,
y la ocasion acabada,
dos veces ayroso y noble
pude dar vuelta á mi patria,

En ella pues, Don Vicente,
y Don Alvaro de Ansa,
hermanos del muerto, al verme,
resucitaron la saña,
buscando siempre ocasiones,
en que pudiesen lograrla.
Yo prudentemente atento,
procuré siempre apartarlas,
no concurriendo con ellos
en Calle mayor, ni en Plaza.
En este medio (aqui entra
aquella cita pasada
de amor; que siendo mi vida
novela, ya le hace falta;
que novela sin amor,
es como cuerpo sin alma)
puse los ojos en una,
bien, que pobre, ilustre dama,
tan discreta como hermosa,
pero no como se canta,
puedo proseguir, diciendo,
tan amante, como amada;
pues á mis penas esquiva,
á mis finezas ingrata,
ahun no le permitió al ruego
el ayre de la esperanza.
Pero como la porfia
aceros y piedras gasta,

sin quedar menos divina,
pude verla mas humana,
dandome licencia, que
algunas noches la hablára,
por la nota de la calle,
á una pequeña ventana,
que de su quarto á un jardin
cae desde una pieza baxa.
De estas pues acaso una,
en el festejo empeñada
de unas amigas, me dixo,
que á otro dia le enviara,
el coche; para ir al Grao.
Hizelo asi, y en su playa,
conociendo, que era mio,
al estribo llegó, á hablarla
Don Alvaro, en ocasion,
que yo á lo largo pasaba;
y pareciendome, que era
grande desayre en mi cara,
por el lado del estribo
llegué, diciendole: anda,
cochero. No andes, le dixo
él; pero entre su amenaza,
y mi mandato partió;
con que, quitada la valla,
que hacia el coche, su lugar
ocuparon las espadas.

No á poner paz, como suele,
llegó la gente, que estaba
en el muelle, sino antes,
á encender la lid, á causa,
de que, al vernos, se ponian
de su banda, ú de mi banda.
Tanta fue la confusion,
y la bulla en fin fue tanta,
ya de muertos, ya de heridos,
que obligó, que del Real salga
el Virrey á despartirla;
y ahun pienso, que no bastará,
á no ayudarle la noche,
entre cuyas sombras pardas
yo, acordandome, de que es
en todo trance la dama,
la primera obligacion,
por si acaso la alcanzaba,
siendo conocida, parte
del escándalo, á su casa
fui primero que á la mia.
Apenas pues la criada
la puerta entreabrió á mi seña,
quando yo:::

HIPOLITA *dentro.*

¡El cielo me valga!

JUANA *dentro.*

¡Jesus mil veces!

D. GUTIERRE.

¿Qué estruendo
hurta á mi voz las palabras?

FADRIQUE.

Aquel corredor se viene
todo abaxo con dos damas.

D. GUTIERRE.

¿Quién podrá no socorrerlas,
siendo noble?

GONZALO.

Quien repara,
que pendiente el paredon,
segunda ruina amenaza.

D. GUTIERRE.

Por eso es mas el empeño,
antes que sobre ellas cayga.

FADRIQUE.

Yo te seguiré. *Vanse.*

GONZALO.

Yo no;
que ahunque es mi querida Juana
de dos la una, como apuesta,
es mi ligereza tanta,
que quiero dar á los dos
dos caydas de ventajas,

Sale D. Gutierre con D. Hipólita en brazos, y Fadrique con Juana.

HIPOLITA.

¡Ay de mí infeliz!

D. GUTIERRE.

Señora,
halentad; que ya apartada
del riesgo, podeis segura,
pedir vuestro haliento al aura.

JUANA.

¡Ay de mí tambien!

FADRIQUE.

Tambien
vos podeis cobrar el habla;
que ya en salvo estais.

D. GUTIERRE.

Fadrique,
llega; ayudame, á llevarla
á su coche.

FADRIQUE.

Esperad vos;
que es fuerza, ir, donde me llaman.

JUANA.

Vé aqui, por lo que no puede,
caer una doncella honrada
el dia, que cae su señora.

GONZALO.

Sí puede, mi caida Juana;

que estoy yo aqui.

JUANA.

A muy buen tiempo
despues de ausencia tan larga,
que ahun, á quien sirves, no sé.

GONZALO.

¿Pues qué mejor, si reparas,
en que me debes la vida?

JUANA.

¿Pues eres tú, el que me amparas?

GONZALO.

No; pero soy el criado
del amo del camarada,
que te ha librado.

JUANA.

Gonzalo,
trahe de aquese arroyo agua.

GONZALO.

¿En qué? Si no es, que el sombrero
bucaro de fieltro haga.

JUANA.

Toma aquesa bolsa turca,
Gonzalo, donde la trahigas.

GONZALO.

Familiar, no veas, que dexo
por la Turca la Christiana. *VASE.*

JUANA.

¡Qué con una pierna coxa,

y con una mano manca,
destrozada una cadera,
me dexen todos! Mal haya
yo, si cayere en mi vida
otra vez, que cayga mi ama.

D. HIPOLITA.

¡Jesus mil veces!

D. GUTIERRE.

Albricias;
que ya el haliento restaura.

Sale Gonzalo con el agua.

GONZALO.

Aqui está el agua.

FADRIQUE.

Ya no es,
menester.

GONZALO.

¿Cómo no? Juana
para tí fui yo por ella.
Toma.

JUANA.

Eso darás tú, el agua.

GONZALO.

Es, lo que ha menester mas,
quien por estar asomada,
dió tan gran traspie.

D. HIPOLITA.

Si dexa

el susto algun uso al alma,
aprovecharle, será
razon, puesta á vuestras plantas.

D. GUTIERRE.

¿Qué haceis, señora? Mirad,
que es, daros por no obligada,
querer, que os vuelva á la tierra,
quien de la tierra os levanta.

D. HIPOLITA.

Ninguna demostracion,
por mas extremos que haga,
sobra á mi agradecimiento.

D. GUTIERRE.

¿Cómo os sentis?

D. HIPOLITA.

Aliviada
del susto, no del dolor;
mas siempre muy obligada.
Y, porque empiece, á mostrarlo,
Doña Hipólita de Ansa
soy. Ved ahora, si puedo,
siendo noble, ser ingrata
á la deuda de mi vida.

D. GUTIERRE.

Mucho agradezco, que haya
sido tanta mi fortuna,
que en tan gran sujeto caygа.

D. HIPOLITA.

Decid vos, ¿quién sois, y en qué
puedo libraros la paga
de aqueste agradecimiento?

D. GUTIERRE.

Dos cosas vuestra voz manda;
que diga, quien soy, y pida.
Una, que obedezca, basta.

D. HIPOLITA.

Será, decirme, quien sois,
y no pedir.

D. GUTIERRE.

Os engaña,
el ir hácia lo mejor;
porque la suerte trocada,
sin decir, quien soy, os pido,
que la carroza cobrada,
lo mas presto, que podais,
deis la vuelta á vuestra casa.
Tomad el coche, y á Dios.
Ve tú por él.

D. ALVARO *dentro.*

Para.

D. VICENTE *dentro.*

Para.

D. HIPOLITA.

Estos mis hermanos son,
que yo esta tarde esperaba.

D. GUTIERRE.

Pues á Dios.

D. HIPOLITA.

Ya que de mí
no quereis, llevar las gracias,
esperad las llevareis
de ellos.

D. GUTIERRE.

Fuera accion muy baxa,
querer agradecimiento
de nadie; que dicha tanta,
como serviros, yo á mí,
que me la agradezca, basta,
Vamos, Fadrique; que ahunque
no era la ocasion muy mala
los dos á los dos, no quiero,
dando otro susto á esta dama,
desquitarme tan aprisa.

FADRIQUE.

Digno sagrado los valga. *vanse.*

Salen Don Alvaro y Don Vicente.

D. HIPOLITA.

¿Qué hombre, cielos, tan atento
es, el que :::

D. ALVARO.

¿Hipólita?

D. VICENTE.

¿Hermana?

D. ALVARO.

¿Qué fue esto?

D. VICENTE.

¿Qué ha habido?

D. HIPOLITA.

Una
bien venturosa desgracia.
Saliendo á ese mirador,
á fin de esparcir mis ansias,
conmigo cayó.

JUANA.

¿Y conmigo
no?

D. HIPOLITA.

De suerte, que llevada
del golpe, fue menor; pero,
á no haber, quien me sacára,
lo pendiente de la ruina,
que tras sí el balcon arranca,
me hubiera muerto.

D. VICENTE.

¿Quién fué,
para agradecerle tanta
fineza?

D. HIPOLITA.

Un hombre, que apenas
me libró, quando la espalda
volvió.

D. ALVARO.

Presto; que el seguirle,
no es ahora de importancia,
por hacer las prevenciones
á tu salud necesarias.
Ola, llega esa carroza.
Ponte en ella, y vete á casa;
que tras tí vamos los dos.

JUANA.

¿No hay, quien dé una mano á Juana?

D. HIPOLITA.

Ven, Juana.

JUANA.

¿Qué es esto?

D. HIPOLITA.

No
sé; pero pienso que:::

JUANA.

Habla.

D. HIPOLITA.

que sé, á quien debo la vida,
y que no sé, á quien pagarla. *vanse.*

D. ALVARO.

Solo esta desdicha, cielos,
al número le faltaba,
de tantas, como mi vida
á un tiempo padeçe, para
acabar con mi paciencia.

D. VICENTE.

Ahunque confieso, que hay hartas,
la principal, por lo menos,
treguas da al dolor.

D. ALVARO.

¿Quál llamas
la principal?

D. VICENTE.

No acabar
con Don Gutierre, en venganza
de nuestro difunto hermano;
pues tenerle ausente, basta,
para entretener siquiera
nuestro rencor.

D. ALVARO.

Calla: calla;
y puesto, que hay otra, que
si no la excede, la iguala,
no seas tú, el que me consueles,
pues eres tú, el que me matas.

D. VICENTE.

¿Yo?

D. ALVARO.

Sí.

D. VICENTE.

¿Cómo?

D. ALVARO.

Si sabias,

que en la Seo ví una dama
tan hermosa, que no fue
primero verla, que amarla;
si sabias, que siguiendo
su hermosura soberana,
supe, quien era, y que era
en nombre y victoria Laura;
y si sabes, que la hallé
tan dulcemente tyrana,
que ahun no la debí, mirarme,
tanto, que si la apuráran,
pienso, que mi nombre ignora:
si siendo en fin, la que estaba
aquella tarde en el Grao,
y la que llegando, á hablarla,
sin reparar, cuyo fuese
el coche, ni el que pasaba,
dió ocasion, á que saliera
á luz la no tibia llama
de nuestras vivas cenizas:
y tú buscando en su casa
á Don Gutierre esa noche,
los dos escándalos causas
de su fuga y de mis zelos;
pues, pretendiendo librarla
del padre, carga con ella,
para que de ella no haya
sabido muerta, ni viva;

¿qué te admira, qué te espanta,
que de tí me quexe; pues
importa poco, que salga
desterrado de Valencia
por temor de nuestras armas,
si donde quiera, que está,
está con tan gran ventaja,
que me tiene en su destierro
presa la mitad del alma!

D. VICENTE.

Oye; espera.

D. ALVARO.

¿Para qué?

D. VICENTE.

Para que te satisfaga.
En una conversacion
al anochecer estaba
el dia, que á tí en el Grao
te sucedió la travada
lid, que ya sabida, fuera
impertinencia, el contarla.
En busca de Don Gutierre
salí, y viendome con gana,
de encontarle alguno de ellos
me dixo: yo sé, donde ama,
y acude todas las noches.
Yo viendo, que, á asegurarla,
iria aquella mas, que otras

con su noticia y mi rabia,
fui á la calle, donde apenas
me asomé, quando á la escasa
luz de la luna le ví,
á tiempo, que una criada
la puerta abria á su seña.
¿Qué te admira? ¿Qué te espanta,
que por tí ó por mí cerrase
con él, y que::: ? *disparan dentro.*

Dentro voces.

Ataja; ataja.

D. ALVARO.

¿Qué es aquello?

D. VICENTE.

A lo que veo,
toda la Justicia anda
corriendo unos bandoleros,
que de ese monte á la falda
estaban.

D. ALVARO.

Vamos de aquí;
que ahunque tenga tolerancia
la Justicia con nosotros,
desde que sabe, que falta
Don Gutierre de Valencia,
con todo eso, es bien, la cara
guardarla; porque no es noble,
ni digno de honor y fama,

quien salvo no la venerá,
y delinqüente la aguarda.

D. VICENTE.

Vamos, que por el camino
proseguiré, lo que falta.

Dentro voces.

Al monte; al valle; á la selva.

FADRIQUE *dentro.*

Fadrines á la montaña.

Vanse y salen Doña Hipolita y Inés.

INES.

¿Qué no quieres descansar
un punto?

D. HIPOLITA.

Yo bien quisiera,
ay infeliz, si pudiera;
pero es tan grande el pesar,
que apoderádo del pecho,
se alimenta de la vida,
que mal hallada vestida,
y mal hallada en el lecho,
en ninguna parte estoy
mejor ni peor; ni sé,
donde mi descanso esté;
pues donde quiera que voy,
va conmigo mi tormento.

INES.

Mejor Juana lo trazó.

D. HIPOLITA.

¿Cómo?

INES.

Como ahun no llegó,
quando se acostó al momento.
Pero una dama, señora,
de un anciano acompañada,
en esa quadra, tapada,
ha que espera mas de una hora,
por si puede hablarte.

D. HIPOLITA.

Llegue.

Salen Lisardo y Laura pobremente vestida.

LISARDO.

Dadme, señora, á besar
vuestra mano.

LAURA.

¡Qué pesar!

D. HIPOLITA.

Levantad.

LISARDO.

Ahunque no niegue,
que mi pretension ahora
no llega á buena ocasion,
temo, que la dilacion
la estorbe; y asi, señora,
perdonad:::

LAURA.

¡Pena cruel!

LISARDO.

si ya el tiempo no esperó.

D. HIPOLITA.

¿Qué quereis?

LISARDO.

Mejor que yo,
os lo dirá este papel.

D. HIPOLITA *leyendo.*

Prima y señora mia, habiendo de vivir en tu casa, donde es preciso aumentar la familia, que no habias menester en este Convento, á nadie podrás recibir con mas satisfaccion en tu servicio que á Laura, hija de Lisardo, á quien la fortuna ha puesto en obligacion de servir; y porque sé, que mi ruego es la mejor autoridad para su conveniencia, te lo suplico, fiada, en que siendo él el pretendiente, has de ser tú la agradecida. Dios te guarde.

Por cierto, quado no fuera
mi prima, quien lo mandára,
por vuestras canas deseára,
que la pretension tubiera
alguna dificultad,

porque hubiera, que vencer;
mas con todo, es menester,
dandoos yo mi voluntad,
que Don Alvaro mi hermano
dé su licencia, y asi
podeis, esperarle ahi.

LISARDO.

Llega, á besarla la mano,
Laura.

LAURA.

Dame, (¡qué rigor!)
la mano, á besar. ¡Qué pena!

D. HIPOLITA.

Levante, amiga. ¡Qué buena
cara!

INES.

Asi, asi.

D. HIPOLITA.

Mal mi amor
duda, que todos tendrán
á bien, que en casa se quede;
y asi, desde luego puede.
Vos esperad, mientras van
mis justas obligaciones,
á responder á mi prima,
quanto este cudado estima. *Vase.*

LAURA.

¡Ay fortuna, en que me pones!

LISARDO.

No llores; que esto ha de ser.

LAURA.

No lloro, ni fuera justo,
porque me oponga á tu gusto,
sino solo por temer,
que tan grande novedad
como intentas, contra mí
resulta. ¿Quién quieres, dí,
que haya en toda la ciudad,
que oyendo, que de tu casa
me arrojas, y que á la ajena
me trahes, dude, que tu pena
bastarda, hecha de mi escasa
fortuna, no sea nacida
de mi culpa?

LISARDO.

Bien está.

LAURA.

¿Pues, ó la tengo ó no?

LISARDO.

Ya
basta, Laura:::

LAURA.

¡Ay de mi vida!

LISARDO.

que yo ni dudo, ni creo;
mas creo y dudo, que disculpa

tu inocencia, ni tu culpa
mi desdicha y mi deseo.
Yo no puedo, resistir
con fuerza, orgullo ó valor
la osadia y el furor
de alguien, que he visto asistir
á mis puertas noche y dia,
siempre viva estatua de ellas.

LAURA.

¿Quién?

LISARDO.

Don Gutierre Centellas;
y ahunque, creo, su porfia
contigo, no habrá tenido
(claro está) ningun lugar,
¿cómo es posible dudar,
que alli le busque ofendido
de los Ansas el valor,
y que resulte en mi casa,
de lo que allá á ellos les pasa,
la nota y el deshonor?

Sale Inés con un papel.

INES.

Llevad vos esta respuesta. *dasele.*

LISARDO.

No llores mas, por mi vida. *vase.*

INES.

Y vos seais bien venida,

hermosa beldad, á esta
casa, donde hemos las dos
de ser amigas.

LAURA.

En mí:::

D. HIPOLITA *dentro.*

¿Inés?

INES.

Mi ama llama; aquí
estad. A Dios.

LAURA.

A Dios.
¡Quién creerá (hable yo conmigo,
pues que no tengo, con quien)
ay Gutierre, que me den
la casa de tu enemigo,
que me defienda de tí!
¡Que poco de tí importó,
que me defiendan, si no
me defiendo á mí de mí!

Sale Don Alvaro.

D. ALVARO.

Por presto, que procuré
seguir á Hipólita, hubo
ocasion, que me detubo,
en que á mi hermano dexé,
por adelantarme yo,
que como al alma la quiero;

y, ya por saber, me muero,
si ha convalecido, ó no,
con los remedios.

LAURA.

Repara en Don Alvaro.

¿Qué ví?
Sin duda me ha conocido
por mi padre, y me ha seguido
este hombre.

D. ALVARO.

¡Tapada aqui,
señora!

LAURA.

¡Cielos, qué haré!

D. ALVARO.

Decidme, lo que mandais,
y ved, que en vano os tapais
aqui de mí.

LAURA.

Cierto fué,
que me conoció.

D. ALVARO.

Y pues vengo
á esta ocasion:::

LAURA.

¡Ay de mí!

D. ALVARO.

hablad. ¿Qué quereis?

LAURA.

Yo aquí
otro remedio no tengo.
Hablarle claro deseo,
antes que vean, (muerta estoy,)
que viene tras mí. Yo soy,
pues ya lo sabeis.

D. ALVARO.

¡Qué veo!
Perdido y hallado dueño,
y hallado antes que perdido,
si, á buscarme, habeis venido,
para que de aquel empeño,
que en el Grao ocasion fui,
y en vuestra casa causé,
os asegure, y en fe,
de quien soy, venis de mí
á valeros, bien haceis;
que alma, vida, hacienda, honor,
todo es muy poco en favor
vuestro; y asi bien podeis,
decirme, qué me mandais;
que en albricias, de que no
Don Gutierre os tenga, yo
haré, quanto me pidais
con tan rendida atencion,
que de costa os tenga, al vella,
decirla; y eso porque ella

no ve á la imaginacion.
Decid pues, ¿qué me quereis?
¿Qué mandais? Hablad: pedid.

LAURA.

Sola una cosa.

D. ALVARO.

Decid.

LAURA.

Que os vais, y que me dexeis;
pues que mi fortuna escasa
asi me tiene. Idos pues,
antes que os vean.

D. ALVARO.

¡Bueno es,
despedirme de mi casa!
Si os habeis arrepentido,
de haber venido, á buscarme,
ó es solo, á desengañarme,
rencoroso vuestro olbido,
escusada diligencia
ha sido.

LAURA.

¡A buscaros yo!

D. ALVARO.

¿A esta casa, por qué no
lo he de pensar?

LAURA.

La licencia,

que, en seguirme, habeis tomado,
¿quereis asi disculpar?

D. ALVARO.

Como vos la de pensar,
que aqui no me habeis buscado.

LAURA.

Mucho he estrañado, el oiros:::

D. ALVARO.

Bien como yo, el escucharos,

LAURA.

que yo no vengo, á buscaros.

D. ALVARO.

Ni yo tampoco, á seguiros,

LAURA.

Pues, si eso á los dos nos pasa,
idos, ahunque á otra busqueis,
ó yo me iré,

D. ALVARO.

¿Adónde habeis
vos de iros?

LAURA.

¡En mi casa
á donde voy, preguntais!

D. ALVARO.

¡Vuestra casa!

LAURA.

Esta lo es.

D. ALVARO.

Huelgome, saberlo.

LAURA.

Pues
sabedlo, y no lo sepais,
para volver. Idos presto.

D. ALVARO.

No solo no me he de ir,
pero ni vos, sin decir:::

LAURA.

Soltad.

D. ALVARO.

cómo:::

LAURA.

Ved:::

Sale Doña Hipolita.

D. HIPOLITA.

¿Qué es esto?

LAURA.

Yo, quando::: ¡Qué he de decir, *ap.*
viendo, que al primer instante
tras mí se viene un amante!

D. ALVARO.

Algo me importa fingir. *ap.*
¿Cómo no estás recojida?

D. HIPOLITA.

Por no melancolizarme
mas, no he querido, acostarme;

que importa poco mi vida.
¡Pero á los dos, qué ha obligado
tan presto á alguna querella!

D. ALVARO.

¡Cómo no ha estrañado, el vella! ap.

LAURA.

¡Cómo el verle no ha estrañado!

D. HIPOLITA.

¿Qué ha sido esto?

D. ALVARO.

Que tapada
aqui esta dama encontré;
que mandaba, pregunté,
y viendola recatada,
porque eché al manto la mano,
se enojó.

D. HIPOLITA.

No hiciste bien,
en guardarte de él.

LAURA.

¿Pues quien
es?

D. HIPOLTA.

Don Alvaro mi hermano.

LAURA.

¡Esto mas, hado cruel! ap.
El no haberle conocido,
bastante disculpa ha sido,

para procurar huir de él,
queriendome descubrir;
pero ya que sé, quien es,
habré de echarme á sus pies. *arrodillase.*

D. ALVARO.

Levantad. ¿Qué llego á oir?
Qué es esto, hermana?

D. HIPOLITA.

El cuidado
de mi prima hizo, que escriba,
que esta doncella reciba,
de que ya á su padre he dado
respuesta, en fe, que tendré
tu licencia.

D. ALVARO.

Bien has hecho;
que aquestas cosas sospecho,
que á tí te tocan, porque
tú eres, la que has de vivir
con tus criadas; que no
tengo de mandarlas yo;
y ahunque vengais, á servir
á mi hermana, creed, señora,
que en la estimacion debida
servireis, siendo servida.

LAURA.

¿Quien de igual valor lo ignora?

Sale Inés.

INES.

Señor, el Virrey te envia,
á llamar con un Soldado.

D. ALVARO.

¡A mí! ¿Pero qué cuidado
hoy turbará mi alegria? *vase.*

D. HIPOLITA.

Ya con gusto de mi hermano,
para que en casa te quedes,
bien quitarte el manto puedes.

LAURA.

Antes presumo, que en vano
será, el quitarle.

D. HIPOLITA.

¿Por qué?

LAURA.

Porque con mi padre he de ir,
quando venga, á despedir
otra casa, que dexé
en habla, por si cruel
la poca fortuna mia
la dicha no conseguia,
de servirte á tí.

D. HIPOLITA.

¿Pues él,
que vaya, no bastara?

LAURA.

No, señora; y ahun, pues tarda,
sin él iré.

D. HIPOLITA.

Aguarda: aguarda;
que, siendo tan tarde ya,
de mi casa, y sola, no
es justo, salir.

LAURA.

Sí es;
que yo volveré despues.

D. HIPOLITA.

Mientras él no venga, yo
sola no he de dexarte, ir.

LAURA.

Pues con manto esperaré.

D. HIPOLITA.

¿Cubreste, á llorar?

LAURA.

No sé.

D. HIPOLITA.

¿Tanto sientes, el servir?

LAURA.

Pluguiera al cielo, señora,
que de esclava te sirviera
toda mi vida, y no fuera
un solo instante, el que ahora
impide, que ahun de criada

te sirva.

D. HIPOLITA.

¿Por qué?

LAURA.

El porque ignoro.

D. HIPOLITA.

¿Que ves:::

LAURA.

No se.

D. HIPOLITA. ::: en mi casa?

LAURA.

No veo nada.

D. HIPOLITA. ¿Pues que causa:::

LAURA.

¡Loco extremo!

D. HIPOLITA. para irte, hay?

LAURA.

La reprimo.

D. HIPOLITA. Declarala.

LAURA.

No me anímo.

D. HIPOLITA. ¿Pues dí, por qué?

LAURA.

Porque temo.

D. HIPOLITA.

Mucho me das, que pensar.

LAURA.

Y ahun tengo mas, que sentir.

D. HIPOLITA.

Acabalo de decir.

LAURA.

Pues empiezalo, á escuchar.
Hija nací:::

D. HIPOLITA.

Ya lo sé.

LAURA.

de ese anciano:::

D. HIPOLITA.

Ya lo veo.

LAURA.

noble en sangre:::

D. HIPOLITA.

No lo dudo:::

LAURA.

pobre en dicha:::

D. HIPOLITA.

Harto lo siento.

LAURA.

No faltó, quien me mirase:::
Advierte, que aprisa empiezo,

á darte pesar.

D. HIPOLITA.

¡A mí pesar! ¿Cómo, ó quando? ¿Tengo yo, quien querido me dé contigo pesar?

LAURA.

No es eso; sino antes aborrecido de tí, es fuerza, que con ceño mires mi amor.

D. HIPOLITA.

Ahun no sé tampoco, á quien aborrezco.

LAURA.

¿De Don Gutierre Centellas no sabes?

D. HIPOLITA.

Ah, sí. Esos duelos allá para mis hermanos. Al caso.

LAURA.

¡Quánto me huelgo, verte desapasionada!

D. HIPOLITA.

Yo tambien me holgára, el verlo.

LAURA.

Este pues, habiendo en mí

puesto los ojos::: No quiero,
con los lugares comunes
de amor malograr el tiempo,
pues papel, noche y ventana
son personages primeros
de qualquier farsa de amor.
Vivia, al parecer contento,
al paso, que yo vivia
triste, porque con afectos
contrarios, nuestras pasiones
con el trato iban creciendo.
No, porque yo mal hallada
estubiese en el empleo,
sino porque mis caudales
atrasaban mis deseos.
En este estado tu hermano
Don Alvaro::: Aqui recelo,
que te ofendas con mas causa,
que antes.

D. HIPOLITA.

¿Por qué?

LAURA.

Porque pienso,
que suele tener mas fuerza
á contrario el argumento.

D. HIPOLITA.

¿Cómo?

LAURA.

Como si temí
antes, ofender tu pecho,
queriendo al que aborrecias,
ahora al contrario temo,
que te ofendas, de saber,
que, al que quieres, aborrezco.

D. HIPOLITA.

Poco, ó nada se me dió
de esotro; mas de esto menos;
que aborrecidos ó amados
los hermanos, ¿qué tenemos?
Ni eso te embaraze. Al caso.

LAURA.

Salí una tarde al paseo;
llegó Don Alvaro, á hablarme,
y Don Gutierre á este tiempo,
sobre anda, cochero, ó no andes,
(mira, que breve lo cuento)
llegaron á las espadas;
con que la gente, acudiendo
á lo principal, el coche
pudo ir á casa corriendo,
sin que me siguiese á mí
mas, que el ruido del empeño.
Estando pues, claro está,
pendiente de aquel suceso,
colgada el alma de un hilo,

esperando por momentos,
si hacia la seña en la calle:
¿quién, ay de mí, creerá, cielos,
que el hacerla y el rozarse
el pesar con el contento,
todo fue uno? Pues apenas
la criada acudió luego
á la seña, quando en vez
de que entrase, el que yo espero,
á acabar mi sobresalto,
entro á proseguir su riesgo.
Cinco ó seis hombres, desnudas
las espadas, contra él veo,
y él defendido de todos.
Tomar la puerta resuelvo
de una quadra, en que yo estaba,
y arrojandome entre ellos,
dexandole á mis espaldas,
me adelanté, á detenerlos.
Mató la luz la criada;
crece á obscuras el incendio;
mi padre da voces; baxa
la poca gente, que tengo;
en cuyo intermedio yo
á Gutierre á buscar vuelvo.
¿Eres tu, señor? le digo,
si, me responde muy quedo:
pues sigueme, prosegui;

y él dixo en el tono mesmo:
Si haré; que yendo conmigo
tú, no es nada, lo que temo;
con que en fin como ladrona
de casa, á la puerta llego
de la otra parte; abro y salgo,
y en casa de un hombre me entro,
que ya con luces, al ruido
habia su puerta abierto.
No digais, que estoy aqui,
dixe; y quando hallarme pienso
con mi amante, veo á mi padre;
que, al baxar del aposento,
con él me equivoqué, al ver,
que á las espaldas le tengo,
con que me fue fuerza, hacer
ya del ladron fiel, diciendo,
que, para desengañarle
de la culpa, que no tengo,
á el fue, al que busqué, y á él
al que quise seguir; pero
si lo creyó ó no, dirá
de aquesta causa el efecto.
Pues como mi padre ya
tenia de él algun rezelo,
no queriendo, que volviese
mas á casa, á la de un deudo
me llevó, donde encerrada

me ha tenido, hasta que: Pero
al referir, ay de mí,
tantos, tan varios sucesos,
al golpe de sus desdichas,
al tropél de sus tormentos,
parece, que el corazon
se me ha estrechado en el pecho.
¡Jesus mil veces!

D. HIPOLITA.

Trahed luces,
Juana, Inés.

Cae desmayada, y salen Don Vicente, Juana y Ines con luces.

D. VICENTE.

¿Qué ha sido esto?

D. HIPOLITA.

Que estando hablándo conmigo,
rendida ha dado en el suelo
esta mujer desmayada.

JUANA.

¿Acá se viene con eso?
¿Pues no sabemos acá,
desmayarnos, si queremos?

Sale Don Alvaro.

D. ALVARO.

¿Hipolita, que dás voces?
Mas, ay infeliz, qué veo!

D. VICENTE.

Una desdicha.

D. HIPOLITA.

Inés, Juana,
llevadla las dos adentro.

Llevanla entre las dos.

D. VICENTE.

Ve tu, hermana; y por tu vida,
que acudas á su remedio.

D. ALVARO.

Ve, hermana; que importa mas,
que piensas.

D. HIPOLITA.

Facil, sospecho,
que fuera, servir dos amos,
mandando los dos lo mesmo. *vase.*

D. VICENTE.

En mi vida, Alvaro, yí
mas soberano sujeto,
que el de esta mujer.

D. ALVARO.

Fortuna, *ap.*
solo me faltaba esto,
tras lo que el Virrey queria.
¿Eslo mucho?

D. VICENTE.

Un mismo cielo.

D. ALVARO.

Pues bien presto te lo digo;
esta es Laura. A Dios. *vase.*

D. VICENTE.

A tiempo
ha llegado el desengaño.
Llevó mi esperanza el viento.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Laura y Doña Hipolita.

D. HIPOLITA.

Laura, otra vez y otras mil
vuelvo á decirte, que creas,
que tus bien sentidas ansias,
tus mal merecidas penas
de suerte han enternecido
mi pecho, que por mí mesma
me hallo obligada á ampararte,
porque, de quien soy, es deuda.
Para no quedar conmigo,
mil cosas me representas.
Mas de todas una sola
es, la que á mí me hace fuerza,
porque aquello, de que ames,
á quien yo, Laura, aborrezca,
¿para qué lo has de sentir
tu, como yo no lo sienta?
Las instancias de mi hermano,

ahunque hablen desde mas cerca,
mas respeto han de tenerte
á mi lado, que en mi ausencia.
Que te halle en la casa suya
tu amante, quando parezca,
bastante disculpa es
de tu padre la obediencia.
Solo digo, que de suerte,
al hechizo de la quexa
me ha enamorado tu ingenio,
me ha movido tu belleza,
que has de tener en mí, quien
de mi hermano te defienda,
de tu padre te asegure,
y con tu amante te vuelva.

LAURA.

Dicen, señora, que hay
delitos tales, que atentas
las leyes se los dexaron,
sin pronunciarles sentencia,
por no prevenir, que habria,
quien los cometiese. Esta
razon, desde los delitos
á las piedades opuesta,
parece, que en tí la hay,
y tal, que muda la lengua,
no hallando ley, al pensarla,
no estudió, el agradecerla;

Conque ya se pierda todo,
como solo no se pierda
la dicha, de que me halle
qualquier trance á tus pies puesta.

D. HIPOLITA.

Si supieras, quanto gusto
me haces.

LAURA.

¿Pues hay en que pueda
servirte?

D. HIPOLITA.

No se, ay de mí;
pero, lo que la experiencia
muchas veces dixo, ¡quanto
el exemplar escarmienta!
Tenerte á mis ojos, Laura,
me importa, para que tenga
un acuerdo en tu hermosura,
y un aviso en tu tristeza,
de quanto un afecto arrastra,
quanto una pasion arriesga.

LAURA.

Ay, señora; no la hayas
que una vez llegando á haberla,
no hay aviso, que no calle,
ni acuerdo, que no enmudezca.
Nadie hasta hoy por exemplares
amó ni olbidó.

D. HIPOLITA.

Pués sea,
si no vale esta razon,
otra, la que favorezca
el gusto, de que conmigo
te quedes.

LAURA.

¿Y es?

D. HIPOLITA.

Que el que enferma
de un dolor, se alivia, hablando
con quien el dolor padezca.

LAURA.

Tan al principio te hallas,
que á dos luces te cautelas,
para que no venga, una,
y otra, para quando venga.

D. HIPOLITA.

Si no temiera, que á alguien
facilidad le parezca,
descubrirte el primer dia
mi pecho, yo te dixera
una duda, en que me hallo;
mas bien puede salvar esta
objecion, el ser tambien
el primero, que á tenerla
llego; y siendo asi, que son
tu conocimiento y ella

de una edad, pues juntos nacen,
¿qué mucho, que juntos crezcan?
Yo, Laura, debo la vida
á un hombre, que en la deshecha
ruina de un balcon me halló;
cuyas generosas prendas,
sin temer el amenaza,
de lo que pendiente resta,
me sacaron, impidiendo,
que en segundo estrago envuelta
me dexase mi desdicha
sepultada, antes que muerta.
Tan galan conmigo andubo,
que sin decirme, quien era,
porque solo él á sí solo
su misma accion se agradezca,
se ausentó, en volviendo en mí,
dexandóme, como en prendas
de mi obligacion, su brio,
su gala, su gentileza,
tan impreso en la memoria,
que sin apartarse de ella,
á todas horas me asiste,
con una especie tan nueva
de agrado, que no es agrado,
y de pena, que no es pena.
¿Qué afecto será este, Laura,
de agradecida, de atenta,

de inclinada ó de curiosa?

LAURA.

No sé; que amor, como vuela
con alas, no hay en el ayre,
quien le averigüe la senda.
Y en fin, ¿no sabes, quien es?

D. HIPOLITA.

Como desde tan pequeña
con mi prima en un convento
me crié, á nadie en Valencia
conozco, Laura; y en fin,
como yo, quien es, supiera,
y en algo desempeñára
de mi obligacion la deuda,
me parece, que...

Sale Juana.

JUANA.

¿Señora?

D. HIPOLITA.

¿Qué hay, Juana?

LAURA.

Dame licencia,
para irme allá dentro.

D. HIPOLITA.

Bien
digo yo, que eres discreta.
Vete; que, aunque despues haya
de decir, lo que me queda,

no es bien de mi confianza,
tan presto malicia tenga. *vase Laura.*
Si esto esperabas, ya estoy
sola. ¿Qué trahes?

JUANA.

Unas nuevas:
ello bien pueden ser malas,
mas por Dios, que no son buenas.
Ya te dixe antes de ahora,
viendote tal vez suspensa
en la deuda de tu vida,
que en otra casa, antes de esta,
habiamos servido juntos
yo y aquella buena pieza,
que hoy al caballero sirve,
que te libró, y ser pudiera,
que tu por aqui supieses
de él.

D. HIPOLITA.

Curiosidad fue necia.

JUANA.

Pues, estando yo ahora acaso
en esa ventana puesta,
(que de achaques de ventana
pocas mozas escarmientan)
le ví pasar. Destosime:
miró: hícele una seña:
entendióla, ahunque no es mudo,

y queda en fin á la puerta,
Mira, si quieres, que algo
le diga.

D. HIPOLITA.

¿Y eso me cuentas
con misterios? Dí, que suba;
que saber yo, á quien le deba
la vida, ¿para qué es
hacerlo delito?

JUANA *al paño.*

Entra;
que mi señora te llama.

Sale Gonzalo.

GONZALO.

Humilde beso la tierra,
que pisas, si es que la pisas
con alhaja tan pequeña.

D. HIPOLITA.

Estimo, que hayas venido,
á verme.

GONZALO.

Esa diligencia
se debe á mayor cuidado.

D. HIPOLITA.

¿Pues cuya es?

GONZALO.

De quien desea,
saber, si cierta salud,

que halló su Refugio enferma,
dexandola en la Pasion,
pasó á la Convalecencia.

D. HIPOLITA.

Sepa yo, quien es, porque
mida mejor la respuesta
al sujeto.

GONZALO.

Ya una vez
la costa del temor hecha,
por Dios, que ha de salir todo,
ahunque no tengo licencia.
Es Don :::

Sale Don Alvaro.

D. ALVARO.

¿Hipolita?

D. HIPOLITA.

¿Qué
trahes; que algun disgusto muestra
tu semblante?

D. ALVARO.

Ahun es mayor,
que él significa y tú piensas.

GONZALO.

Si me ha conocido, y es *ap.*
conmigo, *requiem aternam.*

D. ALVARO.

Manda, que al punto descuelguen

esta casa, y quanto en ella
hay, se lie, y se componga
de suerte, hermana, que pueda,
llevarse todo á la quinta,
porque aquesta noche mesma,
tengo de dormir allá,
pues no toca en la vivienda
la ruina del mirador.

D. HIPOLITA.

¿Qué causa hay, que á eso te mueva?

D. ALVARO.

Cosas son de Don Gutierre:

CONZALO.

Malo.

D. ALVARO.

las que no me dexan
en mi casa.

GONZALO.

Peor.

D. ALVARO,

Y, antes
que me declare mas, sepa
que busca este hidalgo aqui.

GONZALO.

Peor que peor.

D. HIPOLITA.

De esa reja
le conocí y le llamé,

á mi obligacion atenta,
por criado del que dixe,
que me sacó medio muerta;
y como en él será paga,
lo que en su amo sería ofensa,
para darle esta sortija,
le llamé.

D. ALVARO.

Muy bien la empleas.
Y pues es justo, que todos
reconozcamos la deuda,
¿quién es, hidalgo, vuestro amo?

GONZALO.

El demonio, que dixera
ahora quien es. Señor,
Don Iñigo de Ribera,
caballero castellano,
que allá por ciertas pendencias
de los zelos de una dama
viene, á vivir á Valencia,
desterrado de Castilla.

D. ALVARO.

Yo le buscaré; y que tenga
en mí, direis, quien le sirva,
en quanto aqui se le ofrezca.

GONZALO.

Conocereis al mejor
caballero...

D. ALVARO.

Id norabuena.

GONZALO.

Conocereis::: *Vase.*

D. ALVARO.

Yo iré, á verle.

D. HIPOLITA.

Juana, pregunta allá fuera,
ya que sabemos, quien es,
donde vive.

JUANA.

Voy ligera;
que quizas me dará el premio,
pues la sortija se lleva. *Vase.*

Sale Laura.

LAURA.

Oyendo su voz, no quiero, *ap.*
que á Don Alvaro parezca,
que fue cuidado, el faltar
á su hermana en su presencia.

D. HIPOLITA.

¿No sabré yo, que ocasion
á una novedad te mueva
tan grande?

D. ALVARO.

Llamóme ahier,
hermana, el Virrey, y apenas
me empezó á decir, tenia

apretado orden del Cesar,
para ajustar estos bandos,
ó quitarnos las cabezas,
quando el despacho llegó;
con que dexando suspensa
la platica, mandó, que hoy
con mi hermano á verle vuelva.
Fuimos los dos, y en efecto
á mi pesar, dexo hechas
con Don Gutierre, no sé,
si diga paces ó treguas;
pero sean lo que fueren,
á todos el Virrey fuerza
con homenage, á que cesen
las enemistades nuestras;
y, habiendo de vivir él
desde hoy seguro en Valencia,
no quiero verle, ni ver,
que Laura, de oirlo, se huelga;
y asi de ella ausencia haga,
mientras no hago de él ausencia. *vase.*

D. HIPOLITA.

¿Qué dices, Laura, de quanto
nuestras fortunas se enmiendan?

LAURA.

La mia si, pues ya veo,
que Gutierre á vivir vuelva
quieto á su casa.

D. HIPOLITA.

Y la mia,
pues he sabido, quien sea
el caballero, á quien debo
la vida.

LAURA.

¿De qué manera
lo has sabido?

D. HIPOLITA.

Ese criado
conoció Juana. Esto era,
lo que me queria.

LAURA.

¿Y quién es?

D. HIPOLITA.

Don Iñigo de Ribera,
caballero castellano;
y ahunque no sé, si me pesa,
de que zelos de una dama
de su patria le destierran;
con todo eso le agradezco,
que me le envie á tan buena
ocasion, que de su parte
me dé la vida.

Sale Juana.

JUANA.

En la mesma
calle de la mar, señora:::

D. HIPOLITA.

Prosigue, no te detengas,
ni te recates de Laura.

JUANA.

vive en una casa nueva,
que hace esquina, como vamos,
á salir á la Olivera.

D. HIPOLITA.

Ven conmigo; que has de hacer,
Juana, por mí una fineza.

JUANA.

¿Qué es?

D. HIPOLITA.

Ponte el manto, entre tanto
que yo escribo quatro letras.

JUANA.

Llevarelas en' volandas;
que tambien saber quisiera,
quien fue el socorredor, que
só el corredor me remedia.

LAURA.

¿A eso te resuelves?

D. HIPOLITA.

Laura,
nada tu exemplar me advierta;
que esto nunca ha de ser mas,
que una cortesana seña
de mi reconocimiento.

LAURA.

Plegue al cielo. *Vanse.*

Salen Don Gutierre y Gonzalo.

D. GUTIERRE.

¡Qué me cuentas!

GONZALO.

Lo que me pasó, y por Dios,
que es, señor, como una perla
la Hipólita, y me parece:::

D. GUTIERRE.

No prosigas; cesa, cesa;
que ya sé, Gonzaló, que es
bizarra, entendida y bella,
y que me está agradecida;
¿pero que importa, que sea
bella, entendida y bizarra,
si esta villana potencia
de la memoria, no quiere,
que alivio ninguno tenga?
Pues absoluta, sin que
de mis arbitrios dependa,
lo que ha de acordar, olbida,
lo que ha de olbidar, acuerda.
Mejor es dexarlo todo.
Llama, Gonzalo, á esa puerta;
entremos á descansar,
si es que descansa, el que pena.

GONZALO.

Solo, en que vivías aquí,
dixe verdad en aquella
pasada turbacion.

D. GUTIERRE.

¿Cómo?

GONZALO.

Como salió á la escalera
Juana, á preguntar, á dónde
vivías; y como ella
no importó, que lo supiese,
le di de esta casa señas,
donde veniste, á apearte.

D. GUTIERRE.

Llama pues, necio. ¿Qué esperas?
¿No llamas?

GONZALO.

Ya llamo; y ya
nos han abierto la puerta,
sin ver, quien la abre.

D. GUTIERRE.

¿Quién duda,
que será la criada?

GONZALO.

Espera;
no entres.

D. GUTIERRE.

¿Por qué?

GONZALO.

Porque un hombre
rebozado detrás de ella
está con una pistola
en la mano.

D. GUTIERRE *echando mano.*

Tras mí entra;
que en mi casa he de saber,
quien de esta suerte me espera.

Va á entrar, y sale Fadrique.

FADRIQUE.

Tened, Gutierre, la espada;
que yo soy.

D. GUTIERRE.

¡De esta manera,
Fadrique, en mi casa! ¡Pues
qué accion, qué venida es esta!

FADRIQUE.

Despues que ahier me contasteis
las raras fortunas vuestras;
y que sin efecto hubimos
de dividirnos; apenas
tomasteis vuestro caballo,
y yo, Gutierre, la senda
para el montecillo, donde
mi tropa estaba encubierta,
quando el Justicia, que ya
sitiada tenia la selva,

con armada gente, dió
con nosotros de manera,
que nos fue fuerza, ponernos
en fugitiva defensa.
Fui á vuestra torre, á buscaros;
dixome el casero de ella,
que en esta casa posabais;
y viniendo en busca vuestra,
me conoció la criada:
abrióme, y se salió fuera.

D. GUTIERRE.

Muy bien venido seais;
y ahunque del lance me pesa,
en la parte de serviros,
es justo, que le agradezca.
Mi casa ::: Pero esperad. *Llama.*
¿Quién es quien llama?

GONZALO.

Cubierta
una mujer, hasta aqui
se ha entrado. ¿Qué busca, Reyna?

Sale Juana, y da un papel á D. Gutierre.

JUANA.

Ya yo he visto, lo que busco.
Leed vos, y dadme respuesta;
y vos oid. *á Fadrique.*

GONZALO.

¿Y para mí

no hay algo, que oyga y que vea?

JUANA.

Que vea, que oyga, y que calle.

GONZALO.

¿Qué tramoya será esta?

D. GUTIERRE *leyendo.*

Habiendo librado el galardon de vuestra fineza, en las noticias de mi salud, os hago saber, que estoy buena. Dios os guarde.

Doña Hipolita de Ansa.

Breve y sucinto papel;
y en venir firmado, muestra,
que no trahe mas intencion,
que urbana correspondencia.
Volveré en el mismo estilo
breve y cortes la respuesta.

FADRIQUE.

Si no me decís, quien sois,
hareis, que no os agradezca
tanto favor.

JUANA.

¿Conoceisme? *descubrese.*

FADRIQUE.

Muy bien; que vos sois aquella,
que yo saqué de la ruina.

JUANA.

Y muy servidora vuestra.

D. GUTIERRE.

Gonzalo, dime (porque
firmado mi papel vuelva,
ya que viniendolo el suyo,
groseria no parezca,
hacerme mas misterioso
yo) ¿cómo á Hipolita bella
dixiste, que me llamaba?

GONZALO.

¿Luego es suyo?

D. GUTIERRE.

¿Qué te altera?

GONZALO.

Pensar, si es aquella Juana.

D. GUTIERRE.

Que lo sea ó no lo sea,
¿cómo dixiste, que yo
me llamaba?

GONZALO.

Don :::

D. GUTIERRE.

¿Qué piensas?

GONZALO.

Por Dios, que se me ha olbidado.

D. GUTIERRE.

Pues será una accion muy buena
no firmar ahora, y despues,
si hubiere ocasion de verla,

no saber, como me llamo,
para poder responderla.

GONZALO.

Don:::

D. GUTIERRE.

Acuérdate.

GONZALO.

No puedo;
que esta villana potencia,
lo que ha de acordar, olbida;
lo que ha de olbidar, acuerda.
¿Pero no trahe sobrescrito?

D. GUTIERRE.

Sí, á quien Dios guarde.

GONZALO.

A la vuelta
mira, si hay membrete.

D. GUTIERRE.

No.

GONZALO.

¡Pues esta entendida necia
cómo firma, á quien no pone
sobrescrito en la cubierta,
ni ahun el membrete en la esquina!

D. GUTIERRE.

No me apures la paciencia,
sino dí, cómo me llamo.

GONZALO.

Pon otro nombre qualquiera;
que pues ella no le pone,
quizá se ha olbidado ella,
como yo. Qualquiera basta.

D. GUTIERRE.

Vive Dios, que sino viera:::?
Ahora bien, habré de hacer
misterio, de lo que es fuerza. *vase.*

GONZALO.

Aqui entro yo ahora. ¿Cómo *ap.*
sabré, si es Juanilla aquella?
Asi: Juana, que te matan.

JUANA.

¿Quién á mí:::?

GONZALO.

Cojite, perra.

RADRIGUE.

Estando hablando conmigo,
es muy grande desvergüenza,
asustarla.

GONZALO.

No me asuste
ella á mí en la frase mesma,
de estar con usted hablando.

Sale Don Gutierre.

D. GUTIERRE.

Este lleva á tu ama; y lleva

para tí esta niñeria. *dale un bolsillo.*

JUANA.

Escusada diligencia
conmigo, mas, por no ser
ni descortes ni grosera:::

D. GUTIERRE.

Y añade, á lo que yo escribo
á tu señora, que advierta,
que, si el dar uno una alhaja,
es, privarse de tenerla,
bien, sin ser grosero, puedo
yo, persuadirme, á que sea
verdad, que la dí la vida,
pues que me quedé sin ella.

JUANA.

Lástima es, que ella no oyga,
lo bien que lo representas.

D. GUTIERRE.

Pluguiera al cielo.

JUANA.

Si yo,
á decirte, me atreviera,
que mis amos á la Quinta
se van esta noche mesma,
y que Hipólita mi ama
con las criadas se queda,
yo te lo dixera; pero
no me atrevo.

D. GUTIERRE.

Aguarda ; espera.
¿Por qué se van á la Quinta?

JUANA.

¡Oh bolsillo, lo que aprietas! ap.
Por haber hecho las paces
con Don Gutierre Centellas
el Virrey, un hombre, á quien
aborrecen de manera,
que, por no verle, se van.

D. GUTIERRE.

¿Tu ama tambien?

JUANA.

La primera
fuera ella, que le matára,
donde quiera, que le viera;
y ahun yo segun los pesares,
que este mal hombre nos cuesta.

D. GUTIERRE.

¿Quién creerá, que pueda mas, ap.
el saber, que me aborrezca,
que el presumir, que me estime?
Pero quedese ahora esta
hoja doblada. Tambien
diria yo, si me atreviera,
Juana, que:::

JUANA.

Ahora bien; ve allá,

que podria ser:::

D. GUTIERRE.

¿La seña?

JUANA.

Solo un golpe.

D. GUTIERRE.

A Dios.

GONZALO.

Sepamos
de los bolsillos, que pescan
las Juanas, que hablan, ¿qué parte
de avería se les pega
á los Gonzalos, que callan?

JUANA.

Toda aquella parte entera,
que toca á las Juanas de
las sortijas, que se llevan
los Gonzalos. Tú esta noche
no dexes de ir::: *á Fadrique.*

FADRIQUE.

Norabuena.

JUANA.

Con tu amigo. *vanse.*

D. GUTIERRE.

¿Hiciste, dime,
memoria?

GONZALO.

¡Qué linda flema!

¿Quien no tiene entendimiento,
quieres, que memoria tenga? *vase.*

D. GUTIERRE.

¿Quién he de decir, que soy,
si llego esta noche, á verla?

Sale Fadrique.

FADRIQUE.

Un hombre, si estais en casa,
preguntando ahora queda
á Gonzalo.

D. GUTIERRE.

¿Qué hombre es?

FADRIQUE.

Criado parece en las señas.

D. GUTIERRE.

De algun amigo será.

Sale Gonzalo.

GONZALO.

¡Hemos hecho buena hacienda!

D. GUTIERRE.

¿Qué hay Gonzalo?

GONZALO.

Llegó un hombre,
parado estando á la puerta;
preguntome. ¿Vuestro amo
está en casa? y como era
tan general la pregunta,
general dí la respuesta.

Si, dixe; y el prosiguió:
mi amo viene, á verle: venga,
respondí; y cateme aqui
á Don Alvaro, que llega,
que en fe, de que en casa estás,
y avisado, hasta aqui se entra.

D. GUTIERRE.

Decidle vos, porque no
es justo, que á mi me vea,
que no estoy en casa.

FADRIQUE.

Yo
lo haré.

GONZALO.

Escondete apriesa.

Al esconderse Don Gutierre sale Don Alvaro.

D. ALVARO.

Pasando por esta calle,
y conociendo á la puerta
ese criado, y por él
ser vuestra posada esta,
no quise dexar, de veros,
agradecido á la deuda
de la vida de mi hermana;
y asi entro, á reconocerla.
Don Alvaro de Ansa soy.

FADRIQUE.

Vengais muy en hora buena.

Al paño Don Gutirrre.

D. GUTIERRE.

¡Quién á Fadrique, que lleve
su engaño, decir pudiera!

FADRIQUE.

Mejor es, pues él se engaña, *ap.*
que, ser yo Gutierre, entienda.
Y yo las manos os beso
por la merced, que es mas muestra
de vuestro valor, que no
mérito de una fineza
tan corta.

D. GUTIERRE.

En mi pensamiento
estubo.

FADRIQUE.

Unas silla llega,
Gonzalo.

GONZALO.

¿No fuera bueno, *ap.*
decir, que no quiero?

FADRIQUE.

Ea,
¿que aguardas?

D. ALVARO.

No hay para qué.

Perdonad; que estoy de priesa,
y esta, señor, no es visita,
sino, como dixe, seña
de mi reconocimiento;
y en otra ocasion, que pueda,
yo volveré mas de espacio.
Mas tened sabido en esta,
que sé, que por un disgusto
habeis venido á Valencia
desterrado de Castilla,
y que en quanto se os ofrezca,
teneis, quien os sirva; en mí
con alma, vida y hacienda,
de que os doy mano y palabra.

FADRIQUE.

Siempre yo á las plantas vuestras
estaré, reconocido
de esta honra.

D. ALVARO.

¿Qué haceis?

FADRIQUE.

Licencia
me habeis de dar.

D. ALVARO.

No; no habeis
de pasar de aqui. La priesa
es, con que he hecho esta visita,
por lograr la diligencia,

con que pienso hoy escondido,
(pues sola Hipolita queda
con sus criadas en su casa,)
ver, si hay ocasion en ella,
de poder hablar á Laura,
sin que mi hermana lo entienda;
pues segura ::: Pero esto
dirá el efecto. *vase.*

Sale Don Gutierre.

D. GUTIERRE.

Si fuera
posible, daros el alma
en los brazos, os la diera,
agradecido á lo bien,
que ha andado vuestra advertencia.
Digo, que me adivinasteis
el concepto, que en la idea
estaba haciendo.

GONZALO.

A mí no;
y en otra ocasion como esta,
que haga el papel de mi amo,
buscará, quien le obedezca.

D. GUTIERRE.

Vete de aqui, y vos conmigo
venid, pues que ya la negra
noche baxa.

FADIRQUE.

¿Dónde vamos?

D. GUTIERRE.

A ver á Hipólita bella.
Venid conmigo, Fadrique.

FADRIQUE.

Ya os sigo, y podré con esta
ocasion, hablar á Juana
que cuidadosa me espera. *vanse.*

Salen Laura, Doña Hipólita y Juana con luces.

D. HIPOLITA.

Pon esas luces ahí;
y dime tú, Juana, ahora,
si le hallaste.

JUANA.

Sí, señora.

D. HIPOLITA.

¿Y trahes la respuesta?

JUANA.

Sí. *dale un papel.*

D. HIPOLITA *leyendo.*

Que goceis la salud, que yo deseo; es para mí el mayor galardon, de la que vos llamias fineza, y yo ventura. No dexeis de continuar estas noticias á costa de menos señas, pues aunque el papel no venga firmado, su discrecion

diré, que es vuestro; y no irlo el mio, es por dexar á la turbacion la mas conocida seña de su dueño.

LAURA.

Bien cortesano te ha dado,
á entender, que mas quisiera,
que el papel sin firma fuera,
como á luz de otro cuidado
mas, que el de la urbanidad.

D. HIPOLITA.

Por eso le firmé yo,
porque sospechoso no
presumiese la verdad
del afecto, que confieso,
donde no la escucha él,
ni en mi voz, ni en mi papel.

JUANA.

Ay señora, ¿que por eso
dexa él de pensar, que tiene
el modillo de la accion
mas que primera intencion?

D. HIPOLITA.

¿Y de qué á inferir se viene?

JUANA.

De lo que me dixo á mí.

D. HIPOLITA.

¿Qué te dixo?

JUANA.

Que vivia
muy vano, de que te habia
dado vida, siendo asi,
que el dexar él de tenella,
era principio asentado,
de que te la hubiese dado,
pues que se quedó sin ella:
y aun dixo, no sé que mas,
de que esta noche sabia,
que estabas sola, y vendria,
á ver, si ocasion le das,
de hablarte por una rexa.

D. HIPOLITA.

¿Eso habia de hacer?

JUANA.

¿Pues qué?
¿Fuera mucho, una vez, que
sola el cuidado te dexa
de tus hermanos?

D. HIPOLITA.

¡Y fuera
bueno, que la vecindad:::!

JUANA.

Aquesa dificultad
se salva:::

D. HIPOLITA.

¿De que manera?

JUANA.

no hablando en rexa ó balcon.

D. HIPOLITA.

¿Y no fuera peor en casa?

JUANA.

En visita, que no pasa
de buena conversacion,
y que otra ocasion no puede
en dos mil años tener,
¿qué te queda, que temer?
Y, porque seguro quede
en todo tiempo tu honor,
echame la culpa á mí,
que sin tu gusto le abrí;
y para honestar mejor
tu justo agradecimiento,
mientras yo aseguro allá
la casa, Laura estará,
sin apartarse un momento
de tí. ¿Con este testigo,
á que se puede atrever?

D. HIPOLITA.

¿Qué dices Laura?

LAURA.

Oir y ver,
me toca. Solo te digo,
que es presto.

JUANA.

Es verdad. ¿Mas quando
otra ocasion ha de haber?
Sola estás: ¿qué hay, que temer?

LAURA.

Mucho, Juana.

D. HIPOLITA.

Estoy dudando.
Miedo tus miedos me dan,
y tú el ánimo me ofreces.

JUANA.

Alma de Auto pareces
entre el Angel y Satán. *ruido.*
Ruido en la rexa se oyó.
¿Voyle, á abrir ó no?

D. HIPOLITA.

No sé.

JUANA.

Ya has dicho, que sí.

D. HIPOLITA.

¿Yo? ¿En qué?

JUANA.

En que no has dicho, que no... *vase.*

D. HIPOLITA.

Juana, oye. Yo á morir vengo.
Ve tras ella, á detenella,
Laura. *agarrala.*

LAURA.

¿Cómo he de ir tras ella,
si me tienes?

D. HIPOLITA.

¡Yo te tengo!

LAURA.

¿No lo ves?

D. HIPOLITA.

Amor tyrano
hizo, que en igual porfia,
mi voz obre como mia,
y como ajena mi mano.

LAURA.

Ya la puerta abrió.

D. HIPOLITA.

Yo estoy
mortal; no, no estoy en mí.
Quedate tú, Laura, aqui,
mientras yo á cobrarme, voy.
Haz primero la desecha
tú, y culpando á esa criada,
muestrate muy enojada
con él; con que la sospecha
será menor contra mí,
saliendo á tus voces yo,
como que allá las oí.

LAURA.

No

vendré, á hacer nada por tí,
en enojarme, porque
lo estoy de verdad.

D. HIPOLITA.

Criadas,
¡quántas amas disfamadas
teneis! *vase.*

Salen Juana y Don Gutierre.

JUANA.

Aquí là dexé.
Entra; y para disculparme,
dirás, que hallaste entreabierta,
llegando acaso, la puerta;
que yo voy, á asegurarme
de los demas. Esto es, *ap.*
que entrar en casa, quisiera
al que en la calle le espera. *vase.*

D. GUTIERRE.

Cobarde muevo los pies.

LAURA.

Turbada apenas respiro.

D. GUTIERRE.

Señora, si mi deseo::: *llega.*

LAURA.

¿Quién aquí ::: ¡Pero qué veo!

D. GUTIERRE.

puede ser ::: ¡Pero qué miro!

LAURA.

¡Mas que mis penas admiro!

D. GUTIERRE.

¡Más que extraño mis rezelos!

LAURA.

¡Gutierre no es este, cielos!

D. GUTIERRE.

¡Cielos, esta Laura no es!

LAURA.

¡Qué ves, vida!

D. GUTIARRE.

¡Alma, qué ves!

LAURA.

¡Oh ira!

D. GUTIERRE.

¡Oh pena!

LAURA.

¡Oh rabia!

D. GUTIERRE.

¡Oh zelos!

LAURA.

¡Aleve, tu de esta suerte!

D. GUTIERRE.

¡Tyrana, tú en esta parte!

LAURA.

¡Aqui en fin hube de hallarte!

D. GUTIERRE.

¡Aqui en fin hube de verte!

LAURA.

¡Hado injusto!

D. GUTIERRE.

¡Dolor fuerte!

LAURA.

¡Cruel rigor!

D. GUTIERRE.

¡Pena inhumana!

LAURA.

¡Cómo, infiel:::

D. GUTIERRE.

¡Cómo, tyrana:::

LAURA.

¡Qué ansia!

D. GUTIERRE.

¡Qué horror!

LAURA.

¡Qué castigo!

D. GUTIERRE.

tú en casa de mi enemigo!

LAURA.

tu en el quarto de su hermana!

D. GUTIERRE.

¡Mas qué acuso:::

LAURA.

¡Qué condeno:::

D. GUTIERRE.

si eres mujer:::

LAURA.

si eres hombre:::

D. GUTIERRE.

que con trage:::

LAURA.

que con nombre:::

D. GUTIERRE.

de tí extraño:::

LAURA.

de tí ajeno:::

D. GUTIERRE.

llena de falsedad:::

LAURA.

lleno

de traycion:::

D. GUTIERRE.

culpes:::

LAURA.

condénes:::

D. GUTIERRE.

tu ser:::

LAURA.

la fe, que no tienes:::

D. GUTIERRE.

solo al ver:::

LAURA.

al oir no mas:::

D. GUTIERRE.

qué en poder de Alvaro estás!

LAURA.

qué, á ver á Hipolita, vienes!

D. GUTIERRE.

¡Tu en su casa disfrazada!

LAURA.

¡Tu en su casa con fingido nombre!

D. GUTIERRE.

¡Ah, fiera!

LAURA.

¡Ah, fementido
tu solo, tu; que yo en nada
cómplice soy, pues forzada
aqui estoy.

D. GUTIERRE.

¡Forzada!

LAURA.

Sí;
que á mi padre obedecí,
sirviendo á Hipolita bella,
porque, el darla vida á ella;
fuese, el darme muerte á mi.

D. GUTIERRE.

¿Luego Don Alvaro no
te traxo?

LAURA.

¿A qué fin habia
de traherme? ¿Conocia
á Don Alvaro antes yo?

D. GUTIERRE.

¿Y en el Grao::

LAURA.

Acaso llegó,
quizá á ocasionar dispuesto
su antiguo rencor; y puesto
que él nunca me tubo amor,
hoy has de ver mi rigor,
falso, vil:::

Sale Doña Hipolita.

D. HIPOLITA.

¿Laura, qué es esto?

D. GUTIERRE.

Muerto estoy.

LAURA.

Finja, hasta que *ap.*
pueda hablar mas declarada.
Saliendo aqui descuidada,
este caballero hallé,
que no conozco; y porque
veo, que á romper se atreve
la fe, que á tu casa debe,
tanto el mirarle he sentido,
que de traydor, de atrevido,

de injusto, cruel y aleve
le traté, por verle aqui.

D. HIPOLITA.

Grande fue su atrevimiento,
y, ahunque como tal lo siento,
no ha de castigarse asi.

LAURA.

¿No me lo mandaste?

D. HIPOLITA.

Si;
pero, que finjas, me espanto,
tan bien la quexa y el llanto,
No de esa suerte le arrojes;
que bien quiero, que te enojes,
mas no, que te enojes tanto.
Vea, que siento y que amo. ap.
Señor Don Iñigo, el modo:::

D. GUTIERRE.

Ya no se ha perdido todo, ap.
pues ya sé, como me llamo.

D. HIPOLITA.

de entrar aqui, no le infamo,
ni disculpo; que ofendida
hoy, y ahier agradecida,
igual afecto me llama,
de parte uno de mi fama,
de parte otro de mi vida.
Y asi entre los dos dudosa,

perdonad, si veis, que dexa
la obligacion á la quexa,
por mas noble, mas airosa.
¡Qué osadia es :::!

D. GUTIERRE.

No furiosa,
tambien me despidais vos,
hasta que oigais, como, ay Dios,
pude entrar aqui á esta hora.
Baste, que aquesa señora
se ha enojado por las dos.
De Castilla desterrado,
(ni sé, que siento ó qué digo)
avisan, que mi enemigo,
me busca aqui disfrazado.
Yendo con este cuidado,
ya lobreguecido el dia,
ví, que un hombre me seguia,
y otros dos ó tres con él,
y en vuestro umbral :::

LAURA.

¡Ah, cruel!

D. GUTIERRE.

que ahun ser vuestro, no sabia,
me reparé de manera,
que de él amparado, hallé
la puerta abierta; y porque
vengarse, no consiguiera,

entré, sin saber donde era;
que no soy tan atrevido.

D. HIPOLITA.

¿Ves, si disculpa ha tenido?

LAURA.

¿Hase parecido á tí
disculpa?

D. HIPOLITA.

Si.

LAURA.

Pues á mí:::

D. HIPOLITA.

¿Qué?

LAURA.

no me lo ha parecido.
Yo no puedo ser traydora,
á lo que mi amor te debe;
tu no puedes ser infiel
al seguro, que me ofreces.
Y quando estas dos razones
no basten, otra hay mas fuerte,
que es, que no puedo, por mas
que me reprima y me esfuerce,
conseguir, que de mi pecho
la mina no se reviente,
y abrase, lo que abrasáre.
¿Quién, señora, te parece,
que es aqueste caballero?

D. HIPOLITA.

¿Pues qué duda aqueso tiene?
Don Iñigo de Ribera.

LAURA.

Pues no es sino Don Gutierre
Centellas, que á tí te engaña,
al tiempo, que á mí me ofende.
Riñe tu ahora por tí,
la parte, que te compete;
que ya yo reñí la mia.

D. HIPOLITA.

¡Pues cómo, ay de mí, te atreves,
traydor, con fingido nombre,
á hacer:::

Sale Ines.

INES.

¿Señora?

D. HIPOLITA.

¿Qué quieres?

INES.

En el quarto de tu hermano
Don Alvaro sentí gente.
Llegué y ví, que por la parte
de adentro la llave tuercen.

D. HIPOLITA.

El es; sin duda ay de mí
que como la maestra tiene,
vendrá por algo, que acaso

dexó olbidado.

LAURA.

¿No puede
salir?

INES.

¡Cómo, si su quarto
cae al corredor!

D. GUTIERRE.

¡Que fuerte
empeño!

D. HIPOLITA.

¡Qué temor!

LAURA.

¡Qué ansia!

D. HIPOLITA.

¿Oyes, Laura?

LAURA.

¿Qué me quieres?

D. HIPOLITA.

Que mires, lo que has de hacer,
pues tu, la que ama, eres.

LAURA.

Miralo tu, pues que tu
eres, la que á buscar viene.

D. HIPOLITA.

A tí te ama.

LAURA.

A tí te busca.

D. HIPOLITA.

Como en mi quarto me cierre,
tu verás, lo que has de hacer.

LAURA.

¡Que así al peligro me dexes!

D. HIPOLITA.

Laura, primero soy yo.
Salvese, la que pudiere, *Entrase.*

INES,

Que llega ya,

D. GUTIERRE.

¿Qué he de hacer?

INES.

¿Ya no se sabe? Esconderse,
lugar comun de este paso.

D. GUTIERRE,

¿A dónde?

INES,

En ese retrete.

D. GUTIERRE.

¡Oh, si tubiera ventana,
por donde echarme! *escondese.*

INES,

Si tiene;
pero con su rexa y todo.
El demonio, que aqui espere, *vase.*

LAURA.

Ni para irme, ni quedarme.

valor hay. No sé, que hacerme.

Sale Don Alvaro.

D. ALVARO.

Ya recojida la casa,
salgo á ver, si ver pudiese,
que hace Laura. Aqui está sola.
Amor la ocasion previene,
como pensé. ¿Laura mia?

LAURA.

¡Señor, tu::!

D. ALVARO.

¿Qué extrañas, verme,
quando ladron de mi casa
soy por ti::!

LAURA.

¡Cielos, valedme!

D. ALVARO.

á fin sólo de lograr
esta ocasion, que me ofreces?

LAURA.

¡Yo te la ofrezco!

D. GUTIERRE *al paño.*

¡Ah traydora!

D. ALVARO.

Claro está; pues me concedes,
el que pueda sin mi hermana
hablarte esta noche y verte,
á cuyo efecto escondido

me quedé.

LAURA.

La voz suspende:
que es fuerza, que al quarto vaya:
no me eche menos.

D. ALVARO.

Detente;
que yo acecharé, que hace. *vase.*

Sale Don Gutierre.

D. GUTIERRE.

Mira, traydora, si puedes
negar, que tu esta ocasion
le has dado. *Retirase.*

LAURA.

Calla; que vuelve.

Sale Don Alvaro.

D. ALVARO.

A mi hermana por la llave
ví, que hácia la puerta viene,
y por si sale, no quiero,
que me vea.

LAURA.

Ni es bien. Vete.

D. ALVARO.

Si haré. A Dios; mas mejor es,
que, pues ha de recojerse
tan presto, hasta que lo esté,
aquí retirado espere;

que tengo mucho, que hablarte.

LAURA.

¿Dónde vas?

D. ALVARO.

A ese retrete.

LAURA.

No has de entrar en él: aguarda.

D. ALVARO.

Tanto la puerta defiendes,
que obligas, que vea, por que:::

Sale Don Gutierre.

D. GUTIERRE.

Por esto. *mata la luz.*

D. ALVARO.

¿Traydor, quien eres?

LAURA.

¡Ay infelice de mí!

D. ALVARO.

¡Cielos, que con él no encuentre!

LAURA.

¿A quién, sino á mí, en el mundo
esto sucedió dos veces?

Salen Juana y Fadrique.

JUANA.

¿Dónde vas?

FADRIQUE.

Oyendo el ruido,
á donde está Don Gutierre,

¿puedo yo dexar de hallarme
á su lado? El quarto es este:
sí, porque aqui hay una puerta.

LAURA.

¡Triste lance!

JUANA.

¡Empeño fuerte!

D. GUTIERRE.

La puerta hallé. No es huir
aquesto cobardemente,
sino salvar de mi honor
el preciso inconveniente. *vase.*

D. ALVARO.

Allí oygo ruido. Mal hice,
(¿pero qué habrá, que yo acierte?)
en no tomar lo primero
la puerta. El error emiende,
yendo tras él; y porque,
huyendo ella, nadie piense,
que se la llevó á mis ojos,
la puerta del quarto cierre,
pues no hay, por donde salir. *vase.*

D. HIPOLITA *dentro.*

¿Qué ruido en mi quarto es ese?

LAURA.

Ah traydora, ¿la deshecha
haces ahora? ¡Qué he de hacerme!
Pero, pues que tras él va,

quiera amor, que no le encuentre;
á ver, que hará la fortuna
de mí. *Vase.*

FADRIQUE.

Sin luz y sin gente,
ni ruido ha quedado todo.
Bueno me han dexado en este
quarto cerrado, y á obscuras.
Mas nada me desconsuele;
cumpla yo mi obligacion,
y venga lo que viniere.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Alvaro y Don Vicente.

D. VICENTE.

Viendo, que ya amanecia,
y que á la quinta no vienes,
con cuidado de saber,
Alvaro, qué te detiene,
vengo, á buscarte, y no en vano.
¿Que ha sucedido?

D. ALVARO.

¡Ay Vicente!
¡Ay hermano! que hay mas mal,
del que mi semblante puede,
significarte. Sabrás:::
Mas el quarto me pareco
de mi hermana, que han abierto.
Veamos, quien es.

Salen Doña Hipolita, Laura y Juana.

D. HIPOLITA.

Pues que gente

se oye en esta antesala,
salgo, á ver, lo que sucede.

LAURA.

Y yo, á quien dexó el empeño
de sus afectos pendiente.

D. HIPOLITA.

Alvaro, (deme el temor ap.
ánimo, para que haliente)
apenas anoche, ay triste,
quise, para recojerme,
recojer la casa, quando,
al salir aqui, suspende
mi paso tu voz, diciendo,
si bien me acuerdo, „¿quién eres,
traydor?" y en el mismo instante,
muerta la luz, te resuelves,
á cerrar el quarto, é irte;
cuyo alboroto me tiene
en vela toda la noche,
sin saber, lo que te mueve,
á quedarte en casa, á hacer
ruido, á cerrar y volverte,
para que al amanecer
al primer paso te encuente.
¿Qué quiere ser esto?

D. ALVARO.

Es,
que no sabes, á quien tienes

á tu lado y en tu casa.

D. HIPOLITA.

¿Pues qué ha habido?

D. ALVARO.

Dude y tiemble,
al decirlo; que no sé,
cómo un noble decir puede,
por mas razon que le asista,
desdoros de las mujeres.

Al paño Lisardo.

LISARDO.

Dos dias ha que dexé á Laura.
Mucha ausencia me parece;
y asi con el dia mi amor
me trahe, á verla. Alli hay gente:
sus amos son: no estorbemos.
Aqui retirado espere
ocasion.

D. HIPOLITA.

¿Pues que hay?

D. VICENTE.

Prosigue.

D. ALVARO.

Yo lo diré, ahunque me pese.
A la quinta fuí ahier tarde.
Estando en ella, acordeme,
de que dexaba olbidados
en mi quarto unos papeles

de una dama, que importaba,
que nadie la letra viese.
Por ellos vine, y entrando
á hurto, como si no fuese
mi casa, con maestra llave,
sentí, aqui hablar. Acerqueme
y ví, que aquesa enemiga,
esa traydora, esa aleve
de Laura, ó porque oyó pasos,
ó porque esperaba verte
recojida á tí, ocultaba
un hombre en ese retrete.

LISARDO.

¡Qué oygo!

D. HIPOLITA.

¡Hay tan gran desvergüenza!
¡En mi casa se consiente
tal atrevimiento!

LAURA.

¿Tú
tambien contra mí?

D. HIPOLITA.

¿Qué quieres, *ap. las dos.*
Laura? Primero soy yo.

D. ALVARO.

Al ir, á reconcerle,
salió, matando la luz,
que fue, al decir yo, „¿quien eres,

traydor?" y viendo, que había
(porque yo, por ofenderle,
no traté mas, que buscarle)
tomado (andube imprudente)
la puerta, tras él salí;
y porque ella no pudiese,
escapar, cerré. En efecto,
no la alcancé; con que, al verme
desesperado en la calle,
por sí por dicha volviese,
á saber, lo que pasaba,
me he entrado en ella; de suerte,
que esto pára, como dixe,
en que verás, á quien tienes
en tu casa y á tu lado.

LISARDO.

¡Que á ocasion, de oir esto, llegue!

D. HIPOLITA.

Por cierto, Laura:::

LAURA.

Señora:::

D. HIPOLITA.

no se yo, de quien lo aprendes.

D. ALVARO.

Para tu recato es bueno.

D. HIPOLITA.

¡Hombre aqui! ¡Jesus mil veces!
Perdona, Laura, por Dios. *á ella.*

D. VICENTE.

¿Quien creyera, que tubiese
tanto atrevimiento Laura?

D. HIPOLITA.

Con oirlo, ahun no parece,
que es posible.

D. ALVARO.

¿Como no?
Mira arrojado el bufete,
en que tropezó, al salir;
porque al ir, á acometerle,
él de esta misma manera
salió. Mas, cielos, valedme.
Llega haciendo la accion á la puerta, y al abrir, ve á Fadrique, y vuelve á cerrar.

D. VICENTE.

¿Qué es eso?

FADRIQUE.

Ya aqui no hay mas,
que á todo trance venderme,
bien vendido.

D. ALVARO.

Vive Dios,
que ahun aqui se está. Engañéme,
en pensar, que se habia ido.

D. VICENTE.

Mejor con eso sucede,

pues no se irá sin castigo
su atrevimiento.

D. HIPOLITA.

¡Qué fuese
tal mil desdicha, que el riesgo
á su principio se vuelve!

LAURA.

¡Triste de mí, qué han de hacer, *ap.*
quando sepan, que es Gutierre!

JUANA.

Fadrique fue, el que se fue; *ap.*
que allí no habia de meterse.

D. VICENTE.

¿Qué esperas? Cayga la puerta
en tierra.

D. HIPOLITA.

Alvaro, Vicente,
no el duelo de una criada
tanto á los dos os empeñe.

LAURA.

¿Qué he de hacer? ¡Ay infelice!

D. ALVARO.

¡Que á tantos golpes rebelde
resista una puerta!

LAURA.

Ved,
que yo:::

D. HIPOLITA.

Calla, y agradece,
ingrata, que no te doy
el castigo, que mereces.

Sale Lisardo.

LISARDO.

Yo se lo daré por tí,
señora, ya que traherme
pudo á tiempo mi desdicha,
que su desacierto oyese.

LAURA.

Solo aquesto me faltaba. *ap.*
¡Mi padre, cielos!

D. HIPOLITA.

¡Qué hubiese *ap.*
de venir su padre ahora!

LISARDO.

Hija ingrata, hoy en tu muerte
me vengaré yo primero,
que en la de un traydor se venguen
esos caballeros, cuyo
sagrado respeto ofendes.

D. ALVARO.

Un empeño llama á otro.

TODOS.

Teneos, señor.

LISARDO.

¿Qué es tenerme?

Dexad, que los tres partamos,
lo que á los tres pertenece
del honor de vuestra casa.
Acabad los dos con ese
traydor; que yo con aquesta
hija vil:::

LAURA.

Señor, detente;
y tú, Don Alvaro, y tú
tambien. Quizá, ay Dios, en breves
razones, si me escuchais,
podrá ser, que algo se enmiende
tan no imaginado error,
como mi opinion padece.

D. HIPOLITA.

Sin duda, al ver á su padre,
decir la verdad pretende.
Mira, Laura, lo que dices.

LAURA.

Nada ahora me aconsejes;
que tambien yo soy primero.

D. HIPOLITA.

No la oigais, que es evidente,
que no dirá la verdad,
por disculparse.

LAURA.

No pienses
tal de mí. ¿Tú no me mandas,

echandose á sí la culpa,
me obliga á un tiempo y me ofende.
Si me pongo de su parte,
la caso con Don Gutierre:
si no, la vida le quito,
que le debo; y finalmente,
dirá, que vino por mì.

LAURA.

¿A qué, señor, te resuelves?

D. ALVARO.

Como el sea, el que dió vida
á mi hermana, porque pienses
tu tambien, que yo sé hacer
grangeria los desdenes,
le perdono y te perdono
el no lustroso accidente
de mi casa. De su lado,
dí, que abra.

LAURA.

Pues á ver vienes
mi desengaño y tu vida,
sal, señor; seguro tienes
el paso. *Llegase à la puerta.*

FADRIQUE.

Ahunque aquesta vez
me engañe, he de abrir.

LAURA.

¡Oh llegue

mi dicha, á que no se muden,
al mirar, que es Don Gutierre!

Sale Fadrique.

FADRIQUE.

Señor Don Alvaro, errores
de amor:::

LAURA.

¡Cielos, qué hombre es este! *ap.*

D. HIPOLITA.

No es Gutierre. ¡Cómo aqui *ap.*
otro! Mas sea lo que fuere,
que despues lo sabré, albricias,
alma.

LISARDO.

Ay de mí. Presto vuelve *ap.*
(¡qué veo!) á ser pesar la dicha,
si es este, el que á Laura quiere.

JUANA.

Fadrique es. ¡Triste de mí!

D. VICENTE.

¿En qué ahora te detienes?
„Errores de amor:::“ prosigue.

FADRIQUE.

ser tan disculpados suelen,
que hay adagio, que los culpa,
y adagio, que los absuelve.
Forastero soy; no supe,
que esta vuestra casa fuese.

Una criada :::

D. ALVARO.

No mas,
señor Don Iñigo. Cese
vuestra voz, que ya sabemos,
que aqui una criada os tiene.

JUANA.

Don Iñigo le ha llamado.

D. HIPOLITA.

El por el criado entiende,
ser Don Iñigo, al oir,
que es, quien mi vida defiende.

LISARDO.

¡Don Iñigo! ¡Si mi poca
vista el engaño padece!

D. ALVARO.

Y puesto que esta criada
es tan noble, que merece
vuestra fe y palabra, dadla
la mano, para que quede
todo esto en paz.

FADRIQUE.

¡Yo la mano!

D. ALVARO.

Vos la mano; que no tiene
otra enmienda de mi casa
el decoro, ahun quando fuese
una esclava de mi hermana;

demas, que la que os ofrece
mi valor, es hija noble
de este anciano.

FADRIQUE.

Sea quien fuere:::
¡Mas ay, que dudo al mirarlo! *ap.*

Repara á Lisardo.

LISARDO.

Suspenso he quedado, al verle. *ap.*

FADRIQUE.

pues no me puede obligar
nunca el liviano accidente
de un acaso, á que con ella
case.

D. HIPOLITA.

En mi casa sí puede.
Y yo, quando no se hallárán
hoy mis hermanos presentes,
por mi respeto lo hiciera.

D. ALVARO.

¿Si esto pides, que hay que esperes?

LAURA.

Mucho; que el que yo pensé,
que estubiera aqui, no es este.

D. ALVARO.

¿Cómo es posible? Pues quando
quedase uno, y otro huyese,
tu misma das por razon,

con que mis piedades mueves,
que es, quien dió á Hipólita vida,
y quien la dió vida, es ese.

LAURA.

No es él tampoco.

D. HIPOLITA.

Sí es tal.

D. ALVARO.

¿Pues eso qué duda tiene,
si es Don Iñigo Ribera,
y ahier fui yo, á hablarle y verle?

LISARDO.

Pues, ahunque le veas y hables,
algun engaño padeces;
que el que Don Iñigo llamas,
es Fadrique; un delinqüente,
que conozco desde el dia,
que, para darle la muerte,
á mi sobrino buscó
en mi casa, y he de hacerlo
pedazos, antes que á Laura
yo por esposa le entregue.

D. ALVARO.

Mirad, que estais engañado.

LISARDO.

No estoy, señor.

FADRIQUE.

¿Qué he de hacerme, ap.

por ambas partes cojido?

D. ALVARO.

Pues, antes que el vuestro empiece,
dexad, que mi duelo acabe.

FADRIQUE.

Mas ya sé, en qué resolverme. *ap.*

D. ALVARO.

Señor Iñigo, ó Fadrique,
(¡que con la dama á otro ruegue!)
á esta es, la que habeis de dar
la mano.

FADRIQUE.

Otro error es ese;
que no conozco esa dama.
Esta es, la que á mí me quiere.

D. HIPOLITA.

Ahun peor está, que estaba.

JUANA.

No está, señora; que miente;
ni yo le he visto en mi vida.

D. VICENTE.

Dudas á dudas suceden.

D. ALVARO.

Pues, si con qualquier palabra,
si con qualquier accion crecen
empeños y confusiones,
¿quánto es mejor, sea quien fuere,
ó Don Iñigo ó Fadrique,

y venga por quien viniere,
Juana ó Laura, de una vez,
que acabemos con su muerte
con todo?

FADRIQUE.

....No será facil.

TODOS.

¿De qué suerte?

FADRIQUE.

De esta suerte.
Ninguno mueva las plantas,
si es que su vida pretende.

Amenazalos con una pistola, y vase.

D. HIPOLITA.

Por el balcon se ha arrojado.

LOS DOS.

Tras él me echaré.

D. HIPOLITA.

Detente,
Alvaro, Vicente. Antes
que yo esta puerta os franquee,
me habeis de dar muerte á mí.

D. ALVARO.

Que importa, que el paso cierres,
dando lugar, á que él
ya de la calle se aleje,
si yo sé, donde buscarle.
Toma en tanto el coche, y vete

con Juana y Laura á la quinta,
sin permitir, que se ausente;
que hay mucho, que averiguar,
en que fuese uno, el que huyese,
y otro, el que quedase aquí.

D. VICENTE.

Yo, es fuerza, que no le dexe.

Vanse los dos.

LISARDO.

Yo, por excusar su empeño,
iré, á tratar de prenderle.
Tened vos con vos á Laura;
que yo la haré, que no os cueste,
otro pesar en su vida. *Vase.*

Quiere irse Laura.

D. HIPOLITA.

¿A dónde vas?

LAURA.

A ponerme
el manto.

D. HIPOLITA.

Eso no. Tu padre
te dexó aquí.

LAURA.

¿Pues qué quieres?

D. HIPOLITA.

No mas de que te halle aquí.

LAURA.

Ya te entiendo; y si pretendes
tenerme siempre á tu vista,
tambien á mi vista siempre
estarás.

D. HIPOLITA.

Pues es igual
el partido, irte no intentes;
que no te has de ver primero
tu que qué yo con Don Gutierre.
Juana, ven conmigo; en tanto
que la carroza previenen,
diréte una diligencia,
que por mí has de hacer.

LAURA.

¡Crueles
desdichas, qué haré?

D. HIPOLITA.

Conmigo
ven; no aqui sin mí te quedes.

LAURA.

¡Ay honor, lo que me cuestas!

D. HIPOLITA.

¡Ay amor, lo que me debes! *vanse.*

Salen Don Gutierre y Gonzalo.

D. GUTIERRE.

Como le dexé en la calle,
y, al salir, no le encontré,

ni sé, donde está, ni sé,
á donde pueda buscalle.

GONZALO.

¿Cómo no me dices pues,
qué hubo? ¿Sintieronte, di,
en cas de Hipolita?

D. GUTIERRE.

Si;
y lo peor de ello no es,
sino que hoy perdí entre fieras
ansias y desdichas raras
á Laura.

GONZALO.

No la jugáras,
señor, y no la perdieras.
¿Pero qué tiene, que ver
con Laura Hipolita bella?

D. GUTIERRE.

¿Pues no está Laura con ella
como criada, en poder
de Don Alvaro?

GONZALO.

¡Qué dices!

D. GUTIERRE.

Que solo mi hado pudiera
hacer, que se compusiera
de tantos, tan infelices
casos, como en mí ha dispuesto

novela tal, que en si encierre
varios cabos.

Sale Fadrique.

FADRIQUE.

¿Don Gutierre?

D. GUTIERRE.

Seais bien venido. ¿Qué es esto?
¿Qué traheis?

FADRIQUE.

Muerto me hallo.

D. GUTIERRE.

¿Hay alguna novedad?

FADRIQUE.

Miéntras la digo, mandad,
que me ensillen un caballo;
que á toda prisa, conviene
á los dos, que no esté aqui.

D. GUTIERRE.

Que se le aderecen, dí. *á Gonzalo.*
¿Qué ha habido?

GONZALO.

Con mosca viene. *ap.*
Dirélo, y vendré volando,
para saber, lo que fue. *vase.*

FADRIQUE.

En la calle me quedé,
donde me dexasteis, quando
Juana, que la puerta habia

dexado abierta, volvió
á buscarme, y me metió
dentro de casa.

D. GUTIERRE.

Si haria.

FADRIQUE.

Ruido á la puerta sentí,
que estabais; y como yo
no sabia la casa, no
supe, en lo que me metí.
De modo, (qué error tan grave)
que encerrado hasta esta hora
me ví.

Sale Gonzalo.

GONZALO.

Nadie, que enamora,
en lo que se mete, sabe.

FADRIQUE.

Llegó el dia; pero ahun no
pude con él escapar.

D. GUTIERRE.

¿Quién pudiera imaginar,
que Juana os tenia allí?

GONZALO.

Yo.

FADRIQUE.

Sentido pues, y alterados
los hermanos, por remedio

toman, que me case.

GONZALO.

Es medio
de todos los encerrados.

FADRIQUE.

Y ahun no con Juana, sino
con no sé que Laura, en quien
cayó la sospecha.

GONZALO.

Y bien,

D. GUTIERRE.

¿Qué decís?

FADRIQUE.

Pues no paró
aquí; que esta Laura es
prima, del que dí la muerte,
y parte el padre; de suerte
que hallandose allí, despues
que la duda ventilaron,
con mil lances importunos,
llamandome Iñigo unos,
y otros Fadrique, tomaron
ultimo acuerdo, de que
Iñigo ó Fadrique muera,
ó me case.

GONZALO.

Todo era
uno.

FADRIQUE.

Viendo esto, me echê
por un balcon.

GONZALO.

Atencion;
que es remedio singular,
á quien quisieren casar,
echarse por un balcon.

FADRIQUE.

Con que es fuerza, que á los dos
esté bien, faltar de aqui;
porque el que es engaño en mí,
no sea desengaño en vos.

D. GUTIERRE.

Pues, ahun mas que imaginais,
importa; que aquesa Laura,
que á Juana el riesgo restaura,
es, por la que me mirais
arder en pasion tan ciega;
y para mayor castigo
en casa de mi enemigo
la vine á hallar.

GONZALO.

Y el que llega,

D. GUTIERRE.

¿Qué dices?

GONZALO.

Que viene aqui

Don Alvaro.

FADRIQUE.

No me vea,
porque otro empeño no sea,
ya que el faltar yo de aqui,
lo emienda todo. *vase.*

D. GUTIERRE.

¿Qué haré,
que es fuerza, que dé conmigo,
porque si á Fadrique sigo,
despues que aqui gente ve,
sabrá, que se han escondido?

GONZALO.

¿Qué importa hablarle?

Al paño Don Alvaro y Don Vicente.

D. ALVARO.

Vicente,
en ese portal de enfrente
me espera.

D. VICENTE.

En él, prevenido
á todo lance, aguardando
estoy. *vase.*

D. ALVARO.

¿Y vuestro amo? *sale.*

GONZALO.

No
ha venido hasta ahora.

D. GUTIERRE.

Yo
tambien le estoy esperando.

D. ALVARO.

Guardeos el cielo.

D. GUTIERRE.

Y á vos
dé vida.

D. ALVARO.

¡Qué ansia? *ap.*

D. GUTIERRE.

¡Tirana *ap.*
pena!

GONZALO.

¡Que de mala gana *ap.*
se han saludado los dos!

D. GUTIERRE.

¡Qué fuerza esto haya de ser! *ap.*

D. ALVARO.

Mal, disimular, pretendo. *ap.*

GONZALO.

¡No es bueno, que se están viendo,
y que no se puedan ver! *ap.*

D. GUTIERRE.

Fue en la campaña mi amigo
Don Iñigo. No sabia,
que aqui estubiese, y venia,
á verle.

D. ALVARO.

Lo mismo digo;
que obligado yo tambien
le busco, porque á mi hermana,
cayendo de una ventana,
la socorrió; y asi es bien,
que en su nombre agradecido
le visite.

D. GUTIERRE.

Claro está.

D. ALVARO.

¿Sabreis, á qué hora vendrá?

GONZALO.

Pienso, que á una holgura ha ido,
y hasta la noche, no creo,
que venga.

D. GUTIERRE.

A mí me decia
lo mismo, y yo ya queria,
irme. Con esto deseo
ver, si se va.

D. ALVARO.

Pues dexalle
quiero un papel.

D. GUTIERRE.

Despedido,
ya en vano, estar aqui, ha sido;
mas, dando vuelta á la calle,

volveré, por si los dos,
se llegan acaso á ver,
y tambien para saber
del papel. A Dios.

D. ALVARO.

A Dios.

D. GUTIERRE *á Gonzalo.*

No cierres tú. *vase.*

D. ALVARO.

Cierto está,
que de mí recelo tenga
este hombre, y que no venga
á su casa. Así será
bien, escribirle un papel,
porque sepa que le espero;
pues bandído ó caballero,
mi obligacion cumplo en él.

Ponese á escribir.

GONZALO.

Por si acaso se ha quedado
con malicia de buscar
á Fadrique, he de cerrar
aquella puerta. *vase.*

Sale Juana con manto y un papel.

JUANA.

No he hallado,
á quien preguntar por él;
mas, si abierto está, no entiendo,

que es necesario. Escribiendo,
le veo. Aqueste papel
tomad, Don Iñigo; y sea
la respuesta ::: ¡Mas que veo!
Dale el papel á Don Alvaro.

D. ALVARO.

¡Juana, tu aquí!

JUANA.

Cierta, creo, ap.
que es mi muerte.

D. ALVARO.

El papel lea,
y nuevo mal en él tema,
pues que se facilitó
tanto, que ahun no me costó,
que le rasgase la nema.
¡Cielos, letra es de mi hermana!
Bien temí nuevo pesar.

JUANA.

¡Oh, quién pudiera escapar!

D. ALVARO.

¿Dónde vas? Detente, Juana.
Turbado le empiezo, á leer;
pero no ha de ser aquí,
no venga gente; y así,
pues nadie la pudo ver,
mejor es, pasar con ella
en aquel portal de enfrente,

á donde está Don Vicente.

JUANA.

Es la mia dura estrella.

D. ALVARO.

Calla, y ven.

JUANA.

Mira, que eres soltero:::

D. ALVARO.

Aqui no hay mas medio.

JUANA.

y perderás tu remedio,
si ven, que andas con mujeres
por la calle. Yo me iré.

D. ALVARO.

Conmigo, Juana, has de ir.

Vanse y sale Gonzalo.

GONZALO.

¿Si ha acabado de escribir?
Pero, sin dexar, se fue,
papel ni recado alguno.
¿Qué puede haber sucedido,
para que asi se haya ido?
En la calle no hay ninguno.

Salen á la otra parte Don Alvaro, Don Vicente y Juana.

D. ALVARO.

Aquesto el papel contiene;

y Hipolita es, quien lo llama.

D. VICENTE.

Pues á nuestro honor y fama
lo que ahora mas conviene,
es, que Juana dé el papel,
pues, que le llama, sabemos,
y á que hora, y le esperemos,
á vengarnos de ella y de él.

D. ALVARO.

Dices bien. Juana, la vida
te importa, que el papel des,
sin decir, que le abrí, pues
no va la nema rompida;
y pues falta él, y el criado
parado á la puerta está,
dale á él; que él se le dará.

JUANA.

Yo iré, si en eso os agrado.

D. VICENTE.

Mira, que desde aquí estamos
mirando, si se le das.

JUANA.

¿Pudiera el diablo hacer mas?

D. ALVARO.

Y mira, que te esperamos,
sin que pretendas huir;
porque, si escaparte quieres,
á donde quiera, qué fueres,

los dos te hemos de seguir;
y asi, en dandole, aqui vuelve.
Vanse, y sale Don Gutierre.

D. GUTIERRE.

¿Si habrá entendido, que está
alli Fadrique, ó habrá
escrito? En fin se resuelve
mi cuidado, á saber, que:::
Mas Gonzalo está á la puerta.

JUANA.

Yo voy, ni viva ni muerta.

D. GUTIERRE.

¿Gonzalo, qué hay?

GONZALO.

Que se fue
Don Alvaro, sin decir
nada.

D. GUTIERRE.

¿El papel, que dexó?

GONZALO.

Tampoco le he visto yo.

D. GUTIERRE.

¿Quién pudiera discurrir,
cielos, lo que puede ser,
querer escribir, y no
escribir y irse?
Al paño Don Alvaro y Don Vicente.

D. VICENTE.

¿ Llegó
Juana?

D. ALVARO.

Ahun hay mas, que temer;
que Don Gutierre ha llegado.

JUANA.

Don Iñigo está con él.
Mejor es, dar el papel
al amo, que no al criado,
pues ya están juntos los dos,
y este es el fin, á que van,
los que mirandome están.
Dale un papel, y hace, que se va.
Leed ese papel, y á Dios,

D. GUTIERRE.

Juana, oye.

JUANA.

No me sigais,
que importa, si me seguís,
mas de lo que presumís.

GONZALO.

Ingrata:::

JUANA.

No me tengais.

D. GUTIERRE.

Dexala ir. *lee.*

D. VICENTE.

Viven los cielos,

que porque todo se yerre,
dió el papel á Don Gutierre.

JUANA *llegandose á ellos.*

Ya hasta aquí vuestros desvelos
servidos están.

D. ALVARO.

¡Qué has hecho!
¡A quién el papel has dado,
mujer!

JUANA.

Si con el criado
ya el amo estaba, sospecho,
que hice bien, en darle á él.

D. ALVARO.

¡A qué amo se le das,
si es Gutierre!

JUANA.

Ciego estás;
que Don Iñigo es aquel.

D. VICENTE.

¡Qué Don Iñigo!

JUANA.

Al que yo,
señor, el papel trahia,
que es el mismo, que aquel dia
la vida á Hipolita dió.

D. ALVARO.

¡Qué dices!

JUANA.

Que aquel, señor,
Don Iñigo es de Ribera,
no el de anoche.

D. ALVARO.

¡Quién creyera,
que ahora faltára este error
sobre tantos!

D. VICENTE.

Mira bien,
lo que dices.

JUANA.

Bien mirado
lo tengo; que aquel criado
es de Don Iñigo, á quien
dí el papel.

D. ALVARO.

¡Qué fuera, cielos,
yendo aclarando el error,
que en el amor y el honor
me dé Don Gutierre zelos!

D. VICENTE.

Aqueso no es para aqui.
A Juana los dos llevemos,
y en la gruta la encerremos
del jardin, para que asi
á nadie avise; que, al ver,
quién va del papel llamado,

saldremos de este cuidado.

D. ALVARO.

Dices bien. *Vanse los tres.*

D. GUTIERRE.

Vuelvo á leer
otra y mil veces, y ahun no
pienso, que de otra y mil veces,
segun las dudas me ofreces,
podré descifrarte.

GONZALO.

Yo,
mientras tu en esa locura
das, pues salir, no se atreve,
es bien, que al otro amo lleve
mandamiento de soltura.

D. GUTIERRE *leyendo.*

De las confusiones, que anoche dexasteis, ahun mas en mi pecho, que en mi casa, me importa el advertiros las resultas. No me atrevo á fiarlas del papel; la noche tiene sombras, rexas los jardines de la quinta, yo estoy afligida y vos sois caballero. Dios os guarde.

Esta vez sin firma viene
el papel; mas bien sin firma
breve su estilo confirma
el sutil dueño, que tiene.
¡A sus jardines me llama,

despues de saber, quien soy,
y despues (confuso estoy)
de saber tambien, que me ama
Laura. ¡Pero qué mi estrella
admira el nuevo favor,
pues el merito mayor
de esta es la eleccion de aquella! *vase.*

Sale Doña Hipolita y Laura tras ella.

D. HIPOLITA.

Juana no vuelve. Sin duda
que su temor la ausentó;
mas con todo, por si dió
el papel, es bien, que acuda,
ya que la noche cerrando
baxa, al jardin, por si viene
Don Gutierre; pues previene
mi ventura, que llegando
á él mis hermanos, apenas
por la puerta falsa abrieron,
quando los dos se volvieron
á la ciudad; y pues llenas
las nubes ya de horror vió
el sol, que á obscuras las dexa,
vea de una en otra rexa,
si ::: ¿Mas quién está aqui?

LAURA.

Yo.

D. HIPOLITA.

¡Laura, tras mí!

LAURA.

Si es tu gusto,
que no te dexe, ¿por qué
te he de dexar?

D. HIPOLITA.

Bien á fe.

LAURA.

Bien ó mal, servirte es justo.

D. HIPOLITA.

¡Qué buena conformidad!

LAURA.

Tu lo dispusiste asi.

JUANA *dentro.*

¡Ay desdichada de mí!

D. HIPOLITA.

¿Quién en esta soledad
llora?

LAURA.

De la voz el dueño,
dixera, que Juana era.

JUANA.

¡Quién pensára, que yo hiciera
pasos de la vida es sueño!

D. HIPOLITA.

¿Juana?

JUANA.

¿Quién de la otra vida
viene, á visitarme?

D. HIPOLITA.

No
temas; quien te habla, soy yo.
¿A dónde estás escondida?

JUANA.

Oye, que es honra y provecho,
y será en esta ocasion
la primera relacion,
que desde adentro se ha hecho.
De Don Iñigo en la casa
con Don Alvaro encontré;
cojióme el papel, con que
leido, á tanta furia pasa,
que me mandó, se le diera,
y porque no te avisára,
me encerró en aquesta rara
obscuridad; de manera,
que sabiendo, que le esperas,
están, para darle muerte.

LAURA.

¡Quién vió mas infeliz suerte!
¡Quién vió desdichas mas fieras!

D. HIPOLITA.

¡Mi hermano el papel leyó,
y sabe, (hoy sin duda muero)

que le llamo y que le espero!

LAURA.

Dichosa fuera, si yo
darle el aviso pudiera.
¿Mas que tengo, que temer?
Saliendo al paso, he de hacer,
que viva él, ahunque yo muera. *vase.*

D. GUTIERRE *dentro.*

Aqui me esperad los dos.

JUANA.

Ay, desdichada de mí;
que anda una culebra aqui.
Señora, por solo Dios,
me abras la puerta siquiera.

D. GUTIERRE.

Calla; no des voces: que
yo, Juana, te la abriré.

JUANA.

¿Cómo?

D. GUTIERRE.

De aquesta manera,
Sal conmigo ahora, y no
temas.

JUANA.

No es, si verdad digo,
facil, de acabar conmigo.

Salen por la gruta Don Gutierre, Fadrique Juana y Gonzalo

D. HIPOLITA.

¡Hombre aqui! ¿Quién eres?

D. GUTIERRE.

Yo;
yo, señora; que, buscando
modos de hablarte, he dispuesto,
que, donde te dí la vida,
la tierra me aborte muerto.
Llamado de tu papel,
en esa gruta encubierto,
detras de esa hiedra he estado.
El cómo, no importa. Oyendo,
hasta asegurarme en ellas
en la fe de mi silencio,
de esa criada las voces,
de cuyos tristes lamentos
el riesgo supe, en que vives,
asi me atreví resuelto,
á que veas, que acompaño
la soledad de tu riesgo.
Mira, qué quieres hacer;
que yo solo te prevengo,
que puedes salir segura
por la parte, que yo vengo;
para que el mundo conozca,
que adelantando él proverbio,

si antes, que todos soy yo,
antes soy yo, que yo mesmo.

D. HIPOLITA.

Don Gutierre, los acasos
tan no esperados han hecho
disculpados, sino nobles,
tal vez los atrevimientos.
Que esté á peligro mi vida,
tu lo ves; ¡mas cómo puedo,
siendo quien soy, atreverme,
á ir, donde::!

D. GUTIERRE.

Medio hay.

D. HIPOLITA.

¿Qué medio?

D. GUTIERRE.

Que no seas tu, quien te vayas,
y yo te lleve, cumpliendo,
tu forzada y yo atrevido,
tú tu honor, y yo mi afecto.
Fadrique y Gonzalo vayan
á la mira.

D. HIPOLITA.

Si me dexo
yo llevar, mal la violencia
me disculpa.

LOS DOS.

Vamos presto.

Vanse Fadrique y Gonzalo.

D. ALVARO *dentro.*

Pues ya vimos, que al llegar
un hombre, la puerta abrieron,
muera.

LISARDO *dentro.*

¡Ay infeliz de mí!

LAURA *dentro.*

¿No hay, quien me socorra, cielos?

D. GUTIERRE.

La voz de Laura es aquella.
Llevadla, mientras yo vuelvo.

D. HIPOLITA.

¡Ya te olbidas de mi vida!

D. GUTIERRE.

No; mas de aquella me acuerdo,
quando de espadas y voces,
alli se escucha el estruendo.

JUANA.

Hácia aqui una mujer viene.

D. GUTIERRE.

Ya aqui no tiene remedio,
sino los tres retirados
esperar á todo riesgo,
para ver, lo que nos toca.

Sale Laura.

LAURA.

¡Ay de mí!

D. HIPOLITA.

¿Laura, qué es esto?

LAURA.

Oí, que á Gutierre esperaban,
para darle muerte; y viendo
que peligraba, el que adoro,
á manos, del que aborrezco,
al campo desesperada
salir quise, con intento
de que le aguardase al paso
la noticia de este riesgo.
Apenas la puerta abro,
quando con mi padre encuentro,
contra quien tus dos hermanos:::
¿Mas para que me detengo,
en decirlo, quando él,
de los rigores huyendo,
hácia aqui viene?

Sale Lisardo retirandose de Don Alvaro y Don Vicente.

LISARDO.

¿Por qué
me matais? ¿En qué os ofendo?

D. ALVARO.

¡Vos á estas horas, Lisardo,
en esta quinta! ¿Qué es esto?

LISARDO.

Por no dexaros en casa

el escandalo mas tiempo,
fui por Laura, despues que
buscando á aquel Bandolero
con la Justicia, no pude
hallarle; y que habiais, oyendo,
venido á la quinta, á ella
en busca de Laura vengo,
porque no os dé otro pesar
en su vida.

D. ALVARO.

Perdí, cielos,
la ocasion de mi venganza,
equivocando el encuentro,
del que esperé, con Lisardo.

D. VICENTE.

Pues ya que la una perdemos,
no se pierdan todas. Muera
una aleve.

D. HIPOLITA.

Deteneos;
que quizá, si me escuchais,
vereis, que culpa no tengo.
Valor, primero soy yo
que todo; aqui de mi ingenio.
Viendo anoche de mi casa
tan profanado el respeto,
y que de una confusion
en otra, iban sucediendo

engaños á engaños, dudas
á dudas, riesgos á riesgos,
quise averiguarlo todo,
y supe, que el primer dueño
de todo era Don Gutierre,
á quien yo la vida debo,
ahunque el temor del criado
dixo otro nombre supuesto.

LAURA.

Ella va, á decirlo todo.

D. HIPOLITA.

Y, por salvar los empeños,
que, de saberlo los dos,
eran precisos, resuelvo,
el que acabase la industria
con todo, antes que el acero;
y asi le escribí un papel,
que Juana llevó, diciendo,
que, pues estaba afligida
yo, y él era caballero,
viniese, á verme esta noche;
de manera, que viniendo
antes, que espirase el dia,
pudo estar aqui encubierto,
donde casado con Laura,
á ella en mi casa remedio,
á su padre satisfago,
á los dos os desempeño,

y á él le pagó finalmente
con la vida, que le debo,
y á mí me dexo segura;
para que se vea en esto,
que antes soy yo que yo misma,
pues á mí misma me venzo.

D. VICENTE.

¡Quién sino tu industria pudo :::

D. ALVARO.

¡Quién pudo sino tu ingenio :::

LISARDO.

¡Quién sino tu gran piedad :::

LAURA.

¡Quién sino tu entendimiento :::

D. GUTIERRE.

¡Y quién sino tu valor :::

D. VICENTE.

dar á mi rabia sosiego!

D. ALVARO.

satisfaccion á mis iras!

LISARDO.

á mis desdichas consuelo!

LAURA.

á mis fortunas descanso!

D. GUTIERRE.

y á mi servicio este premio!
Y pues, que desengañado
de tu amor y de mis zelos

antes me dexó tu voz,
la mano, Laura, te ofrezco;
en cuyas albricias, solo
en dote, señor, te ruego,
dés á Fadrique el perdon.

Dale la mano á Laura.

LISARDO.

Yo le doy.

Salen Fadrique y Gonzalo.

FADRIQUE.

Yo, á tus pies puesto,
los beso humilde.

JUANA.

Y yo aqui
desengrutada parezco,
á dar la mano á Gonzalo.

CONZALO.

A Don Iñigo con eso;
que yo no quiero mas mano,
que la que me tomo, puesto
á vuestros pies, con pediros
el perdon de nuestros yerros.

LA GITANILLA DE MADRID.

COMEDIA

DE DON ANTONIO DE SOLIS.

Cuenta de quantos embustes
las Gitanas hoy celebran,
engañando mentecatos
y mujeres, que se precian
de oji-alegres. Jorn. III.

ARGUMENTO.

Don Juan, primo de Doña Isabel, viniendo á casarse con ella á Madrid, enamorado de la Gitana Preciosa, hace que D. Henrique su amigo, tome su nombre, y asista á Doña Isabel, mediante no conocerle ésta, ni su hermano Don Alonso, de lo que resulta, aficionarse Doña Isabel á Don Henrique, y enamorarse éste de ella.

Don Juan, viendo la entereza de Preciosa, para obligarla, se mezcla con los Gitanos, y al vestirse de tal, se le cae del pecho un retrato de Doña Isabel, que ocasiona zelos á Preciosa, y otros lances.

Don Alonso, aficionado á la misma Gitana, la solicita, pero en vano; y por ultimo puede, contra voluntad de ella, llevarla á su jardin, de donde sacan preso á Maldonado, Conde de los Gitanos, con Julio, criado de Don Juan, por ladrones.

Don Pedro, padre de Don Juan, sabe por Doña Isabel, haber tomado el nombre de éste Don Henrique, y en tantas dudas y confusiones como de ello dimanan,

por libertarse Maldonado, presenta unas joyas y un libro de memorias, que declaran, ser Preciosa hermana de Doña Isabel, y Don Alonso; con lo que mejora de calidad el amor, que éste la tenia; y expresando Don Juan, haber introducido á Don Henrique en su lugar, se casa éste con Doña Isabel, y Don Juan con Preciosa.

PERSONAS.

DON JUAN.

DON HENRIQUE.

DON ALONSO.

PRECIOSA.

DOÑA ISABEL.

DON PEDRO, *Barba.*

JULIO, *Gracioso.*

JUANA, *Criada de Preciosa.*

MALDONADO.
SANCHO.
DIEGO. } *Gitanos.*

FABIO Y MARTIN, *Criados.*

LA GITANILLA

DE MADRID.

JORNADA PRIMERA.

Salen Don Juan con un retrato pequeño en la mano, y Julio.

JULIO.

Como tan poco gustosa
fue la causa, de venirte,
allá dexaste, al partirte,
el retrato de tu esposa.

D. JUAN.

Quedóse, Julio, olbidado;
pero yo pienso, que ha sido
en este caso el olbido
diligencia del cuidado.

JULIO.

No es menester, que publique
tu lengua, que eres ingrato.

D. JUAN.

Dexa eso. Este retrato
daré hoy á Don Henrique,
para que pueda, con él
seguir mi engaño mejor.

Mete el retrato en el pecho.

JULIO.

¡A Don Henrique, señor,
el retrato de Isabel!
¿Qué dices?

D. JUAN.

Vente conmigo,
y mis sucesos sabrás.

JULIO.

Cierto, que quisiera mas
quedarme, señor, contigo
á descansar los sucesos,
que tanta atencion me piden.
¿No dexarás, que se olbiden
de su cansancio los huesos,

porque aquella mula, que
me dexaste allá, señor,
quando se parte mejor,
trota el diablo por el pie?
¡A quién no volverá loco,
ver su prisa perezosa,
porque tarda y presurosa
trota mucho, y anda poco!
Pues, si la vieras, es tal
y tan larga, que segun
su mucha largueza, es un
Alexandro irracional.
Con mas cansancio llegára,
y no llegára primero,
si en las leguas caballero
por la mula caminára.
Mas, burlas echando á un lado,
bien sabes, que yo contigo
junto lealtades de amigo,
y obediencias de criado.
Ya de tus sucesos cuenta
puedes darme: que en mí tienes,
quien se alegre, si son bienes;
y si males, quien los sienta.

D. JUAN.

Vine á la corte. Bien sabes
á que:::

JULIO.

Sé, que obedeciendo
á tu padre, te partiste
á pesar de tus afectos
de la insigne Salamanca,
donde has estado aprendiendo
seis meses bellaquerias,
só capa de unos derechos.
Sé, que desde nuestra patria
Sebilla, tu padre atento,
como él dice, á tu quietud,
ha tratado en este tiempo,
de casarte en esta corte
con Doña Isabel de Oviedo,
tu prima, cuyo retrato,
preñez entonces de un pliego,
es ese pobre olbidado,
que ocupa ahora tu pecho.
Y bien sé, que tu, agraviando
del retrato lo perfecto,
diste en no agradarte de él,
y te saliste con ello.
Volvió tu padre, á escribirte
mil cartas, y sus consejos,
disimulando violencias,
se pasaron á preceptos.
Resolvistete, á venir
á la corte, con intento

de no agradar á la prima,
ó ya tibio ó ya travieso,
para que, mientras llegaba
la dispensacion, su pecho
disponiendo poco á poco
fuese el aborrecimiento.
A esto desde Salamanca
saliste, habrá mes y medio,
con Don Henrique, tu amigo,
que, obligado de tus ruegos,
se resolvió, á acompañarte
hasta el fin de este suceso,
y yo quedé, á enviar la ropa,
donde he gastado este tiempo
en sacar de nuestras trampas,
á los que en ellas cayeron.

D. JUAN.

Llegué pues, Julio, á esta corte.
Ay de mí, pluguiera al cielo:::

JULIO.

Dexa las exclamaciones
para ripio de los versos,
y prosigue; que me tienen
tus suspiros tan atento,
que es de mis propias orejas
pendiente todo mi cuerpo.

D. JUAN.

El dia, pues, que llegué,

de un milagro, de un portento
fue digna ponderacion
mi dichoso cautiverio.
Ví una Gitana: (no culpes
de humilde mi rendimiento,
porque ya la tiene el alma
por su generoso dueño)
en cuya rara hermosura
con novedades lo bello,
con prodigios lo bizarro,
con milagros lo perfecto,
me detubieron curioso;
vine de curioso á atento,
de atento pasé á inclinado,
de inclinado llegué á ciego,
tan brevemente, que fue
verla y empeñarme á un tiempo;
y ahun sus meritos juzgaron,
que tardaba en el empeño.
Inmovil quedé, al mirarla;
y alguno, al verme tan quieto,
sosegada la atencion
juzgó en mi divertimiento,
y era, que quiso el amor,
por suavizar su veneno,
que viniese la inquietud
disfrazada en el sosiego.
Rendido pues, llegué, á hablarla,

y lo entendido y discreto,
en lo que abrasó lo hermoso,
quiso renovar incendios.
Mas, como de su hermosura
lo halló todo tan sujeto,
no tubo ya que vencer,
y triunfó su entendimiento.
Dilaté el ver á mi prima,
para servir mas atento
á mi Gitana, mas siempre
me mostraron sus desprecios
unos honrados desvios,
unos desenfados cuerdos,
unos rigores afables
y unos desdenes risueños.
Yo pues, viendome empeñado
en tanto amor, previniendo,
que Doña Isabel, mi prima,
habia de echarme menos,
y que podia escribir
mi falta á mi padre, haciendo,
que su venida y su enojo
interrumpiesen mi intento,
á Don Henrique mi amigo,
á quien en lazos estrechos,
desde los primeros años
me unió la amistad y el deudo,
le pedí, que con mi nombre

fuese á su casa, supuesto
que mi prima ni su hermano
no me han visto; que, teniendo
para su abono las cartas
de mi padre, el fingimiento
era facil, pues, ahunque
mi padre vendrá, en viniendo
la dispensacion, que esperan,
esa no vendrá tan presto,
y asi dispondré mejor
el logro de mis desvelos.
Dixele, que por mi cuenta
quedaba el fin de este enredo,
y el, sin atender á mas
que á mi gusto y á mis ruegos,
en todo me obedeció,
despues que de sus consejos
despreciaron mis locuras
prudentes advertimientos.
Quince dias ha, que Henrique,
con mi nombre está siguiendo
mi engaño, y quince que solo
de noche podemos vernos.
Bien sé, que podrás decirme,
que estoy loco, introduciendo
en la casa de mi prima,
á quien con nombre de dueño
su voluntad ocasione,

pues para amantes empeños
les dan motivo y disculpa
el nombre, el trato y el tiempo.
¿Pero de qué me reprehendes,
si no ignoras el intento,
con que vine, por librarme
de ese aborrecido empleo?
Ahun libre, no recelára
ese daño; quanto menos
ahora, que estoy de amante
disculpadamente ciego:
y enmedio de que conozco,
que ha sido grande este yerro,
de lo que en él aventuro,
me finge algunos consuelos.
Porque, supuesto que yo
no tube jamás intento,
de casarme con mi prima,
bien mirado, considero,
que ya es preciso, casarse
con Don Henrique, en sabiendo
nuestro engaño, con lo qual
queda libre mi deseo,
y en Henrique y en mi prima
queda cabal el acierto.
Quedéme en fin á servir
mi Gitana; pero viendo
desde su mismo rigor

la fineza de mi afecto,
fuese obligada ó piadosa,
con vivo ayroso despejo
me dixo ahier, que en su trage
enamorado y resuelto
la siguiese, si queria,
que disonase algo menos
á su altivo desenfado
mi desigual rendimiento,
y ya que solo en la dicha
de agradarla habló el acierto.
Hablé á su padre, que al viso
del interés cedió luego,
buscando en su conveniencia
la adulacion de mi intento.
Hoy pues, á dexar mi trage
por el de Gitana, vengo.
Ya, Julio, resuelto estoy.
Baste que diga resuelto,
para que aquí solo sirvan
las réplicas, los remedios,
de solicitar mi enojo,
de fomentar mis afectos,
de provocar mi locura,
de renovar mi tormento,
de endurecer mi porfía,
y de irritar mi deseo;
que el consejo solo puede

obstinar los desaciertos,
quando no es la voluntad,
quien apadrina el consejo;
para que llegue bien quisto,
donde está el entendimiento.

JULIO.

Supuesto que de antubion,
y muy sin llover, y seco
mis consejos menosprecias,
¿hay mas de que engitanemos?
Ya en el arrabal estamos.
¿Quál de aquestos agujeros
es portada del Palacio
de esa deidad?

D. JUAN.

Calla, necio.
Esta es su casa, y Preciosa
la que vés.

JULIO.

Lo que yo veo
es, que el nombre de tu dama
tiene cosas de epiteto.

Salen Preciosa y Juana de Gitanas.

PRECIOSA.

El es. Hoy se ha de vestir
de Gitano, y te prometo,
Juanilla, que es muy galan;

y ahunque rigores le muestro:::

JUANA.

Dí, que le tienes amor,
y no me andes por rodeos.

D. JUAN.

Resuelto me trahe, Preciosa,
á ser tu esclavo el amor,
porque ha hecho tu valor
la esclavitud generosa.
Gitano soy ya por tí;
que es, ahunque poca fineza,
ofrecerte mi nobleza
la parte mas noble en mí.
Ya te obedezco: y ahunque es
en tan dichoso cuidado
mi amor el interesado,
si puede en un interés
ser merito la obediencia,
hallarte agradable, es justo,
pues me ha trahido tu gusto.

PRECIOSA.

¡No bastará mi licencia!
¡Yo gustar! Donoso enfado.
Mal mi altivéz conoceis.
Decir, que le mereceis,
es, no merecer mi agrado.
Verdad es, que os dixe yo,
que esto hiciesedes por mí;

mas eso fue, porque alli
vuestro amor lo mereció.
Y como mi resistencia
obligada llegó á verlo,
juzgo, que, con merecerlo,
me pidiesedes licencia.
Darla, el deciroslo, fue;
y ahun con deciroslo asi,
no digais, que yo os la dí,
sino que no os la negué.

D. JUAN.

Ya culpo á mi pensamiento,
por vér, que en mí mi aficion
no halló esta accion, si esta accion
es parte de rendimiento.
Tú fuiste, Preciosa bella,
quien le acordó á mi cuidado
la deuda de haberte hallado,
y es corta paga el hacella.

JUANA.

¡No hay sino llegar y dalle!

JULIO.

¿Pues á qué somos venidos?
¿Quisieras que con gemidos
embarazára este valle?
¿Que de amor en testimonio
á gemidos encendiera
el ayre? ¡Qué mas hiciera

un suspiro del demonio!

JUANA.

Gemidos, no son razones:
suspiros, siempre son mudos;
ahun si gimiéra en escudos,
y suspirára en doblones,
vaya. Mas que luego diga
un barbado „¡ay santos cielos!“
eso ahun entre mis avuelos
era moneda sin liga.
Ya no pueden esos tiros
derribarnos y vencernos:
tambien vino por los tiernos
la bala de los suspiros.

JULIO.

Reyna, mucho me pedís.
Vuelvome á vuestro desdén.

PRECIOSA.

Pues lo habreis mirado bien,
y ya resuelto venís,
voy por mi padre. Vén, Juana,
conmigo.

D. JUAN.

Gustoso espero.

JUANA.

A Dios, pedante escudero.

JULIO.

A Dios, pidiente Gitana. *vanse.*

Por Dios, que en viendo la suya;
la bellaca me envistió;
pero entiendoselas yo,
como muy hombre. La tuya
con despejo y con donayre
en amores hablaria;
mas vive Dios, que la mia
hiende una bolsa en el ayre.
¿Cómo con ella te fué?

D. JUAN.

¡Ay Julio; loco me tiene!

JULIO.

Oygan, con lo que me viene;
eso ya yo me lo sé.
¿Mas ya que asi te atropella,
no sabriamos, qué tanto
ha de durar este encanto,
de ser Gitanos por ella?

D. JUAN.

Hasta lograr mi intencion,
seguirémos este engaño.

JULIO.

No será ello este año;
porque es tal su condicion,
tan áspera y tan mohina,
que por hacer un desdén,
se dexará querer bien
de un niño de la Doctrina.

Salen Preciosa, Juana, Maldonado, Gitano viejo, Sancho y Diego Gitanos.

MALDONADO.

Lindo páxaro cojemos.
Preciosilla le ha cazado.

SANCHO.

Bien lo merece Preciosa,
que es de hermosura un milagro.

MALDONADO.

Don Juan, bien venido seas,
¿En fin ya determinado,
á ser de los nuestros, vienes?

JUANA.

Vengo, amigo, deseando,
serviros con todas veras.

MALDONADO.

¿Quién te acompaña?

JUANA.

Un criado,
que ha de estár conmigo. Llega,
Julio.

JULIO.

Yo llego, y demando
con humildad y obediencia
de este Convento al Prelado,
que me exâmine y admita
á novicio de Gitanos.

DIEGO.

¡La burla que hace el buen Julio!

JULIO.

Yo no hago tal, sino escarnio.

SANCHO.

Pues sepa, que es muy estrecha
esta Religion, hermano.

JULIO.

Ya lo sé. Y mas, si nos cojen,
y nos apresan los quartos
con tres vueltas de tormento,
y nos estiran el garbo.

JUANA.

No sé, por qué le desdeñas, *A Preciosa.*
pues ya con excesos tantos
su nobleza á tu humildad
pudiera haber obligado.

PRECIOSA.

Ya tú pudieras dexar
de ser bachillera, dando
meritos á su nobleza,
y á mi humildad desengaños.
Noble es Don Juan; mas lo noble
no merece, ser amado.
Lo amante en él es la parte,
que agradece mi recato.
Humilde soy, y hoy lo humilde:::
¡Oh quánto he sentido, oh quánto,

que me acuerdes, que lo soy;
que en mi altivo desenfado,
ahunque negarlo no puedo,
es modestia, el confesarlo!
Humilde, Juana, nací.
Oh fiera ley de los hados;
ya que agraviaste mi ser,
no conociera mi agravio.
Dierasme humilde tambien
el alma; pues, bien mirado,
dar alma noble á un humilde,
es un beneficio ingrato.
¡Mas qué es esto, que en el mundo
introducido dexaron
nuestros padres! ¡Qué nobleza
es esta, que há siglos tantos,
que heredada califica!
¡Cómo del linage claro
se hace propio el valor,
si es ajeno el heredado!
¿Qué es posible, que el nacer
puede hacer nobles? ¡Oh humano
error, por qué ciego hiciste
nobleza, hija del acaso!

JULIO.

De suerte, que mi señor
se llama Andrés y yo Hernando,
y hemos de hurtar y callar.

Por los dos nombres yo paso;
mas los dos verbos, por Dios,
que no los pase un balazo,
porque ya me considero
en un potro mal domado,
en cuya caballería
me hacen, que por debaxo
de la cuerda les confiese
sin contricion mis pecados.

MALDONADO.

Yo sé, Hernando, que lo hareis.

D. JUAN.

No hagaís de esas burlas caso,
que en Julio y en mí tendreis
dos obedientes Gitanos.
Por Dios, que me mueve á risa, *ap.*
el verme á mí tan hallado
entre esta gente. El amor
me rindió por modo extraño.

MALDONADO.

Ya que esto ha de ser, dexemos
estas burlas: y tú, Sancho
trahe aquellos dos vestidos,
que Andrés Diaz, y Juan Bravo,
la noche que los prendieron
en mi rancho se dexaron,
para que Hernando y Andrés
se vistan. Tú, Diego, en tanto *ap.*

los desnuda, y lo que trahen
guarda, porque lo vendamos.

JULIO.

De paz nos roban, por Dios;
mas vamonos desnudando.

JUANA.

¡Que no saque esta fineza
de tí siquiera un agrado!

PRECIOSA.

¡Ay Juana, que ya obligada,
confieso, que voy temblando!

Al quitarse Don Juan la ropilla, se le cae el retrato de Doña Isabél, y le alza Julio.

¿Mas qué es aquello, que ahora
se le cayó, y el criado
ha encubierto? ¡Ah recelos!

JULIO.

Tú tienes lindo cuidado. *á él.*

PRECIOSA.

¿Qué es eso, Hernando, que ocultas?

JULIO.

No es nada: es un Relicario.

D. JUAN.

Desgracia notable ha sido.

PRECIOSA.

Pues damele.

JULIO.

Ha muchos años,
que dura, y tiene la tinta
vieja, y el viril quebrado.
No le veas.

PRECIOSA.

Linda flema. *quitasele.*
¡Mas qué es esto!

JULIO.

Es un retrato
de una santa extravagante,
muy devota de mi amo.

PRECIOSA.

Una dama es, que en el pecho
tiene una cifra.

JULIO.

Oyga el diablo,
ya ha reparado en las letras.

D. JUAN.

Confieso, que estoy turbado.

JULIO.

¡Qué tal está la Gitana,
y qué qual está mi amo!

MALDONADO.

¡Qué haya sucedido ahora
este hazar!

SANCHO.

Callad, y veamos,

si saben los caballeros
mentir como los Gitanos.

D. JUAN.

Preciosa, advierte, que si:::
Mira::: Temo su rigor.
Desgracia fue de mi amor
traher el retrato aqui.
Sabe el cielo, que por tí:::
¡Qué mal disculparme quiero!

PRECIOSA.

En vano, Don Juan, te espero
en tu verdad disculpado,
que quien comienza turbado,
no acabará verdadero.
Palabras te dá violento
tu haliento en esta disculpa,
y tu voz, viendo tu culpa,
tropieza en tu mismo haliento.
Al mas afectado acento
falta la pronunciacion,
y ahun tu misma turbacion
mal pronunciada te oí;
porque no hay palabra en tí,
que se atreva, á ser razon.
Sosiega el haliento, y mira,
que en vano, á mentir, te atreves,
pues á tu voz no le debes
ahun entera una mentira.

D. JUAN.

Mal la turbacion te admira,
que ocasiona mi lealtad.
No solo la falsedad
á turbar la lengua viene;
que tambien en ella tiene
sus peligros la verdad.
Ese retrato parece,
que de mí quiso vengarse:
ó fue el caer, apartarse
del pecho, que le aborrece.

PRECIOSA.

Y esa disculpa merece
otro enojo mas. Bien ví,
que de tí se apartó aquí.
¿Mas tú, que le aborrecias,
en el pecho le trahías
para apartarle de tí?
¿Ah Don Juan?

D. JUAN.

Descuido fue;
porque Julio:::

PRECIOSA.

No prosigas.
¡Amas Don Juan, y me obligas
con descuidos de tu fé!
¡Cómo, si tu culpa fue,
á mas furor no me irrito!

¡Cómo tu disculpa admito,
si es ofensa la disculpa:
ó, qué espero, si una culpa
disculpas con un delito!

JULIO.

Por Dios, que el diablo anda listo.

D. JUAN.

Todo ha sucedido mal.

PRECIOSA.

Vamos, Juana. Voy mortal.
¡Oh quién no le hubiera visto!

D. JUAN.

Tente, mira:::

PRECIOSA.

Apartate.

D. JUAN.

Tú no te has de ir, sin oírme.

PRECIOSA.

Pues bien. ¿Qué puedes decirme?

D. JUAN.

Mi desdicha.

PRECIOSA.

Ya la sé.
¿Quieres mas?

D. JUAN.

Que el desengaño
veas.

PRECIOSA.

¡No le he visto!

D. JUAN.

No.

PRECIOSA.

Bien esta. Esto se acabó.

D. JUAN.

¿Y mi pasion?

PRECIOSA.

¿Y tu engaño?

D. JUAN.

Mi amor verás.

PRECIOSA.

Ya sé, que es
el mas falso.

D. JUAN.

Es el mayor.

PRECIOSA.

Bueno estubiera el amor.

D. JUAN.

Despues, mi bien::

PRECIOSA.

No hay despues.
Ya no has de verme jamás.

D. JUAN.

¿Pues he de perderte?

PRECIOSA.

Sí.

¿Pero qué te importa á tí?

D. JUAN.

Me importa, el vivir.

PRECIOSA.

¡No mas!
Pues no vivas. Juana, vamos.

D. JUAN.

¡Que asi tu rigor me dá
la muerte!

PRECIOSA.

Me cansas ya.

D. JUAN.

Pues tú me:::

PRECIOSA.

Dirás, que estamos
pagados. Don Juan, á Dios;
que ya lo sé.

D. JUAN.

Iré tras tí.

PRECIOSA.

Oyes, no pases de aquí;
que nos pesará á los dos.

Vanse las dos.

D. JUAN.

Oye. *vase.*

JULIO.

Isabél es dichosa;

que ha salido su retrato
de las manos de un ingrato,
y dió en las de una zelosa. *vase.*

MALDONADO.

Esperemos á la vista,
si hacen las paces.

SANCHO.

Es diablo.
No habrá, acallarla.

Salen Don Pedro, Barba y Martin.

D. PEDRO.

Confieso,
Martin, que vengo cansado.
¿No es Santa Barbara aquella?

MARTIN.

Sí, señor.

D. PEDRO.

En este barrio
ha de vivir Don Alonso,
de Doña Isabél hermano,
en cuya casa Don Juan
mi hijo estará hospedado;
pero yo no quiero verlos
de esta suerte.

MARTIN.

Ahunque fue extraño
suceso, quebrarse el coche,

fue dicha tambien del caso,
que se quebrase tán cerca.

D. PEDRO.

De la mañana y el campo
quise gozar, con venirme
á pie.

MARTIN.

Ya estaban tratando
de adrezarle, y no podrán
tardar.

D. PEDRO.

Yo quiero entretanto
entrarme, á esperar en casa
de Don Diego de Alvarado,
mi amigo, que ha de vivir
aqui cerca, ahunque no acabo
de conocer estas calles.

MARTIN.

Aqui he visto unos Gitanos.
Ellos lo dirán. ¿Amigos,
sabreisme decir acaso,
dónde vive por aqui:::

MALDONADO.

¿Quién?

MARTIN.

Don Diego de Alvarado.

MALDONADO.

Vive enfrente de los Pozos

de la Nieve. Oygan el diablo
de la moza. ¿No la veis,
como huye y le ha dexado?
Vamos, á hacer estas paces;
que se nos vá de las manos
el páxaro. ¿Ah Preciosilla?

MARTIN.

Esperad.

MALDONADO.

Buenos estamos.
Atajala, Diego: y tú
adoba tus desagrados,
mientras yo del nuevo Andrés
las esperanzas apaño. *vanse.*

MARTIN.

Tras una Gitana van.

D. PEDRO.

Esta es rara gente. Vamos
á la casa de Don Diego.

MARTIN.

¿No fuera mejor, entrarnos
en casa de tus sobrinos?

D. PEDRO.

¿No vés, que será asustarlos?

MARTIN.

Dime tú, que como eres
padre del novio, y á un lado
te ciñes lo caballero

de Ciudad, tendrás por caso
de menos valer, entrar
sin sequito y sin boato.

D. PEDRO.

¿Y eso tambien, te parece,
que no es justo, repararlo?
La primer vista se lleva
la gala. No fuera malo,
habiendo venido en coche,
entrar á pie y sin criados. *vanse.*

D. ALONSO *dentro.*

No os vais, Don Juan.

D. HENRIQUE *dentro.*

Aqui espero.

Salen Don Henrique y Fabio.

FABIO.

Doña Isabél te llamó
por señas.

D. HENRIQUE.

¡Ay Fabio, yo
no entiendo el mal de que muero!

FABIO.

Tú tienes, señor, la culpa
de tus penas.

D. HENRIQUE.

Es verdad;
mas, si miro á mi amistad,
hallo en ella la disculpa.
Don Juan aquí me ha enviado:
yo por su gusto he venido,
y con su nombre he seguido
el engaño, que he trazado.
El riesgo no es de dudar;
porque me tienen por él
Don Alonso é Isabél,
y esto no puede durar.
El su pasion apetece,
y á su gusto solo atento,
aborrece el casamiento,
porque á su prima aborrece.
Yo, que su rara hermosura
desde mas cerca he mirado,
del principio de un cuidado
tengo el alma mal segura.
Ella, viendo mis tibiezas,
nacidas de mi amistad,
mi dormida voluntad
despertó con sus finezas.
¿Qué busca, amor, tu porfia
en mi afecto bien nacido?
¿O, qué fuerza tuya ha sido
esta resistencia mia?

Si yo:::

FABIO.

Don Alonso viene.

Sale Don Alonso.

D. ALONSO.

¿Don Juan?

D. HENRIQUE.

¿Don Alonso, amigo?

D. ALONSO.

Lo que os decia prosigo.

D. HENRIQUE.

Ya mi atencion se previene
segunda vez.

D. ALONSO.

Con mi hermana
me he detenido. Escuchad
culpas de mi voluntad
con disculpa soberana.

D. HENRIQUE.

Hermosura y discrecion
pintabais en un sujeto.

D. ALONSO.

No debe nada os prometo,
su alabanza á mi pasion.
Quantos la vén, han amado
su rara beldad; y el que
mas sin ambicion la vé

no se excusa de admirado.
Yo, sin juzgarlo fineza,
al mirarla, me rendí;
tan pródiga andubo allí
con mis ojos su belleza.
Ya sé, que habeis de admiraros,
Don Juan, si os digo, que ha sido
la hermosura, que rendido
acabo de exâgeraros,
una Gitana.

D. HENRIQUE.

Esta fue, ap.
á quien se rindió Don Juan,
sin duda. Creciendo ván
los riesgos que imaginé.
¡Quién pudiera disuadirle
de este amor!

D. ALONSO.

Ya, Henrique, veo,
que culparéis mi deseo,
intentando corregirle
con razones; pero bien
sabeis la fuerza de amor.

D. HENRIQUE.

Bien conozco su rigor;
pero conozco tambien,
Don Alonso, que pudiera
templarse vuestra cordura.

No es disculpa una hermosura
de una voluntad ligera.
El entendimiento, es justo,
que modére una pasion,
y no dexar la eleccion
toda en las manos del gusto.
Una Gitana bastante
empeño, pienso, que fuera,
que deseoso os tubiera,
mas no que os tubiera amante.

D. ALONSO.

Antes de verla, confieso,
que era de vuestra opinion,
y que en otro esta aficion
la tubiera por exceso;
mas todos eso decimos,
antes de amar, y despues
lo mas disculpado es,
lo que mas reprehendimos.
No caben juicio y pasion,
antes nos llega á costar
diligencia, el excusar
avisos de la razon.
Pero vereis la Gitana;
que ya he enviado por ella;
porque ha deseado vella,
de mí informada mi hermana;
y entonces vuestro rigor

A vista de su hermosura
podrá juzgar, si es locura
muy disculpable su amor.
Mas ya ha llegado mi hermana.
Aqui podeis aguardar,
mientras yo voy á tratar,
de que venga mi Gitana. *vase.*

Sale Doña Isabél.

D. ISABEL.

¿Don Juan?

D. HENRIQUE.

¿Isabél hermosa?
Ya se hallaba mi atencion
sin tan bella ocupacion
cansada de muy ociosa.
La vista estaba ambiciosa,
de hallarte, y ella ha podido
decir solo, que ha vivido
al mirarte; porque en mí
está, despues que te ví,
toda el alma en un sentido.

D. ISABEL.

Dexadme extrañar, Don Juan,
quando tengo hecho el oído
á tibiezas de marido
estos visos de galan.
Mal enseñadas están

mis confianzas.

D. HENRIQUE.

¡Qué oí!
¡Vos desconfiásteis!

D. ISABEL.

Sí.
Pero, atendiendo á los dos,
lo que puedo hacer por vos,
es, desconfiar de mí.
Confieso, que mi sentido
no alcanzaba ese primor,
de hacer callado al amor
en el tiempo de admitido.
Primor debe de haber sido;
pero con riesgo de ingrato,
y ya pensaba el recato,
para acallar mis enojos,
que apelaban vuestros ojos
á la hermosura del trato.

D. HENRIQUE.

Los dias que á mi tibieza
has atribuido, son
los que dí á la admiracion
de mi dicha y tu belleza;
y asi fue amor, fue fineza,
el callar, y es argumento
de mas vivo rendimiento,
que está, quando más callado

el amor mas pronunciado
de la voz del sentimiento.

D. ISABEL.

Luego con decirle, mas
de la fineza te alexas;
mas, quando el silencio dexas,
merito al silencio das.

D. HENRIQUE.

Es verdad; pero ya estás:::

D. ISABEL.

Dexalo; no sutilices
con silencios infelices;
sino es que decirme intentes,
que pregunte, á lo que sientes,
para aquello que no dices.

Hablan aparte, y salen Don Alonso, Preciosa y Juana.

PRECIOSA.

De suerte, señor, galan,
que quereis, que os diga yo,
por qué razon os desprecio:
¡Linda pregunta, por Dios!
¿Por qué me amais vos á mí?

D. ALONSO.

¡Notable resolucion! *ap.*
Porque os ví, y vuestra hermosura
sin libertad me dexó.

PRECIOSA.

Pues, si puede una hermosura
hacer violencia á un amor,
tambien puede una fealdad
hacer un odio razon.

D. ALONSO.

¡Raro despéjo!

PRECIOSA.

No es
costosisima pension
de una hermosura un amante;
y mas, quando todos son
como Don Juan. ¿Pero á mí
qué me importa, si él error
su delito le castiga
mucho mas que mi rigor?

D. ALONSO.

Aqui tienes, Isabél,
la Gitana, que agravió
mi alabanza. Mira, hermana,
si el cielo en su perfeccion
la inmensidad de sus dones
lucidamente abrevió.

D. ISABEL.

¡Rara hermosura!

D. HENRIQUE.

Muy corta
fue vuestra exâgeracion.

PRECIOSA.

Si yo fuera como todas,
viendo, que decís las dos,
que soy hermosa) dixera
con gran disimulacion,
ustedes me hacen merced,
que no lo merezco yo.
Pero fuera necedad,
mentir en mi disfavor,
y error, desmentir el gusto,
de quien me favoreció;
porque hay mujer, que muy falsa,
al que hermosa la llamó,
quando siente, que es verdad,
dice, que es adulacion.
Y aquesto no es humildad,
sino una loca ambicion,
de que otra vez le repitan
lo mesmo, que ántes negó.
Y asi, á la hermosa que dice,
que no lo es, á media voz
creerla, y por aquel rato
dexarla tener razon.

D. ISABEL.

Cierto, que tienes donayre.

PRECIOSA.

Mirando esta dama estoy,
y me parece que ya

la he visto otra vez; mas no
se me acuerda, donde fue,
y sin saber la ocasion,
me parece, que me importa
saber, quien es.

D. ALONSO.

Mi pasion
crece en todas sus acciones.

PRECIOSA.

Confusa de verla estoy. *ap.*

D. ISABEL.

¿Sabes la buena ventura?

PRECIOSA.

¿Qué Gitana la ignoró?

Tomala la mano, y habla ceceando.

Vaya de Gitanería.
Ea, manos á labor.
¡Oh qué buena cara tiene!
Niña, bendigate Dios!
Dame, para hacer la cruz.

D. ISABEL.

¿No será bueno un doblon?

PRECIOSA.

Bueno será como un oro,
y si el tal fuere traydor,
no perderá nada; digo,
si caras tubiese dos.

¡Ay galanaza, qué ojitos
tienes! Tan matantes son,
que no es posible decillo.
Micericordia de Dios.
Muchos te quieren, y á tí
entre uno y otro amador,
como la hojita en el arbol
se te anda el corazon.
Mas dexemos disparates,
que solo el vulgo creyó,
que le he de decir verdad.
Todas estas rayas son
señales, de que la mano
muchas veces se cerró.

D. ISABEL.

Bien dices.

PRECIOSA.

¿Mas que acerté?

D. ALONSO.

Donayre tiene, por Dios.

PRECIOSA.

Esto es verdad; lo demás
solo ha sido introduccion
de nuestra codicia; que
juzgar, que el hado dexó
indice de sus secretos
en la mano, es un error
mas llano, que quantas palmas

la simplicidad rayó:
y caso que fuera cierto,
el saberla, juzgo yo,
que es excusado, porque
lo previsto en esta accion
há de ser dicha, ú desdicha;
y si es dicha, lo mejor
de ella, es llegar ignorada:
pues quien, antes que llegó,
la supo, esperando alegre
su dichosa posesion,
el gozo de recibirla,
con la esperanza partió;
y si es desdicha, el saberla,
es padecer su rigor,
desde que se teme; pues
á una desdicha el temor
le dobla lo riguroso,
y le aumenta lo velóz.

D. ISABEL.

¡Que esto sepa una Gitana!

D. HENRIQUE.

Cierto, que es admiracion.

PRECIOSA.

Otra vez vuelvo á mirarla,
y otra vez desvaneció
lo fragil de mi memoria
el cuidado á la atencion.

D. ALONSO.

Pues entre todas las gracias
que has visto, no es la menor,
el baylar.

D. HENRIQUE.

Estos afectos
de Don Alonso, me son
embarazosos de parte
de Don Juan.

D. ALONSO.

Este favor
me has de hacer.

D. ISABEL.

¿Quieres baylar,
Preciosa?

PRECIOSA.

¿Pues por qué no?

D. ALONSO.

Vayan por una guitarra.

PRECIOSA.

Y templenla allá, por Dios.
Mas ya sé, donde la ví. ap.
No en vano me pareció,
que me importaba, el saber,
quién es. ¡Ah Don Juan traydor!
Aqui traygo aquel retrato;
y para saber mejor
si es verdad, tengo de hacer:::

JUANA.

Las castañetas te pon.
¿En qué estás tan divertida?

PRECIOSA.

Buscandolas, Juana, estoy.
De este modo lo sabré.
Dexa caer el retrato, y alzale
Doña Isabél.

D. ISABEL.

Mira, que se te cayó.
¡Mas qué véo! ¿Este retrato
no es mio?

D. ALONSO.

Tienes razon;
y el que dí á Don Juan. La cifra
lo dice.

D. HENRIQUE.

Perdido soy.
Don Juan se le dió sin duda,
y á mí me culpan los dos.

PRECIOSA.

„El que dí á Don Juan“? no dixo?
Cierto mi agravio salió. *ap.*

D. ALONSO.

Disimula hasta despues.

D. ISABEL.

Bien dices. Sin vida estoy!

D. ALONSO.

A mi me ofende dos veces,
en mi hermana, y en mi amor.

D. ISABEL.

A mí me dobla el agravio,
el ver su baxa eleccion.

PRECIOSA.

A mí me injuria su engaño,
y me ofende mi dolor.

D. ISABEL.

Otro dia baylarás,
Preciosa.

PRECIOSA.

Con otro humor
volveré quizá.

D. ISABEL.

Está bien;
vuelve otro dia; que yo
quiero feriarte otra alhaja
á ésta, que se te cayó.

PRECIOSA.

Oyes, la alhaja y el dueño
de la alhaja:::

D. ISABEL.

¿Qué?

PRECIOSA.

Te doy.

D. ISABEL.

Vén, Don Alonso.

D. ALONSO.

Pesares,
yo vengaré mi dolor.

D. ISABEL.

Yo apuraré mi sospecha.

PRECIOSA.

Yo ajustaré mi razon.

D. HENRIQUE.

Bueno quedo. ¡En qué de riesgos
vá tropezando un error!
Pero á mí solo me toca,
no crecer en mi pasion.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Don Juan y Julio de Gitanos.

JULIO.

Buena la hicimos. Apenas
habrá una hora cabal,
que por nuestras grandes culpas
engitanamos, y ya
nos comemos de tramoyas
y embustes.

D. JUAN.

¡Qué necio estás!
Dime, lo que ha sucedido.

JULIO.

Lo que sucedido ha,
es, que tu piedra Preciosa:::

D. JUAN.

Dilo.

JULIO.

ha venido á encontrar
por la pinta del retrato

con la piedra original.

D. JUAN.

¡Qué dices!

JULIO.

Que me lo ha dicho,
y que ya tomando está:::

D. JUAN.

¿Qué?

JULIO.

los Cielos con las manos.

D. JUAN.

Todo ha sucedido mal.

JULIO.

Mira qué es, lo que has de hacer.

D. JUAN.

No lo sé; que, ahunque la está
adorando sin arbitrio
mi obstinada ceguedad,
no dexo de conocer,
que fuera yerro, fiar
de una mujer como ésta
una accion tan incapáz
de disculpa, como haber
fingidole otro Don Juan
á mi prima.

JULIO.

Pues, señor,
no hay cosa, como negar.

Però ella viene.

D. JUAN.

¡Que pueda
un afecto desigual
mas que la razon!

Salen Preciosa y Juana, y pasan sin mirar.

No mires:
pasa de largo.

D. JUAN.

¡Te vás,
sin hablarme!

PRECIOSA.

¡Que se use
este modo de engañar!

D. JUAN.

¿Qué tienes, Preciosa?

PRECIOSA.

Juana,
¿no se lo dixiste ya
al criado?

JUANA.

Y le conté
todo el suceso cabal.

PRECIOSA.

¿Pues para qué lo pregunta?
Vén conmigo. A Dios, Don Juan.

D. JUAN.

¿Dónde vás?

PRECIOSA.

¿Quieres dexarme

D. JUAN.

Tú no te has de ir, sin oirme.

PRECIOSA.

Pues bien, ¿qué puedes decirme,
que no sirva; de irritarme?
Esperar un enojado,
en una evidente culpa,
que le dén una disculpa,
y quando mas injuriado
darse á la quexa tan tibio,
que de ella aliviar se dexa,
ó es desprecio de la quexa,
ó es ambicion del alivio.

JULIO.

Si tú no quieres oír,
y él quiere hablar, no habrá medio.
¿Pero quereis un remedio?
A todos oygo decir,
que el silencio dá razon
de sí con brava advertencia,
y que es con mucha eloqüencia
un callado Ciceron;
pues, si quiere tu desden
explicarse, y tu lealtad,

responder, los dos callad,
y yo callaré tambien.
Tu silencio al de Don Juan
riña: el de Don Juan muy frio
busque disculpas: el mio
meta paz, y asi estarán
muy gustosos los oyentes,
oyendo con atencion
en muda conversacion
tres silencios eloqüentes.

D. JUAN.

Calla, necio.

JULIO.

Convencella
no ha de poder; que Preciosa
está con razon quexosa,
y Don Juan sin culpa. Ella
de sus zelos informada,
conoció á Doña Isabél
viendola pintada, y él
no la puede ver pintada.
Cada qual en su qüestion
con razon es pertinaz;
pues el diablo ponga paz
á dos, que tienen razon.

D. JUAN.

¿Cómo templaré tu enojo
en tan infelíz estado?

Si callo, quedo culpado;
si me disculpo, te enojo:
pero el callar mi disculpa,
es accion mas generosa,
porque ese enojo, Preciosa,
pues con él estoy sin culpa,
no soy yo quien te le dí;
tu rigor se lo tomó;
mas si me disculpo yo,
soy quien te enojo; y asi,
pues alli tu enojo fue,
sin dar yo ocasion, y ya
mi disculpa te la dá,
de los dos enojos, que
formar tu rigor porfia,
me ha parecido mejor,
evitar á tu rigor,
el que nace de accion mia.

PRECIOSA.

Buen genero de disculpa
es, no poder disculpar
una culpa, y luego hallar
fineza en la misma culpa.
Obligarme cauteloso
quieres con ella: ¡oh qué enfado!
¡Siempre ha de hacer un culpado
su delito misterioso!
Como sabes, que el fingir

aqui no te ha de valer,
disculpa quieres hacer,
de no quererla decir.
Mas, pues asi no me obligas,
esa salida no esperes;
que ahora, porque no quieres,
quiero yo, que me lo digas.

D. JUAN.

Digo, Preciosa, que yo
no he visto aqui tal mujer;
ni tú la pudiste ver;
que tu vista te engañó;
y que aquel retrato:::

PRECIOSA.

Dexa
disculpa tan engañosa,
porque ya estoy tan quexosa,
que ahun no mereces mi quexa.
¡Para aquesto prevenia
tu engaño atencion! ¿No vés,
que el negar la culpa, no es
disculpa, sino porfia?
Al arrojar el retrato,
su dueño y el tuyo ví,
y quexas suyas oí,
que le acusaban de ingrato.

JULIO.

Mal las manos me andarán,

ó ha de quedar satisfecha,
Preciosa de su sospecha,
sin peligro de Don Juan.
Aquí está Julio obligado,
á socorrer á los dos;
que ya diz, que está de Dios,
que en la comedia el criado
ha de ser busca-remedios
para qualesquier fracasos;
y asi, siguiendo los pasos
de nuestros articomedios,
vista vuestra causa, digo,
que hoy, para reconocer,
si esta dama, que dá, en ser
zizaña de vuestro trigo,
es dama de mi señor,
ó si Preciosa se engaña,
vais en cas de la zizaña
los dos, espías de amor.
Tú puedes llevarle allá;
y será prueba bastante,
porque ella, si él es su amante,
luego le conocerá,
y quedará descubierto
su engaño; mas si contigo
no quisiere él ir, yo digo
desde aqui, que todo es cierto,
que es su amor un fementido,

y que merece muy bien,
que le ahorque tu desdén
en el rollo del olbido.

D. JUAN.

En la casa de mi prima *ap.*
nadie me conocerá,
sino es Henrique mi amigo.
Bien lo ha pensado.

JULIO.

Si él vá,
es señal, de que te engañas.

PRECIOSA.

Yo pagaré la señal,
si él fuere.

JULIO.

¿Qué dices de esto!

D. JUAN.

No es buen medio.

JULIO.

¿En qué pensais?

D. JUAN.

Yo iré, si Preciosa gusta.

PRECIOSA.

Buena es la condicional.
Oyes, sí gusta Preciosa,
mas tú no te atreverás.

JULIO.

Cayó. Para convencer,

no hay cosa, como engañar.

D. JUAN.

¿Y quedarás satisfecha,
si no me conoce?

PRECIOSA.

Allá
se verá, en qué finca tiene
sus réditos su verdad.

D. JUAN.

¿Quándo irémos?

PRECIOSA.

Luego al punto.
¿Querías emperezar,
y que el siglo de culpado
te durára un poco mas?

D. JUAN.

Vamos pues.

PRECIOSA.

Vamos.

D. JUAN.

Amantes,
mis locuras disculpad.

PRECIOSA.

Recelos, mucho doleis. *ap.*
Plegue al cielo, que mintais. *vanse.*

JULIO.

Oyes Juana, ¿los del arte:::

JUANA.

Diga.

JULIO.

¿entramos sin pagar?

JUANA.

¿Sabe latin?

JULIO.

No lo sé.

JUANA.

Pues mire, no hay *plus*, no hay mas.

JULIO.

¿Y no puede esta persona
merecer, sin esquilmar?

JUANA *ceceando.*

No entiendo esa algarabia.
Oyga estotra, seor galan.
Entre nosotras, carita
de rosa, á medio pisar,
ocho quartos y un ochavo
tienen persona real.

JULIO.

Vamos; que allá nos veremos.

JUANA.

Muy lexos va usté de allá. *vanse.*

Salen Doña Isabel y Don Henrique.

D. ISABEL.

¿No es mio el retrato?

D. HENRIQUE.

Si.

D. ISABEL.

¿No es, el que yo te envié?

D. HENRIQUE.

¿Cómo negarlo podré?

D. ISABEL.

Pues bien; ¿qué quieres de mí?

D. HENRIQUE.

Que me escuches. ¿Quién pudiera
encarecer su pasion?
Mas no ha de ser. Corazon,
calla, y quien muriere, muera.

D. ISABEL.

No sé, en que te divertiste.
Mira, si has de disculparte,
que el callar era escucharte,
y tú no lo conociste.

D. HENRIQUE.

(Sin mí estoy.) Deberte espero,
que creas:::

D. ISABEL.

Dexame á mí.
¿Quieres disculparte?

D. HENRIQUE.

Si.

D. ISABEL.

Pues esto has de oir primero.

Tan baxa mi ofensa fue,
que no la he creido yo;
que entonces no se rindió,
ahunque flaqueó mi fe;
porque, puesto que toqué
mi agravio con mi experencia,
y en una y otra apariencia
se acreditó de verdad,
perdió en mi incredulidad
muchas fuerzas la evidencia.

D. HENRIQUE.

Mas quisiera, ya que ha sido,
(no sé, por Dios, qué decir)
dicha mia, el conseguir
esta piedad de tu oido,
que tu lo hubieras creido.
¿Mas dónde vas, turbacion?
O perdone tu atencion,
ó agradezca tu piedad,
que empezé la necedad,
y no acabé la razon.
Ese retrato, que en mí
mas penas cifró, que en él
perfecciones el pincel,
copia acertada de tí,
me faltó, en llegando aqui
con otras joyas. Sería
muy posible, que aquel dia

algun Gitano le hurtase,
y asi á las manos llegase
de aquella, que le tenia.
Esto me ha ocurrido.

D. ISABEL.

¿Y es
disculpa, haberle perdido?

D. HENRIQUE.

No lo sé; mas sé, que ha sido
dicha, el hallarle despues.

D. ISABEL.

Mal lo has discurrido; pues,
quando del retrato hurtado
lo que solo has sospechado,
lo tenga yo por verdad,
disculpas tu voluntad,
pero culpas tu cuidado.

D. HENRIQUE.

Averiguarlo podrás.

Sale un criado.

CRIADO.

Aquí está aquella Gitana,
que estubo aquí esta mañana.

D. HENRIQUE.

¡Fortuna mia, esto mas! *ap.*

D. ISABEL.

Ha venido á muy buen tiempo.
Dí, que entre.

D. HENRIQUE.

¡Cielos, con ella
viene Don Juan!

D. ISABEL.

¿Qué te turbas?

D. HENRIQUE.

¡Yo turbarme! No lo creas.

Salen Preciosa, Don Juan, Julio y Juana.

JULIO.

Has de entrar disimulando.

PRECIOSA.

No es menester, que me adviertas.

D. JUAN.

Verás, que no me conoce.

PRECIOSA.

Creerélo, quando lo vea.

D. JUAN.

¿Y qué causa piensas dar,
de volver ahora, á verla?

PRECIOSA.

Eso dexamelo á mí.

D. JUAN.

Dios ponga tiento en tu lengua.

PRECIOSA.

Hermosisima Isabél,
cuya perfeccion afrenta
de tal suerte al mismo sol,

que en la mitad de la fuerza
le hace salir arreboles
á la cara de vergüenza;
hoy, si no lo has por enojo,
hoy me vuelve á tu presencia
la golosina, de ver
esa ampona gentileza,
hablando como soldados:
ese arte lleno de ciencia,
hablando como estudiante:
hablandote como vieja,
tu juventud: y tu cielo,
hablando como poeta;
y, hablando como Gitana,
esa tu carita buena.

D. ISABEL.

Dexate de eso; que ahora
te he menester.

D. JUAN.

¿Quién pudiera
hablar á Henrique?

PRECIOSA.

¡Tú á mí!

D. ISABEL.

Yo á tí, sí. Preciosa, llega.
¿Pero quién viene contigo?

PRECIOSA.

No iré, sin que tu lo sepas.

JULIO.

Si aquí le dice, quien eres,
por Dios, que la hicimos buena.

PRECIOSA.

Este hombre y yo, señora,
venimos sobre una tema
á tu casa. Yo he de hacer,
que le mire muy atenta.

D. ISABEL.

¿Sobre tema?

PRECIOSA.

Si, señora.

D. JUAN.

¿Qué es lo que Preciosa intenta?

PRECIOSA.

Sabrás pues, que el buen Andres,
que buena su vida sea,
diz, que es mi amante. El lo dice:
yo no sé, que verdad tenga.
Bien que el buen Andres, señora,
en llegando á mi presencia,
se turba; y luego con voz
casi líquida de tierna
me dice aquello de ardores,
adoraciones y flechas,
rematando en unos ayes,
que afectando lo que suenan,
diz, que se llaman suspiros,

y encendidos por mas señas.
Hoy pues, por lisonjearme,
dió en porfiar, que yo era
la mas bella de la corte.
Acordéme, de que en ella
estabas, señora, tú.
Dixeselo, y sobre apuesta
venimos, donde lo ha visto.
Digalo él en su conciencia;
que yo estoy apasionada
de parte de tu belleza.

D. ISABEL.

No está mala la humildad.
Parece, que no te acuerdas
de aquello, de que la hermosa,
que habla mal en su belleza,
ó quiere, que lo repitan,
ó merece, que la crean.

PRECIOSA.

Por salir yo con la mia,
tomára, ser yo una negra.
¡Qué atenta lo está mirando! ap.
Mas para que lo atendiera,
era decirla, que estotro
puso duda en su belleza;
pero no le ha conocido.
Confieso, que no me pesa.

D. ISABEL.

Dexemos esto, Preciosa;
que he menester, que en presencia
de Don Juan:::

PRECIOSA.

¿De qué Don Juan?

Mirando á Don Henrique.

D. ISABEL.

De mi primo.

PRECIOSA.

Como quiera
era el sustillo.

D. ISABEL.

me digas
una verdad.

PRECIOSA.

Ahunque sea
contra mí, te la diré;
que, ahunque los Gitanos tengan
opinion de mentirosos,
no hay gente mas verdadera;
porque demás de que á todos,
quando niños, nos enseñan,
á decir verdad y entonces
nos lo ponen en conciencia,
el mentir, entre nosotros,
es mucho mayor afrenta,
que quatrocientos azotes

y diez años de galeras.

JULIO.

¡Bueno es esto, vive Dios,
quando miente á rienda suelta!

PRECIOSA.

Solo reparo:::

D. ISABEL.

¿En qué?

PRECIOSA.

Mira:
la verdad, que menos cuesta,
vale mucho.

D. ISABEL.

Ya te entiendo.
Toma un diamante por ella.

PRECIOSA.

Mas me tiene ella de costa,
sease lo que se sea.
Mas no soy interesable.
Venga el diamante, y empieza
á preguntar; porque en fin,
quien da y pregunta, no yerra.

D. ISABEL.

Dime pues, ¿aquel retrato,
que hoy se cayó en mi presencia:::

PRECIOSA.

¿Dirás, que quien me la dió?

D. ISABEL.

Sí digo.

PRECIOSA.

Y por eso era
tanta prevencion? Escucha,
y, sin que falte una letra,
te diré el como y el quando.

JULIO.

Si ella se lo dice, es fuerza, ap.
que el engaño se descubra.

PRECIOSA.

Digo pues, que Andres :::

JULIO.

¿Qué intentas?

PRECIOSA.

Lindo susto les voy dando. ap.
salió esta mañana fuera,
y apenas habian pasado
dos horas ú dos y media,
quando se volvió, trayendo
de camino una maleta.
No hay duda, que, quien me escucha,
ha de pensar, que esta era
hurtada; mejor le cuelguen,
á quien quiera, que tal piensa.
No fue sino que el Andres
la vió cerca de la cuesta
de Santa Bárbara, sola,

desamparada y esenta;
y, porque alguien no la hurtára,
se la traxo, y dentro de ella
estaba aquese retrato
entre alguna ropa vieja.

D. ISABEL.

Cierto fue, lo que me dixo
Don Juan.

D. HENRIQUE.

Su mentira mesma
vino á encontrar con mi engaño.

D. JUAN.

¡Qué notable es su agudeza! *ap.*

Sale un criado.

CRIADO.

Tu padre, señor Don Juan,
de un coche ahora á la puerta
se está apeando.

D. HENRIQUE.

¡Mi padre!
Gran daño el alma rezela; *ap.*
que es el padre de Don Juan.

D. JUAN.

Mi padre es este. ¡Pudiera
inventar mayor desdicha
el temor!

JULIO.

Aqui nos pescan.

D. ISABEL.

¿Pues como asi se ha venido,
sin avisar?

D. JUAN.

Nada acierta
el valor.

D. ISABEL.

Don Juan, salgamos
á aquella sala primera,
á recibirle.

D. HENRIQUE.

Señora,
primero que aqui me vea,
me importa hablarte, y así
escuchame, mientras llega,
en esta pieza de adentro.

D. ISABEL.

¿Hablarme quieres?

D. HENRIQUE.

Es fuerza,
que dos palabras me escuches.

D. ISABEL.

¡Cielos, qué dudas son estas! *vase.*

D. HENRIQUE.

Don Juan, procura escaparte,
sin que tu padre te vea,
que yo pienso hacer lo mismo. *vase.*

PRECIOSA.

¿Qué es esto, Don Juan? Espera.

D. JUAN.

Haber venido mi padre,
y es preciso, que lo sepa,
y ser mi prima esa dama,
que no me conoce. Afuera
te lo diré: vamos presto.

JULIO.

Ya no es posible; que él entra,
y nos ha cojido vivos.

Salen Don Pedro y Martin.

D. PEDRO.

Como ahora no me esperan,
suspensa estará la casa.

MARTIN.

Pues al llegar á la puerta,
todo lo que pudo, hizo
el coche, porque le oyeran;
pero hácia allí se retiran
unos Gitanos. Espera.
¡Don Juan mi señor no es este!

D. PEDRO.

¿Qué dices?

MARTIN.

Que, ahunque mas quiera
ocultarse, es mi señor.

JULIO.

Ya nos han visto: paciencia.

MARTIN.

¿No ves á Julio con él?

D. PEDRO.

Ya le veo, y miro aquellas
Gitanas. ¿Qué trage es este
de Don Juan y Julio?

MARTIN.

Llega,
sabrás la causa.

JULIO.

Señores,
cayóse la casa á cuestas.

D. PEDRO.

¿Don Juan, pues qué trage es este?
¿Cómo estás de esta manera?

D. JUAN.

¿Señor::? No sé, qué decirle. ap.

D. PEDRO.

¿Qué te turbas?

D. JUAN.

¡Dura estrella!

D. PEDRO.

¿Julio, qué es esto?

JULIO.

Yo encojo
los hombros, suelto las cejas,

frunzo la boca, los ojos
cierro, tuerzo la cabeza,
y digo, que no sé nada.

PRECIOSA.

Lo que aqui mi ingenio intenta, *Ap.*
es sacar de aqui á Don Juan,
y que su padre no entienda
su engaño. ¿De qué os turbais?
¿Ya que importa, que lo sepa
su merced?. Sabrás, señor,
y muy bien venido seas,
que entre la gente de casa,
que aquesta noche celebra
los años de mi señora,
hacemos una comedia
de Cervantes, que se llama
la Gitanilla, y en ella
hace el primero galan,
porque mejor representa,
el señor Don Juan, y yo
(que soy de casa doncella)
soy la Gitana Preciosa.
Julio toma por su cuenta
el gracioso, y Juana es
una Gitanilla lega.

JUANA.

Probandonos los vestidos,
que han de servir en la fiesta,

estabamos, quando entraste.
Mira, si en Dios y en conciencia
puedes habernos turbado.

D. PEDRO.

Antes es bien agradezca
á Don Juan esta atencion;
que ya veo, que son estas
acciones, de que el amor
suele formar sus finezas,
y yo le estimo, que fino,
ayroso y galan divierta
á su esposa.

PRECIOSA.

Espere. ¡Cómo!
Esto es peor.

D. PEDRO.

Ella nos echa
á perder.

D. JUAN.

Todo se ha errado.

JULIO.

¿Y quándo se hará la fiesta?

PRECIOSA.

Responde, Juana, si quieres;
que yo estoy ya sin paciencia,
para mas que hacer pedazos:::
Mas veremonos afuera.

JUANA.

Haráse al anochecer;
y nos sacó á tu presencia
del ensayo, el alboroto
de tu venida.

JULIO.

Otra es esta.

D.' PEDRO.

Entremos, Don Juan, á ver
á tu prima.

D. JUAN.

Si nos entras
de esta manera, que estamos,
lo mejor de nuestra fiesta
nos echas á perder.

D. PEDRO.

¿Cómo?

D. JUAN.

No queremos, que lo sepa
mi señora hasta la noche,
para que á la noche sea
parte de la fiesta misma,
el vernos de esta manera.

JULIO.

Sí, señor. No nos descubras;
que en tanto que entras á verla,
dexarémos este trage.

D. ISABEL *al paño.*

En gran confusion me dexa
Don Juan; porque no ha querido,
que aqui su padre le vea,
hasta tener acabada
de hacer una diligencia
precisa, que él le encargó;
y diciendo, que iba á hacerla,
y que luego volveria,
y que su padre no sepa
que estaba aqui::: Mas su padre:::

D. PEDRO.

Por mí no quiero que pierda
vuestra fiesta esta sazon,
y asi podeis::: Pero ella
sale ya. No os detengais.
Idos primero, que os vea.

D. JUAN.

Bien se ha dispuesto.

PRECIOSA.

Rabiando
voy de zelos.

D. PEDRO.

Ea, que llega.

JULIO.

Muriendome voy de risa,
de vér, que él mismo nos echa. *vanse.*

Sale D. Isabél.

D. ISABEL.

Seas, señor, bien venido.

D. PEDRO.

Isabél hermosa, llega,
y de mi gusto mis brazos
te dén amorosas señas.

D. ISABEL.

Como te ví divertido,
me pareció, que no era
justo, quitarte un buen rato
con llegar yo; porque esta
Gitanilla es la sazon
de Madrid. De esta manera *ap.*
disculpo, el haber tardado
por Don Juan.

D. PEDRO.

En vano intenta *ap.*
encubrirse. Ella los vió,
y pensará, quando vuelva
Don Juan, que yo se lo he dicho.
Bien es, que tú me reprehendas,
el haberme detenido;
pero, ahunque tú me motejas,
muy bien mejor al Gitano
echar la culpa pudieras;
porque deseaba verle
despues de tan larga ausencia.

D. ISABEL.

¡Al Gitano!

D. PEDRO.

Sí: al Gitano.

D. ISABEL.

¿Pues le conoces?

D. PEDRO.

¡Qué buena
pregunta! Como á mi hijo.

D. ISABEL.

¡Qué dices! No hay quien te entienda.

D. PEDRO.

¡Cómo me huelgo, de vér,
que de ese modo celebras
las acciones de Don Juan!
Pues él, porque te diviertas,
intenta estas niñerías.
Bien que te tendrá suspensa,
el no saber la ocasion
del disfráz y de la fiesta.

D. ISABEL.

¿Qué fiestas ó qué disfráz
dices?

D. PEDRO.

Es una comedia,
que hacen entre los de casa;
y él mismo la representa;
que por eso se ha vestido

de Gitano.

D. ISABEL.

¿Hablas de veras,
señor? ¡Comedia Don Juan!

D. PEDRO.

No es mucho, que tú no quieras
conocerle; que está tal,
que yo le conozco apenas.
Parece, que siempre ha sido
Gitano, segun le asienta
el trage.

D. ISABEL.

¡Qué es esto, cielos! *ap.*
¡Mi tio con tantas veras
llama Don Juan á un Gitano!
No sé si dude, ó si tema.
Haz, que los llamen, señor.

D. PEDRO.

Martin, dí, que al punto vuelvan,
á salir Don Juan y Julio. *vase Martin.*

D. ISABEL.

Eso parece evidencia.

D. PEDRO.

¿De qué te admiras? ¿Qué dudas?

D. ISABEL.

Si llamar Don Juan intentas
á un Gitano, y, si Don Juan
estaba antes que vinieras

conmigo, ¿no he de dudar
cosas para mí tan nuevas?

Sale Martin.

MARTIN.

Señor: Don Juan mi señor,
salia con mucha priesa
de casa; fuíle siguiendo,
y dixele, que volviera,
pero no quiso escucharme.

D. PEDRO.

¡Qué dices! ¿Y salió fuera
en el trage de Gitano?

MARTIN.

Sí, señor.

D. PEDRO.

Aquí hay cautela;
y, hasta apurarlo, conviene, *ap.*
que Doña Isabél no entienda
mi duda. Vamos, señora;
que no estás bien aquí fuera,
y harémos, que á Don Alonso
tu hermano (no hay quien lo entienda)
avisen de mi venida.

D. ISABEL.

El disimula. ¡Qué nuevas *ap.*
confusiones sobresaltan
el pecho! Mas, si no fuera
Don Juan el que de mi amor...

¡Pero, dónde vais sospechas,
que no os quiere el corazon,
y os venís hacia la lengua!

D. PEDRO.

Al punto saldré, á buscarle.
¿No vienes?

D. ISABEL.

Sí. Yo estoy muerta.

D. PEDRO.

¡Qué de ilusiones me ocurren!

D. ISABEL.

¡Qué de cuidados me cercan! *vanse.*

Salen Don Alonso y Fabio.

FABIO.

¿No sabré yo, dónde vás?

D. ALONSO.

¡Ay Fabio! Loco me tiene
esta Gitana.

FABIO.

¡Solemne
aventura!

D. ALONSO.

Luego irás
á casa, y dile á mi hermana,
que, á comer con un amigo,
me voy.

FABIO.

Descansa conmigo.

¿Te dura aquella liviana
sospecha, de que Don Juan
la dió el retrato?

D. ALONSO.

No sé.
Pero yo lo apuraré
con ella.

FABIO.

Quedo; que están
á la vista la Preciosa,
y la compañera.

D. ALONSO.

Aguarda:

Salen Preciosa y Juana.

dexa, que lleguen.

JUANA.

¡Gallarda
resolucion!

PRECIOSA.

Es forzosa.
¡Hay cosa, como negar,
que su padre la llamó
su esposa, y querer, que yo
trasoyese, y afirmar,
que no la ha visto en su vida,
ahunque es su prima, y despues
irse y dexarme! Esto es:::

JUANA.

Prosigue.

PRECIOSA.

cosa. perdida.
No he de verle mas. No tienes
que porfiar.

JUANA.

¡Yo porfío!

PRECIOSA.

Debe de ser mi albedrío,
que arguye con mis desdenes.

JUANA.

El dixo, que volvería
á buscarte; y se apartó
de las dos, porque temió,
que su padre le seguia.

PRECIOSA.

¡Irse y negar, lindo modo
por cierto! ¿Mas no es aquel
el hermano de Isabél?
De él he de saberlo todo.

FABIO.

Ya llega.

D. ALONSO.

Temblando estoy.
Vé tú luego, á lo que digo. *vase Fabio.*

PRECIOSA.

Espera, Juana, á la vista.

Mucho temes, valor mio.
Aqui, señor Don Alonso,
cierta duda me ha movido,
á que me valga de vos.
Valor, penas; que hoy salimos *ap.*
de este encanto.

D. ALONSO.

¡Qué reparas,
quando te escucho rendido!

PRECIOSA.

¡Esposa, y no conocerle! *ap.*
¿Si oí mal, y el viejo quiso
decir prima, y dixo esposa?
¿Yo sus finezas no he visto?
Pues no quiero saber mas.
Pero siendo los indicios
tan claros::: ¡Notable afecto!
Yo me llego y me desvío;
yo me esfuerzo y me acobardo;
yo me modero y me irrito:
y en tanta contrariedad
el haliento suspendido,
el discurso embarazado,
y confusos los sentidos,
ni busco, lo que deseo,
ni dexo, lo que resisto.

D. ALONSO.

¿En qué te diviertes, quando

mi atencion has prevenido?

PRECIOSA.

No sé, Don Alonso. Escucha.
(animo corazon mio) *ap.*
Lo que quiero es, que me digas,
si acaso es tu conocido
Don Juan de Oviedo:::

D. ALONSO.

¡Quién! ¡Cómo!

PRECIOSA.

y si sabes, á qué vino
á Madrid.

D. ALONSO.

¡Qué es lo que escucho!
Cierta mi sospecha ha sido.
En fin, Don Juan es tu amante,
y amante que ha merecido
este cuidado. ¡Ah Preciosa
si supieras sus designios!

PRECIOSA.

Dime, Don Alonso, dime,
quanto sabes y has sabido,
sin olbidar circunstancia
del menor de sus delitos;
porque estoy (amor violento *ap.*
muy flaco es el valor mio
para esta hazaña) resuelta
á que confieses tú mismo,

que queda bien castigado:
y asi prosigue.

D. ALONSO.

Pues digo,
ya que á los dos igualmente
nos importa el referirlo,
que ese Don Juan, que engañoso,
que ese Don Juan, que atrevido,
que ese Don Juan:::

PRECIOSA.

No prosigas;
que, quando á informarse vino
mi temor de tus noticias,
llegó, sin haber previsto,
que habias de responderme
con pasion. Mas ya averiguo
en tu voz y tu semblante,
que has de hablar como ofendido,
mas que como verdadero,
procurando vengativo,
descomponer á Don Juan
tu fingimiento conmigo.
Y caso que hables verdad,
yo, quando la solicito
con tanto temor, no quiero
que con discursos prolixos
la dé tu enojo eloqüente
retóricos artificios.

Fuerte es desnuda; desnuda
la busca mi amor sencillo;
porque dentro de tu pecho
sin duda la habrá vestido
el trage de tu pasion
tus afectos mal nacidos.
Y asi, supuesto que ahora
con sola una duda lidio,
y escuchando tu respuesta,
no solo ésta no evito,
pero luego he de dudar,
en lo que hubieredes dicho,
si es verdad ó no, mas quiero
dexar el pecho afligido
con su duda, pues con esto
de las dos penas evito,
la que es posible. De suerte,
que el negarte aqui mi oído,
si no llega á ser remedio,
no dexa de ser alivio.

D. ALONSO.

No importa que no lo escuches,
Preciosa; que ya yo he visto
en tus afectos mi agravio,
y en tus dudas el delito
de Don Juan; y vive Dios,
que ha de borrar mi castigo
mi ofensa y la de mi hermana.

PRECIOSA.

Acaba ya de decirlo.

D. ALONSO.

Digo pues, que ese Don Juan
vino á casarse:::

PRECIOSA.

Harto has dicho.
¿Mas cómo no le conoce
tu hermana, si él es su primo,
y ha de ser su esposo?

D. ALONSO.

No
te entiendo.

PRECIOSA.

Ni yo me explico,
ni me entiendo.

Salen por una parte Don Juan y Julio, y por otra Don Henrique.

JULIO.

Que tu padre
te ha de seguir, es preciso.

D. JUAN.

Hablar á Henrique, me importa.

D. HENRIQUE.

¡Oh si yo hallase á mi amigo
Don Juan!

D. ALONSO.

¡Ah Don Juan aleve!

PRECIOSA.

Ah Don Juan, amante indigno!

D. ALONSO.

Pero alli he visto á Don Juan.

PRECIOSA.

Pero alli á Don Juan he visto.

D. ALONSO.

Ha venido á muy buen tiempo.

PRECIOSA.

Fiesta ha de ser, el oirnos,

D. ALONSO.

¿Don Juan?

PRECIOSA.

¿Don Juan?

D. ALONSO.

A buen tiempo venís.

PRECIOSA.

Seais bien venido.

D. JUAN.

¿Quién será este, que estaba con Preciosa?

JULIO.

No le he visto otra vez.

D. HENRIQUE.

¡Qué será esto!
Preciosa aqui con el primo *ap.*

de Don Juan?

D. ALONSO.

Dos quexas tengo *á Henriq.*
de vos, y aqui en este sitio:::

PRECIOSA.

Don Alonso, dos palabras
diré no mas á este indigno
objeto de mis pesares.
Escuchalas te suplico;
que despues darás tus quexas
á este caballero. Digo,
señor Don Juan, el amante
al uso del tiempo fino,
que teneis en el mentir
menos dicha, que artificio,
si habeis venido á casaros
con vuestra prima, si ha sido
vuestro padre el que lo trata,
y el que lo quiere su hijo,
quedaos con Dios; y supuesto
que me perdeis, á vos mismo
os decid mi sentimiento,
ó si no quereis decirlo,
preguntadselo al señor
Don Alonso, vuestro primo.

Vase con Juana.

D. JUAN.

¡Este es Don Alonso, cielos!

JULIO.

¡Raro aprieto!

D. HENRIQUE.

Soy perdido.

D. ALONSO.

¡Qué es esto, Don Juan!

D. HENRIQUE.

No sé,
lo que ha querido deciros
esa Gitana.

D. ALONSO.

¡Qué es esto,
Gitano!

D. JUAN.

No lo he entendido.

D. ALONSO.

Pues antes que de los dos
me aparte:::

JULIO.

Cojiólos vivos.

D. ALONSO.

lo he de apurar. Si Preciosa
estaba, Don Juan, conmigo
culpando vuestros engaños,
y doliendose del mio,
¿cómo, quando vos llegasteis,
mudó su rigor designio,
y llamando á este Gitano

Don Juan, como habeis oído,
ni os calló su sentimiento,
ni su sentimiento os dixo?

D. HENRIQUE.

No sé, cómo responderle.

D. JUAN.

Sin mí estoy.

JULIO.

El modo mismo
de la pregunta me ha dado
disposicion ó motivo
para el socorro. ¡Hay mas rara
embustera!

D. ALONSO.

Acaba: dilo.

JULIO.

¿Su merced, señor, no sabe,
quién es?

D. ALONSO.

Prosigue.

JULIO.

Ese mismo
bienhadado caballero,
que estaba, señor, contigo,
y ella dice, que se llama
Don Juan de Oviedo, ha tenido
con ella sus travacuentas.
El, que es alcanzado, quiso,

y ahun no anochece! Ahora digo,
que alguna vez los acasos
ván tan fuera de camino,
que oído no es verisimil,
lo que es verdad sucedido.

JORNADA TERCERA.

Salen Don Juan de gala y Julio de Gitano.

D. JUAN.

Ocultos entre estas tapias
estarémos aguardando,
que anochezca.

JULIO.

¿Y te resuelves,
á salir de Madrid?

D. JUAN.

Hallo
dos conveniencias en esto
muy grandes.

JULIO.

Vamos al caso.
La primera ya la sé;
dí las dos.

D. JUAN.

Ya estás cansado.

JULIO.

¿No es la primera, seguir
lo que te está aconsejando
tu pasion?

D. JUAN.

¿Y seré yo
el primero, que arrastrado
de una hermosura atropelle
su obligacion?

JULIO.

Y digamos;
¿es disculpa del errar,
proseguir lo que otro ha errado?

D. JUAN.

El enojo de Preciosa,
cuya hermosura idolatro
ciego contra los avisos
de la razon, me ha obligado
á fiarla mi delito,
y á decirla todo el caso
de la introduccion de Henrique
con mi prima y con su hermano;
y apenas oyó el peligro
en que me ha puesto mi engaño
con mi padre, con mi prima
y con Don Alonso, quando
por huirle, y apurar
todo el fondo á mi cuidado,

ha persuadido á su padre,
y á los demás de su rancho,
á que salgan esta noche
de Madrid.

JULIO.

¿Y tú la has dado
palabra, de irla siguiendo?

D. JUAN.

Las dos razones, que hallo,
entran ahora. Es la una
este fuego, en que me abraso;
que ha introducido en el alma
como lisonja el estrago,
sin dexarme accion alguna,
para apartarme del daño,
que conozco, y no resisto,
ó resistido le abrazo:
y la otra, el ver, que ya
se ha descubierto mi engaño,
y es bien, huir del enojo
de mi padre.

JULIO.

Estoy al cabo;
pero ahun faltan mas preguntas,
porque es mas lo que no alcanzo.
Tres veces en solo un dia
te has vestido y desnudado,
y ahora galan te vuelves,

y me dexas de Gitano.

D. JUAN.

Por buscar á Don Henrique
con menos riesgo, en cerrando
la noche, tomé este trage,
y á tí en éste te he dexado,
porque no dude Preciosa,
que he de volver.

JULIO.

¿Y en hallando
á Henrique, le has de llevar
contigo?

D. JUAN.

El mas arrojado
de mis desaciertos fue,
introducir con engaño
á Don Henrique en la casa
de mi prima; pero el caso
se ha dispuesto ya de suerte,
que ha de ser fuerza, casarlos;
y para irlo disponiendo
con él, y dar al enfado
de mi padre algunas treguas,
quiero, que juntos nos vamos,
y demos la vuelta juntos
á Salamanca, en logrando
este imposible que adoro;
porque desde lexos:::

JULIO.

Paso;
que viene Preciosa.

D. JUAN.

Espera;
que, por si viene escuchando,
de esta suerte hemos de hablar.

JULIO.

Ese primor ya es Gitano.

Sale Preciosa, y Don Juan alza la voz.

D. JUAN.

Preciosa, Julio, es mi bien.
Esto me dicta mi estrella,
y yo he de salir con ella
de Madrid.

PRECIOSA.

Miralo bien,
y no te quexes de mí;
que soy muy clara, Don Juan.
Por aqui á la corte ván,
de la corte por aqui.
Elige pues con valor
el camino que quisieres;
que qualquiera que eligieres
será para mí el mejor.
O seas, ó no mi amante,
ó quieraste, ó no quedar,
ni el contento, ni el pesar

me destemplará el semblante.
Si prosigues me holgaré
sin risa y sin ademán;
y si te quedas, Don Juan,
pienso, que lo sentiré,
sin que en la ponderacion
del disgusto y de la quexa
tire al arco de la ceja
la cuerda mi admiracion.
¡Yo suspiros, yo aflicciones,
yo congojarme de nada!
Soy bien acondicionada.
Ahun las mismas desazones,
que tengo con mi enemigo,
me duran poco, Don Juan.
¡Mira, qué me durarán
las que tubiere conmigo.

D. JUAN.

¡Qué bien, Preciosa querida,
qué bien sabe tu sazon,
tirandome al corazon,
burlarseme con la vida!
¿En efecto no sintieras,
que me quedára?

PRECIOSA.

No sé.

D. JUAN.

¿Y sabrás decir por qué?

PRECIOSA.

Don Juan, si he de hablar de veras,
por mas que con mi desvío
tu amor eloqüente arguya,
no me acercas, á ser tuya,
y estás lexos, de ser mio.

D. JUAN.

¿No soy tuyo?

PRECIOSA.

Ahunque me vés
Gitana, y mi ser opuesto
á mi espíritu::: Mas esto
quedese para despues.
¿Sabes la vida á que vas?

D. JUAN.

A ser tu esclavo, me obligo.

PRECIOSA.

La de los Gitanos digo:
escuchala, y la sabrás:
que, para que arrepentido
despues no me culpes, quiero
decirte, Don Juan, primero
la vida, á que te convido.

JULIO.

Yo la oiré de buena gana;
que estamos como unos brutos,
sin saber los estatutos
de esta religion Gitana.

D. JUAN.

Dí pues; que en solo atenderte,
están mis mejores ratos.

PRECIOSA.

Pues oygan los dos novatos;
que ella es de aquesta suerte.
Continuos moradores de esos prados,
al campo reducidos los poblados,
donde sin la inquietud de las ciudades,
ni el desconsuelo de las soledades,
en todo moderando ambos extremos,
una vida tan quieta componemos,
tan deleytosa, tan desenfadada,
y sobre todo tan acomodada,
que segun la opinion que mas la abona,
de esa vida desciende la Chacona:
la flor del berro se crió en su playa,
y por ella cortaron la Gandaya.
Mas, porque una República tan grande
tenga quien la gobierne, y quien la mande,
elige nuestra gente
un Conde, á quien rendida y obediente:::
Calla, que antes que pasen muchos dias,
si del intento de hoy no te desvias,
me han de andar mal las manos,
ó has de subir á Conde de Gitanos.

Un Conde pues eligen,
y todos por sus ordenes se rigen.
Este con atencion, con peso y juicio
reparte á cada uno el exercicio,
á que su propia inclinacion le llama,
y cada uno por dilatar su fama,
con industria pretende,
haciendose el mejor, en lo que emprende.
Al que le vé de inclinacion ligera,
le encarga el bayle, el salto y la carrera;
y al que la tiene un poco mas pesada,
barra, lucha y espada.
En todo serás tú mas eminente
dentro de pocos dias, si no miente
la vista, que obedece á los indicios.
Oh cómo en unos y otros exercicios
á todos has de echar el pie adelante,
y yo, que no soy marmol ni diamante,
viendo, que los excedes de esta suerte,
me cansaré muchisimo de verte,
porque estos exercicios, si te place,
cansan á quien los vé, y á quien los hace.
¡Hay cosa como un hombre, que es Christiano,
quando toma una piedra en esta mano
muy grande y muy pesada,

y, fixo el pie en la raya señalada,
de los ombros poniendose muy ancho,
y con la izquierda sustentando el lancho,
librado todo sobre el pie siniestro,
para hacer una vuelta,
con gran pujanza de las manos suelta!
Pero quiero dexallo;
que me duelen los ombros de pintallo.
Iba diciendo pues, que el Conde tiene
cargo, de repartir, como conviene,
el exercicio ó entretenimiento,
que viene á cada qual menos violento;
pero al que siente torpe y desmayado,
le condena al cuidado
del hierro que se labra, y que se vende,
cosa que importa mucho, y de que pende
nuestra conservacion, porque con esto,
viendonos dados á exercicio honesto,
con el trabajo de uno a buena cuenta,
nos pasa el mundo el ocio de cincuenta:
de suerte, que al inutil ocupamos,
y los utiles todos nos holgamos.
Las mujeres tambien atentamente
(que tambien las mujeres somos gente)
repartimos su oficio á cada una,

el baylar no hay quitarselo á ninguna,
desde las feas á las desayradas,
porque todas nacimos enseñadas.
A la que sale cuerda, libre y sabia,
á las de mas meollo y mejor labia,
se le encarga, el decir buenas venturas,
accion en que los negros ván á escuras,
porque en fin ha de ser muy eloqüente,
quien hiciere creer á un pobre oyente
dos mil mentiras, y supiere urdillas,
de suerte que las crea á pie juntillas;
que, segun lo que en mí y en otras veo,
no es para bobos, el mentir arreo.
Yo en esto soy la menos eloqüente,
pero miento, Don Juan, mediana-mente;
y quando al mesurado,
que quiero hacer mi bienaventurado,
á quatro pasos véo,
llegando con mi poco de cecéo,
y aquello de „galán eres, querido,
tienes muchas, y pagas con olbido.“
Pido la mano, y entro á la sonsaca
con una admiracion y una alharaça,
y juntando mentiras generales,
que vienen bien á todos los mortales,

y á los que tienen duras creederás,
diciendoselas todas venideras,
que hacen titubear al mas atento,
no ha habido en faldriquera de avariento
doblon, que su clausura no quebrante,
ciñalo bronce, ó murelo diamante.
Asi, Don Juan, asi nos conservamos:
asi nos vemos, y nos deseamos.
Huye de aqui la envidia desterrada:
aqui la paz habita venerada;
y en fin todos vivimos de manera,
que es vergüenza, que nadie se nos muera.
Pero si acaso usté no se resuelve
á venir, y á Madrid los ojos vuelve,
donde con otro amor de mas estima
le tira la clavija de la prima,
no hay sino que los dos muy lastimados,
muy tiernos de ojos y desordenados,
con dos á Dioses y con dos gemidos,
de lo hondo del pecho despedidos,
aqui nos despidamos como amantes,
y luego tan amigos como de antes.

JULIO.

No hay mas vida.

D. JUAN.

Prenda hermosa,

tu discrecion y agudeza,
donde asiste tu belleza,
no es menos, pero está ociosa.
Ya te sigue mi pasion,
y bien puedes conocer,
que no aspira á merecer,
quien obra sin eleccion;
pero dirá mi albedrío,
quando asi le destituyo,
que ha de merecer por tuyo,
lo que perdiere por mio.

JULIO.

Conceptos vienen y ván.
¡Pero qué és esto!

Sale Juana alborotada.

JUANA.

¡Ay de mí!
Dicha és, hallaros aqui.
Aprisa, señor Don Juan.

D. JUAN.

¿Qué tienes?

JUANA.

Que anda el señor
tu padre:::

D. JUAN.

¿Quién?

JUANA.

recorriendo

nuestros ranchos, y yo huyendo
con las alas del temor,
vengo á daros este aviso.

JULIO.

Poner pies en polvorosa,
conviene, señor.

D. JUAN.

Preciosa,
apartarnos, es preciso,
de este sitio. Yo he de ir:::

PRECIOSA.

¿Dónde?

D. JUAN.

á buscar á mi amigo
y al punto estaré contigo.

PRECIOSA.

A tí te importa, el venir.
¡Qué turbado está! No sé, *ap.*
lo que el corazon recela;
que me pesa que me duela,
y me duele por mi fé.
¿Volverás, Don Juan?

D. JUAN.

¿Lo dudas?

PRECIOSA.

Temo:::

D. JUAN.

¿Qué? ¿Tu condicion?

PRECIOSA.

tus verdades.

D. JUAN.

¿No lo son?

PRECIOSA.

No las he visto desnudas.

D. JUAN.

¿Sabes, que te adoro?

PRECIOSA.

Quiero saberlo.

D. JUAN.

¿Y mi amor?

PRECIOSA.

No es cosa.

D. JUAN.

¡Desconfiada, y hermosa!

PRECIOSA.

¡Vencedor, y lisonjero!

D. JUAN.

¡Vencedor!

PRECIOSA.

¡Cielos, qué he dicho!
Mira, no me dexes.

D. JUAN.

¡Yo dexarte!

PRECIOSA.

El afecto erró;
enmendarálo el capricho.
¿Sabes mi entereza?

D. JUAN.

Sí.

PRECIOSA.

Pues escucha.

D. JUAN.

¿Qué?

PRECIOSA.

Don Juan,
porque aqui á la corte ván,
de la corte por aqui.
Ambos caminos son buenos;
pero, porque no te quexes,
te digo, que no me dexes,
porque no te echaré menos.

D. JUAN.

¡Que á la vista de un rigor *ap.*
se obstine mi desvarío! *Vase.*

PRECIOSA.

¡Que no extrañe mi albedrío *ap.*
la novedad de un dolor! *Vase.*

JULIO.

Ponte al paño.

JUANA.

Al paño estoy.

JULIO.

¿Serás mia?

JUANA.

No lo sé.

JULIO.

¿Sabes por qué?

JUANA.

Sé por qué.

JULIO.

Dirás, que porque no doy.

JUANA.

Digo, que es mal cortesano.

JULIO.

Dirás tambien, que he de dar.

JUANA.

Sí digo.

JULIO.

No tengo.

JUANA.

Hurtar.

JULIO.

No puedo; que soy Gitano. *vanse.*

Salen Don Alonso y Fabio.

FABIO.

Dos novedades terribles
hay en casa.

D. ALONSO.

Sin misterio

di. No ponderes.

FABIO.

La una,
que ya ha venido Don Pedro,
padre de Don Juan tu primo.

D. ALONSO.

Como yo á casa no he vuelto
desde esta mañana, estaba
sin esa noticia.

FABIO.

Luego
que llegué, á traher la llave
del jardin, tube el encuentro
de esta novedad.

D. ALONSO

La otra
que me has ofrecido, espero.

FABIO.

Es la otra, que Don Juan
se salió de casa huyendo,
luego que llegó su padre,
y no ha vuelto á ella.

D. ALONSO.

Mis zelos
asen de todo. ¿Si acaso,
como ha visto descubierto
el agravio de mi hermana,
huye el justo sentimiento

de su padre, y arrestado
á proseguir el empeño,
de adorar esta Gitana,
cuya hermosura me ha muerto,
maquína algun nuevo ardid
su ceguedad?

FABIO.

El ingenio
de un zeloso siempre ha sido
agudo contra su dueño.

D. ALONSO.

Dices bien; mas no te admires;
que en estomago de enfermo,
al humor, que predomina,
se vá el mejor alimento.

FABIO.

¿Y á qué venimos ahora
á este inculto mentidero
de las Marabillas?

D. ALONSO.

Fabio,
yo estoy sin juicio. Confieso,
que de mí no entiendo mas,
que decir, que no me entiendo.
Quisiera hablar á Preciosa,
y ver, si ocasion encuentro
de una venganza. No sé,
cómo te lo diga. Pienso

en violencias, que no atienden
á los fines ni á los medios.
Esta no es de las mujeres,
que conocen el respeto:
ni el decoro es sacrificio
de los ídolos plebeyos.
Esa llave del jardin
te hice traher, discurriendo.
en que está tan retirado
mi quarto::: Pero no quiero,
ni sé decirtelo. Dexa,
que te lo diga el suceso;
que es mas facil á las manos,
que á la voz un desacierto.

FABIO.

Gente suena.

Dentro Maldonado.

MALDONADO.

Preciosilla,
ven conmigo.

FABIO.

Dicho y hecho.
Ellos son.

D. ALONSO.

Calla; que aqui
de estas tapias encubiertos
verémos, en lo que pára.

Escondense, y salen uno á uno Diego y Sancho, Gitanos, Julia y Juana; y se sientan.

DIEGO.

Aqui ha de ser el consejo,

SANCHO.

Sea alabado y bendito
el Criador del Universo.

JULIO.

Buenas noches camaradas,

JUANA.

El que crió los mochuelos,
mantenga la buena gente.

SANCHO.

Y usté lo cuente á sus nietos.

JULIO.

Bien venida, seora Juana.

JUANA.

¡Acá está el Gitano nuevo!

SANCHO.

No tiene voto en la junta;
pero callando y oyendo,
se hará hombre en quatro dias.

JULIO.

Conforme me entráre el juego
de la penca.

JUANA.

¿Es de los mandrias,

que se asustan del mosqueo?

JULIO.

Ya sé, que lude y no agravia
un pellejo á otro pellejo.

SANCHO.

¿Y el Conde?

JUANA.

Quedaba ahora
enalbardando el jumento.

DIEGO.

El solo marcha á caballo.

SANCHO.

Es lo que se debe al puesto.

D. ALONSO.

¡Qué inutil gente!

FABIO.

¡Eso dices!
¿Pues si no fuera por ellos,
qué fuera de las galeras
de nuestro Rey?

D. ALONSO.

Escuchemos.

Salen Maldonado y Preciosa, y se levantan todos.

MALDONADO.

¿He tardado mucho, amigos?
Nadie se mueva.

SANCHO.

Eso es bueno.
O eres Conde ó no eres Conde.

MALDONADO.

Por la dignidad lo acepto.

DIEGO.

¡Rara llaneza!

MALDONADO.

Llegadme,
subditos y compañeros,
un canto; que no me amaño,
á presidir desde el suelo.

Ponenle un canto, en que se siente.

JULIO.

Asi se asentaba un hombre,
antes que hubiera silleros.

MALDONADO.

El Hernando tiene humor.

PRECIOSA.

No entiendo este deshaliento
del corazon. *á Juana.*

JUANA.

¿Ahora sabes,
que amor es golpe de pechos?

MALDONADO.

Aqui, Preciosa.

FABIO.

¿Lo oiste?

D. ALONSO.

Ahunque la noche en su ceño
me escondia su hermosura,
ya me lo estaba diciendo
el corazon.

FABIO.

Atendamos.

JULIO.

Esta risa, que detengo, *ap.*
me puede matar.

MALDONADO.

Cubrios,
y sentaos.

SANCHO.

Obedecemos. *sientanse.*

MALDONADO.

Pues como digo, señores,
ya sabeis, que es uso vuestro,
que la órden distribuya
el Conde, en lobregueciendo,
de lo que ha de trabajarse
hasta el dia.

SANCHO.

Sí sabemos.

MALDONADO.

Pues esta noche salimos
de Madrid, y hay poco tiempo;
y es menester, que las manos

jueguen de todos los dedos

JULIO.

Eso no habla con mis manos.

SANCHO.

Quando habla el Conde, silencio.

MALDONADO.

En primer lugar encargo
la devocion. El comienzo
de la accion será rezar
en las Marabillas, puesto
que tirando á la garganta
el oficio, es buen acuerdo,
negociar con una Salve,
que no se apresure el Credo.

SANCHO.

¡Qué prudencia!

DIEGO.

¡Qué atencion!

PRECIOSA.

Dexalos, Juana, y hablemos
en Don Juan.

JUANA.

Ahí te pica.

PRECIOSA.

Corrijome y no me enmiendo.

MALDONADO.

Dar limosna, es cosa santa;
mas no ha de ser en secreto;

que piensan, que somos malos,
y, para ganar el pueblo,
importa mucho, llamar
en público un Animero.

SANCHO.

Y como que eso conviene.

DIEGO.

¡Qué rectitud!

JULIO.

¡Qué consejo!

MALDONADO.

Sabe el cielo, como parto
con el pobre el caudalejo
de lo quinto y de lo hurtado,
que me toca de derecho.
El hurtar en las iglesias,
es pecado, y muy mal hecho;
que no tiene otro peor modo,
de quebrarse el Mandamiento.
Nadie me trabe en alhajas
la execucion, si hay dineros;
que el trasto es como perrillo,
que siempre busca á su dueño,
y el dinero no conoce
al dueño de ahier.

SANCHO.

Lo apruebo.

MALDONADO.

Esto supuesto, y que el hombre
se explica bien con supuestos,
Diego:::

DIEGO.

Humilde, ahunque pobrete.
Quitase la montera.

MALDONADO.

con su camarada el tuerto
busquen la vida esta noche
á la calle de Toledo
y sus contornos.

DIEGO.

¿Podré
alargarme al matadero?

MALDONADO.

No, señor; que está ya usado
ese barrio.

DIEGO.

Me convenzo.

MALDONADO.

Sancho:::

SANCHO.

Menor camarada.
Quitase la montera.

MALDONADO.

con su compadre el herrero
trabaje en la Plateria.

SANCHO.

Usté me endilga á mal puesto.

MALDONADO.

¿Por qué es malo?

SANCHO.

Porque duermen
de paso, y cierran de asiento.

D. ALONSO.

Con risa y admiracion
los escucho.

FABIO.

Oye, que es bueno.

PRECIOSA.

Ya tarda.

JUANA.

Tú estás perdida.

PRECIOSA.

Dexame; que ya lo veo.

JULIO.

Ahora solo faltaba, *ap.*
que á mí::: Pero yo soy nuevo.

MALDONADO.

Julio se vendrá conmigo,
á sacar de cautiverio
con esta llave maestra,
que probé anoche, un talego;
que á mí tampoco me sufre
la conciencia, estarme quedo

aquel rato, que me dexan
los cuidados del gobierno.

JULIO.

¡Yo, señor!

MALDONADO.

Sí; que tu amo
gusta de ello.

JULIO.

¡Gusta de ello!
Pues yo:::

MALDONADO.

Bien está. Ea, vamos,
á rezar, y al ministerio. *Levantase.*
Pero aguardad. Lo mejor
se me olbidaba. En oyendo
las doce, hemos de marchar;
porque aquel buen caballero,
que quando estubo en el siglo
se llamó Don Juan de Oviedo:::

D. ALONSO.

¡Qué escucho!

MALDONADO.

está tan perdido
por Preciosa, que ha propuesto
seguirnos, si ántes del dia
en viage nos ponemos.

D. ALONSO.

¡Irse con ella Don Juan!

Ya se hace razon mi empeño.

MALDONADO.

Dos cosas encargo á todos,
buena intencion y silencio.
Preciosa, al rancho conmigo.
¿Seor Hernando?

JULIO.

No me atrevo,
á replicar por mi amo.

MALDONADO.

Oyen, quién tubiere miedo,
irse á galera, á servir
al Rey.

JULIO.

Ya le serviremos,
y remando en su servicio,
si conviniere al proceso. *vanse los Gitanos.*

D. ALONSO.

Yo los cortaré los pasos.

PRECIOSA.

Dexame sola; que quiero
pedir cuenta á mi albedrio
de mi libertad.

JUANA.

Ya entiendo
ese mal; pero entre tanto,
ir á despedirme, quiero
de mi comadre Polonia,

la que vende el hierro viejo. *vase.*

Sale Don Alonso.

D. ALONSO.

Ella se ha quedado sola.
Aguarda aqui, mientras llego.

PRECIOSA.

¡Que es posible:::! Mas Don Juan.
Ya desconfiaba; seas
bien venido.

D. ALONSO.

Fingir quiero *ap.*
la voz, por ver si me sigue.
Ven conmigo, hermoso dueño.

PRECIOSA.

¡Valgame el cielo, qué escucho!
¿Esta no es su voz?

D. ALONSO.

Resuelto
está mi amor, á vengarse
de mi ofensa y de mis zelos.

PRECIOSA.

Hagamos otra experiencia,
por si me engañó este necio
desconfiar. ¿Cómo vienes
tan tarde?

D. ALONSO.

Hácia aqui estarémos
mejor, en tanto, que vuelven

los Gitanos.

PRECIOSA.

Caballero,
si no disuena este nombre,
donde suena un fingimiento,
id con Dios; que los engaños
se vén ya, que no nacieron
para mi oido.

D. ALONSO.

Detente;
que tambien hay otro ciego
sin Don Juan, que tu hermosura
y tu ingratitud:::

PRECIOSA.

¿Qué es esto?
¡Don Alonso, vos aquí!
Dexadme.

D. ALONSO.

Yo estoy resuelto::

PRECIOSA.

No digais á qué. Escuchad
sin las manos, porque tengo
mucho, que hablaros.

D. ALONSO.

¡Tu á mí!

PRECIOSA.

Yo os he menester atento.

D. ALONSO.

¿Pues ya qué puedes decirme?

PRECIOSA.

Es lo que deciros puedo,
que de esta suerte el honor
me enseñó, á vencer, huyendo. *vase.*

D. ALONSO.

Espera. Sigueme, Fabio.

FABIO.

Engañóte como á un negro. *vanse.*

Salen Don Henrique y un criado.

CRIADO.

Venid; que desde una rexa
os conoció mi señora,
y ahunque sin razon no ignora,
que es invencible su quexa,
dice, que la importa hablaros,
sino como á primo ya,
como á caballero.

D. HENRIQUE.

¿Habrá
mas confusiones?

CRIADO.

Llamaros,
me ha mandado, y que espereis
en este jardin.

D. HENRIQUE.

Cuidados,

pues estais desengañados,
dexadme; no me engañeis.

CRIADO.

Voy, á avisar. *vase.*

D. HENRIQUE.

A esa puerta
del jardin, donde solia
buscarme Don Juan, habia
llegado apenas, (¡que acierta
un infeliz!) quando veo,
que me llaman, y el amor
encontró con mi temor,
donde estaba mi deseo.
Pero, si el padre ha venido
de Don Juan, y es fuerza ya
discurrir, en que estará
nuestro engaño conocido,
¿para qué me habrá llamado
su prima? No hay entenderlo;
pero errára, en no saberlo,
por si importáre al cuidado
de mi amigo. ¿Quién creeria,
si no es, que se lo dixese
la experiencia, que traxese
tantos acasos un dia?
Mas ay, que ignorando el fin
de este afecto resistido:::
Mas parece, que oygo ruido

en la puerta del jardin.
De estas murtas amparado,
veré, lo que es. *Escondese.*

Salen Maldonado y Julio.

MALDONADO.

Entra quedo.

JULIO.

Eso diselo á tu miedo,
que el mio es muy recatado.
¿Pero esta puerta no es
la del jardin de la prima
de mi amo?

MALDONADO.

Quien te aníma,
te sabrá sacar despues
de qualquier riesgo; que yo
traygo conmigo un secreto,
con que, el vernos en aprieto,
no es posible.

JULIO.

¿Quien debio *ap.*
de todos los amos, quien
á un criado tal accion,
que se halle un hombre ladron,
y eso sea servir bien?

MALDONADO.

Por aqui hemos de pasar,
á escondernos.

JULIO.

¿Y no puedo
saber yo para otro miedo,
que temo que ha de llegar,
este secreto?

MALDONADO.

No ves,
que soy Conde, y yo arriesgára
mi estado, si no llevára
conmigo::: Pero despues
hablarémos. Por aquí
á la casa hemos de entrar.

JULIO.

Las manos quiero llevar
puestas delante; que así
llevarán unos anteojos,
para que vean mis miedos
de largo tacto mis dedos,
por no tocar con mis ojos. *vanse.*

Sale Don Henrique.

D. HENRIQUE.

No parece Don Alonso.
Criados deben de ser
de casa; ya se han entrado;
pero á esta parte escuché
segundo rumor. Ay triste,
que ya el corazon fiel,
con la razon de su miedo

me está diciendo, quien es.

Sale Doña Isabel.

D. ISABEL.

Aqui está. Rezelos mios,
plegue á Dios, que os engañeis.
Yo, Don Juan::: (Temblando estoy.)

D. HENRIQUE.

Ya vuelve el alma, á temer. *ap.*

D. ISABEL.

Yo, Don Juan, no sé, si acierto
vuestro nombre, pero sé,
que ha sido, ay de mí, el dudarle,
tan á costa::: No voy bien;
que no es tiempo, de sentir,
quando hay mucho, que temer.
Quince dias ha, que entrasteis
en la corte, y que escuché
desde el natural decoro
de mi estado::: Mas tambien
lo yerro, pues no me importa
deciros, lo que sabeis.
Dexo aparte el sentimiento,
de haber hallado en poder
de una Gitana aquel mismo
retrato, que os envié:
el decirme vuestro padre,
quando os retirasteis de él,
que vió á su hijo en el trage

de Gitano, y el tropel
de confusiones, que asi
me han obligado, á creer,
que no sois, el que en mi afecto::
¿Pero quién habiais de ser?
Parece, que entre mis dudas
desayro yo mi altivez.
Para lo que ahora os llamo,
es, Don Juan, para saber,
qué confusiones son estas.
Vuestro padre, que se fue,
á buscaros, volvió ya;
pero sin dexarse ver,
se ha retirado, afectando
achaques de su vejez.
Mi hermano no ha vuelto á casa
desde esta mañana, que
vió á mi retrato triunfar
de mí, arrojado á mis pies;
y yo no sé, como os diga
mi quexa; solo diré,
que estoy sintiendo el dudar,
y estoy temiendo el saber.
Bien pudiera mereceros,
que al mirar la sencillez
de mi afecto::: ¡Mas qué escucho!
La llave siento torcer
en la puerta del jardin.

Mi hermano sin duda es.
Yo me retiro, y mi riesgo
os pide, que os retireis,
pues sois, quien habeis dispuesto,
que lleguen á parecer
delitos de mi pasion,
las decencias de mi fe.
Mas yo diré, que está aqui *ap.*
á su padre, y de una vez
saldremos de estos engaños, *vase.*
de este penar y temer.

D. HENRIQUE.

Ya me hallaba tan perdido,
de haber de decir, quien soy,
que el riesgo, en que ahora estoy,
pienso, que me ha socorrido.
Vuelvo pues, á retirarme.
Retirase, y sale por la puerta del jardin Don Alonso y Preciosa.

PRECIOSA.

Dexadme; que yo entraré,
segura de que sabré,
de mi valor ampararme
contra vuestro atrevimiento.

D. ALONSO.

Su misma fuga me dió *ap.*
la dicha, pues la acercó
al jardin. Mira; no intento,

enojarte.

PRECIOSA.

Lo que os digo
es, que me dexeis salir,
ó me habeis de ver morir,
ó habeis de morir conmigo.

D. HENRIQUE.

Dos vultos he visto entrar.
¿Quién será?

Sale Don Juan.

D. JUAN.

Junto á esta puerta
esperaba á Don Henrique;
y viendo, que entró por ella
un hombre, que á una mujer,
al parecer, con violencia
persuadia, llego, á ver,
quien pudo en la casa mesma
de mi prima entrar ahora;
pero ahun se están aqui cerca.
Aplico el oido.

D. ALONSO.

Fabio, *á Don Juan.*
¡con qué poca diligencia
te dispusiste, á seguirme!
Cierra bien, y aqui te queda,
mientras voy, á ver, si están
recojidos.

D. JUAN.

Bien se ordena.
Este es mi primo, y me tiene *ap.*
por algun criado.

D. ALONSO.

Halienta,
dueño hermoso, que un rendido
siempre es tibio en las ofensas. *vase.*

D. JUAN.

El se va.

PRECIOSA.

Bien se ha dispuesto;
que no es tan poco resuelta
mi osadia, que á un criado
ha de temer. Con tus mesmas
armas sabré yo, villano,
hacerme lugar.

D. JUAN.

Espera.
¡Cielos, qué es esto! ¿Preciosa?

PRECIOSA.

¿Quién es? ¿Don Juan? Yo estoy muerta.
¡Don Juan en este jardin!

D. HENRIQUE.

Otro está junto á la puerta,
y ahunque habla, no se percibe,
lo que dicen.

D. JUAN.

¡Hay mas penas!
¡Tu aqui, Preciosa!

PRECIOSA.

¡Tu aqui,
Don Juan! ¡Tu :::!

D. JUAN.

No me detengas
en preguntas, quando aguarda
toda el alma tus respuestas.

PRECIOSA.

¡Pues, traydor, hallote yo
dentro de la casa mesma
de tu prima, y te introduces
sin la disculpa en la quexa!

D. JUAN.

¡Pues, ingrata, estas en casa
de un hombre, que te festeja,
y te estás con tu delito,
y con mi razon me dexas!

PRECIOSA.

¡Pues que quieres, que irritada
te satisfaga!

D. JUAN.

No aciertas,
en dexarme imaginar
mi agravio.

PRECIOSA.

¿Y no consideras,
que aquel espacio, que tardas,
en hacer tuya la ofensa,
viene á tener un quexoso
desayrada la paciencia?

D. JUAN.

Yo te busco disculpada:
no te he menester discreta.

D. HENRIQUE.

O yo me engaño, ó parece
la voz de Don Juan aquella.
Quiero asegurarme bien.

PRECIOSA.

Pués, Don Juan, ahunque pudieras
fiar mas de mi recato,
quando tus verdades mesmas,
de sufrir rigores mios,
han llegado, á ser finezas,
para dexar de mi parte
toda la razon entera,
te he de preguntar, si ignoras,
que despreció las finezas
de Don Alonso, y si dudas,
que pensaba en su defensa,
ó en su fuga, quien llegó,
á valerse para ella
de tu acero:: A Dios, Don Juan.

D. JUAN.

Aguarda.

PRECIOSA.

No me detengas;
qua ya no quiero saber
tu disculpa.

D. JUAN.

¿Pues qué intentas?

Llegase Don Henrique á Don Juan.

D. HENRIQUE.

El es. ¿Qué puede ser esto?
¿Don Juan?

D. JUAN.

¿Don Henrique?

D. HENRIQUE.

Apenas
lo creo. ¿Es Preciosa?

D. JUAN.

Sí.

D. HENRIQUE.

¿Pues qué es esto?

D. JUAN.

Una violencia
de mi primo. No te has de ir,
Preciosa.

PRECIOSA.

Ves, que no me dexas;
pues mas me estás apartando

de tí.

Sale Don Pedro por la puerta del jardin.

D. PEDRO.

Mi sobrina mesma
me ha dicho, que está aqui dentro
Don Juan; y porque no pueda
escaparseme, he venido
por la calle hácia esta puerta
del jardin::: Abierta está.
¿Que será esto?

D. JUAN.

No seas
porfiada. ¡Cómo, Henrique,
á entrar hasta aqui, te arriesgas,
si ya ha venido mi padre,
y sabe nuestra cautela
mi prima!

D. HENRIQUE.

¡Cómo tu prima!
Pero mejor allá fuera
hablaremos.

D. JUAN.

Dices bien;
que es contingente, que vuelva
Don Alonso. Ven, Preciosa.
¿Pero quien es?

Al irse Don Juan, encuentra con su padre.

D. PEDRO.

¡Quien pudiera
desconocerte de parte
de tu obligacion!

D. JUAN.

¡Qué pena!
¡Mi padre! Perdido soy.

D. HENRIQUE.

Esto es peor.

PRECIOSA.

Yo estoy muerta.

D. PEDRO.

¿Quién está contigo?

D. JUAN.

Yo,
señor:: ¡Qué esto me suceda! *ap.*

D. PEDRO.

Sacad luces.

Salen Don Alonso, Isabel y una criada con luces.

PRECIOSA.

¡Qué me quieren
los rigores de mi estrella!

D. ALONSO.

Isabél, á mí me importa,
que tu á mi tio diviertas,
porque no vea el jardin.

D. ISABEL.

¿Pues qué importa, que le vea?
Mi hermano quiere encubrirle. *ap.*
No lo entiendo.

D. PEDRO,

La luz llega.
¡Don Henrique, vos aqui!
¡Qué novedades son estas!

D. ISABEL.

Don Henrique le ha llamado, *ap.*
y otro está con él.

D. ALONSO.

¡Qué nueva
confusion es, la que escucho! *ap.*

D. HENRIQUE.

Muerto estoy. No sé, que pueda
responderle. *ap.*

D. ISABEL.

Aqui hay mas daño,
del que temí; mas ya es fuerza, *ap.*
saberlo. ¿Cómo, señor,
al que con tus cartas mesmas
se acreditó de tu hijo,
llamas Don Henrique?

D. PEDRO.

Espera.
¡Don Henrique tomó el nombre
de Don Juan!

D. ALONSO.

Y mi paciencia
le detiene hasta apurarlo.

D. PEDRO.

¡Qué es estó! ¿Don Juan, qué esperas?
Habla.

MARTIN *dentro.*

Ladrones, ladrones.

D. PEDRO.

Tened; ¡qué voces son estas!

Sale Martin trayendo á Maldonado y Julio.

MARTIN.

¿Qué, querian escaparse?

MALDONADO.

¡Esto escucho!

JULIO.

Aqui me cuelgan.

PRECIOSA.

Yo me retiro á esta parte.
¡Vanidad mia, otra afrenta!

D. PEDRO.

¿Son Gitanos?

MARTIN.

Y cojidos
con el hurto

D. PEDRO.

¡Hay desvergüenza
semejante! ¿Pero, Julio,

qué es esto?

JULIO.

Es una obediencia
bien mandada, que encontró
un mandamiento de prendas.

MALDONADO.

Señor, mi humildad te pide,
que dos palabras me atiendas, *arrodillase.*
que quiza te han de importar.

D. JUAN.

El descubre mi cautela, *ap.*
por librarse.

D. PEDRO.

¿A mí importarme?

MALDONADO.

Y á toda esta casa.

D. PEDRO.

Fuerza
es, saberlo; que á Don Juan
ví en ese trage, y sospecha
el corazon:: Pero dí,
prosigue, y no te detengas.
Dale una caxa con un retrato y una joya.

MALDONADO.

Abre, señor, esa caxa.
¿Conoces esas joyuelas?
Pero alli he vísto á Preciosa *ap.*
retirada. Bien se ordena.

D. PEDRO.

De alguna niñez adornos
parecen.

MALDONADO.

Llegad, á verlas.

D. ALONSO.

Ese cupidillo de oro:
he visto otra vez.

D. ISABEL.

Espera.
Este rostro todo es
de mi madre.

MALDONADO.

Ahora lean
sus mercedes ese libro
de memorias.

D. PEDRO.

¡Hay quimeras
mas notables! Venga el libro.
Dice de aquesta manera. *lee.*
Memoria de los que aprenden,
á echar las habas.

MALDONADO.

No es esa.

D. PEDRO *leyendo.*

Cuenta con el hierro, que
se labra, y á donde queda
á venderse.

MALDONADO.

No es tampoco
la hoja, que importa, esa.

D. PEDRO.

Cuenta de quantos embustes
las Gitanas hoy celebran,
engañando mentecatos,
y mujeres, que se precian
de oji-alegres.

MALDONADO.

No es ahí

D. PEDRO.

tampoco.
Cuenta y recuenta
de los hurtos, que este año
se han hecho.

MALDONADO.

Tampoco es esa.
Con ninguna, tiene traza,
de topar el tal poeta.

JULIO.

¡Han visto, señores mios,
qué lindo libro de cuentas
para en caş de un asentista:
y si el tal acaso llega,
á ser Ginoves, por Dios,
que será extremada cuenta!

MALDONADO.

A esotra hoja ha de estar.

D. PEDRO.

Aqui dice: *Lista nueva de niñas perdidas.*

MALDONADO.

Bueno.

Esa es.

D. PEDRO.

Leo, si es esta.

En Sebilla, jueves santo en la noche, desapareció Leonisa, mi mujer, (que santa gloria haya) una niña. Declaro, por si conviniere descargar la conciencia, que es hija de Don Fadrique de Oviedo y de Doña Leonora de Estrada.

¡Qué es esto!

D. ISABEL.

¡Qué es lo qué escucho!

D. ALONSO.

¡Mi hermana, cielos, es esa!

D. PEDRO.

¡Hay mas extraña maldad!
Siempre se dixo, que aquella
noche andubo una Gitana
por el barrio.

JULIO.

Esto es comedia.

D. PEDRO.

¿Qué aguardas? ¿Cómo no dices,
donde la tienes?

D. ISABEL.

¿Qué esperas?

D. ALONSO.

¿Qué te detienes?

MALDONADO.

No está
muy lejos. Preciosa, llega.

D. PEDRO.

Aguarda; que ahunque el retrato,
la joya y las demás señas
acreditan lo que has dicho,
hay otra, que hará evidencia
ó tu verdad ó tu engaño.

MALDONADO.

¿Qual es?

D. PEDRO.

En la mano izquierda
ha de tener un lunar
en la forma de una estrella.

PRECIOSA.

Sin duda, que, al señalarme,
conoció naturaleza,
que la habria menester.

JULIO.

Señores, ya no me cuelgan.

PRECIOSA.

Esta es la estrella, y la dicha
que me influyó, el verme puesta
á vuestros pies.

D. PEDRO.

Ello es cierto.
¡Sobrina!

D. ISABEL.

¡Hermana!

D. ALONSO.

Hoy empieza,
á mejorarse de afectos
mi amor.

D. JUAN.

Y con mas decencia
llegaré yo á confesar,
que amante de su belleza
introduxe á Don Henrique
con mi nombre.

D. HENRIQUE.

Y su cautela
será para mí dichosa,
si la noble resistencia
de mi amor:::

D. PEDRO.

Ya te he entendido.
Premie Isabel tu fineza,
y la de Don Juan Doña Ana.

D. ALONSO.

Y yo tomo por mi cuenta,
el pagar á Maldonado
las albricias.

PRECIOSA.

Y aqui llega
la Gitana de Madrid,
á decir con su rudeza
la mejor buena ventura
en los años que celebra.

OCT 5 - 1934